

¿Felicidad? No, gracias 10

Lilith

EVA ALEXANDER

Lilith

¿Felicidad? No, gracias 10

Eva Alexander

Derechos de autor © 2024 Eva Alexander

Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

Diseño de la portada de: Eva Alexander

Contenido

<u>Página del título</u>	
<u>Derechos de autor</u>	
<u>Capítulo 1</u>	
<u>Capítulo 2</u>	
<u>Capítulo 3</u>	
<u>Capítulo 4</u>	
<u>Capítulo 5</u>	
<u>Capítulo 6</u>	
<u>Capítulo 7</u>	
<u>Capítulo 8</u>	
<u>Capítulo 9</u>	
<u>Capítulo 10</u>	
<u>Capítulo 11</u>	
<u>Capítulo 12</u>	
<u>Capítulo 13</u>	
<u>Capítulo 14</u>	
<u>Capítulo 15</u>	
<u>Capítulo 16</u>	
<u>Capítulo 17</u>	
<u>Capítulo 18</u>	
<u>Capítulo 19</u>	
<u>Epílogo</u>	

Capítulo 1

Adam

—Es muy guapa —dijo Wess mirando la morena, la misma morena a la que yo no podía quitarle los ojos de encima desde que apareció hace una hora.

El club estaba abarrotado, aunque no tanto como de costumbre, y de cientos de mujeres solo ella había llamado mi atención. No solo eso, la mantuvo más de lo que ninguna mujer había conseguido en los últimos meses.

Años, de hecho.

Las mujeres ya no eran ningún misterio para mí. Todo era muy fácil, tan fácil como mirarla y en cuanto notaba mis ojos ya la tenía. No solía ir a por las mujeres casadas o comprometidas, aunque alguna vez ha pasado porque lo que yo quería era una descarga y no una relación.

No. Lo mío no es llegar a conocerlas mejor, preguntar sobre sus pasiones y a veces ni siquiera por sus nombres. ¿A quién le importaba si nunca más volviera a ver a la mujer en cuestión?

Era un cabrón, ya lo sabía y no podía importarme menos. No hacía promesas que luego no cumplía y dudaba mucho de que alguien podía salir herido de algo que duraba menos de una hora. De hecho, menos de media hora porque no me gustaba llevar a las mujeres a mi casa, ni ir a la suya.

Nunca pasé una noche entera con una mujer. Una vez solo y ese error lo cometí cuando era demasiado joven. Dormir con una mujer estaba sobrevalorado.

¡Joder! Lo único que quieren es dormir en tus brazos tan apretados que ni siquiera puedas respirar. Luego piden tomar el desayuno en la cama o, escúchame bien, te lo quieren preparar.

Como si fuera a comer algo que otra persona haya preparado.

Locas, están locas.

Sexo es lo único que quiero de ellas y, créeme, ellas desean lo mismo. Vale, he de reconocer que me miran, me desean y dos segundos después de tenerme están pensando en cómo convertir al chico malo en un novio al que pueden presentar a sus padres.

No pasará. Nunca.

Matrimonio. Padres. Familia. Son las cosas que más odio en esta vida y están luchando para el primer lugar con la obsesión que sentía por la morena.

Era guapa, sí.

No era la primera vez que la veía. De hecho, llevaba unos seis meses viéndola cada semana. Al principio pensé que la habían contratado para acercarse a mí y conseguir información. No obstante, no se acercó.

Peor, ni siquiera me miró.

Ni una sola vez. Nuestros ojos no se encontraron ni siquiera cuando se topó conmigo en una joyería. Murmuró una disculpa sin levantar la cabeza y salió como si la estuviera persiguiendo un demonio.

Molestaba, ¿por qué negar lo evidente?

Yo la deseaba y ella ni sabía que existía o que llevaba meses invadiendo mis sueños. Más

de una vez me desperté con la imagen de su cabello sobre mi almohada mientras yo empujaba profundamente dentro de ella o con su boca...

—Creo que iré a presentarme —dijo Wess interrumpiendo mis pensamientos.

—Hazlo si quieres pasar el resto de vida en una silla de ruedas.

No era una amenaza.

Era justo lo que iba a pasar si se atrevía a hablar con ella.

Wess era alto, delgado, atractivo e inteligente. Atraía a las mujeres como la luz a las polillas y no tendría ningún problema con llevarse a la cama a la morena. Aunque, le iba a ser un poco difícil en una silla de ruedas y tenía suerte de que necesitara su cabeza para la empresa que si no le hubiera roto el cuello y no las piernas.

Aparté la mirada de la mujer solo por un segundo para mirar a mi empleado, mano derecha, mejor amigo. Una mirada que debía cortar de raíz toda discusión.

Wess mantuvo la boca cerrada mientras que sus ojos brillaban de manera divertida. Sí, tal vez había llegado la hora de buscarme otro amigo.

—Tiene que ser muy importante —dijo.

Cogí mi vaso de ron y tomé un sorbo mientras admiraba el cuerpo de la morena que se movía al ritmo de la música. No sabía quién era, no me había interesado tanto como para investigar.

¡Joder, sí! Me interesaba, pero no me había permitido buscarla porque sabía que iba a ser imposible no hacerle una visita en medio de la noche.

¡Joder, sí! Era un bastardo en los negocios y cogía lo que consideraba que era mío o lo que me debían. Al parecer, también lo era con la morena y por eso debía mantenerme alejado de ella.

Y la mujer era más que importante. Era rica, era fácil saberlo con sólo mirar su ropa o incluso las sencillas joyas que llevaba. Su reloj valía más de lo que ganaba Wes en un año y eso que su cheque mensual tenía cinco ceros.

También tenía tres guardaespaldas que no le quitaban los ojos de encima. No me fue muy difícil reconocerlos, no a los hombres, a su estilo. Los trajes, la manera de moverse y de proteger a su cliente.

Sí, la morena era importante y ni muerto iba a acercarme a ella.

No, gracias, no quería más problemas de las que tenía ya.

—¿Me vas a decir quién es? Es por lo menos que puedes hacer por mi teniendo en cuenta que no me la puedo follar —dijo Wess dándome de entender que se había pasado con las copas.

Ese era su único defecto, hablaba demasiado cuando se emborrachaba. Menos mal que eso no sucedía a menudo y que no hablaba sobre el trabajo porque eso seguramente le hubiera causado muchos problemas.

—Busca a otra, Wess, y olvídala —gruñí.

Es lo que hizo gracias a una camarera con falda corta y escote bonito a la que llevó arriba.

El club era nuevo y tenía un par de servicios de las que solo algunos podían disfrutar. Todavía no había conocido al dueño y esa es la razón por la que había aceptado la invitación que recibí el otro día.

Si alguien nuevo llegaba a la ciudad era mi trabajo conocerlo y saber todo lo que había que saber sobre él o ella. Hasta ahora había averiguado que no le gustaban las drogas y que si alguien intentaba venderlas en el interior del club terminaba con las piernas rotas eso si tenía suerte.

También sabía que no tenía ningún problema en pagar un suelo desorbitante a estudiantes

para bailar y quitarse la ropa en la planta de arriba. Ahí mismo había habitaciones que podías alquilar para pasar un rato con alguna mujer u hombre.

Sí, el hombre tenía un buen negocio aquí, pero eso no era lo más importante aquí. Tenía conexiones y eso era lo que me preocupaba.

Si la morena estaba aquí era porque el dueño del club disfrutaba de la aprobación de una de las familias más poderosas de Nueva York.

Diaz-Kincaid-Kader.

Yo era un hombre listo y había conseguido mantenerme fuera de sus negocios. Por alguna razón ellos también se mantuvieron fuera de los míos y eso era algo que llevaba un tiempo preocupándome.

Eran ricos y poderosos, no del tipo de ricos y poderosos con los que trabajaba yo a diario. No, eran diferentes, pero aun así era buena idea no involucrarme en sus asuntos.

Y aunque sabía que no debía hacerlo me metí en sus malditos asuntos porque al parecer la morena era muy guapa, pero no muy lista.

La vi susurrarle algo al oído de su amiga antes de dirigirse al servicio. Sus guardaespaldas, los tres idiotas, estaban más pendientes de una pelea que habían empezado dos borrachos que de ella.

Sí, idiotas porque no la vieron alejarse como tampoco vieron al hombre que no le quitaba los ojos encima desde que llegó y no, no estaba hablando de mí mismo. Era otro que se había mantenido en la sombra y que se dirigió hacia ella en cuanto ella empezó a caminar.

—Joder —gruñí poniéndome de pie.

No necesitaba la atención de su familia, pero tampoco podía dejar a una mujer a la merced de algún degenerado. Las mujeres necesitaban protección a pesar de lo que todos se empeñaban a decir que no, que se pueden defender solas y que no necesitan ningún hombre.

A veces, solo a veces, eso era verdad. Thea, por ejemplo, una de mis empleadas, podía tumbar a un hombre en menos de cinco segundos. Ella tenía entrenamiento algo que las demás mujeres del mundo no tenían.

Dudaba de que la morena lo tuviera.

Alcanzarlos no fue tan difícil como pensaba y conseguí coger del cuello al hombre justo antes de ponerle las manos encima a la morena. Ella soltó un grito mientras empujaba al hombre contra el muro.

Pude escuchar el sonido que hizo su nariz al romperse por encima de la música y sonreí. Luego cometí el mayor error de mi vida.

La miré.

Sus ojos eran del azul más bonito que había visto en mi vida. Yo era el tipo de hombre que primero se fijaba en los senos, luego en la parte trasera de una mujer y al ser preguntado diría que me habían hechizado sus ojos.

Solía mentir, pero ese no era el caso ahora.

Sus ojos tenían algo que no solamente me atrapó en un hechizo. Joder, me trajo silencio en la mente y paz en el corazón, algo que nunca tuve, ni siquiera cuando era un niño pequeño.

Eran muy expresivos y eso no era bueno ni para ella ni para mí. Por un segundo estuvo asustada, luego tranquila y ahora llevaba unos momentos mirándome como si fuera un paisano y ella la princesa cuyos zapatos tenía que besar.

Hechizado o no, yo nunca iba a arrodillarme ante una mujer. Por más que quisiera cogerla y probar sus labios rojos no iba a firmar mi propia condena a la muerte.

No, señor, mi padre no engendró un tonto. Seré muchas cosas, pero tonto no.

—¿Qué diablos? ¡Suéltame! —gritó el hombre que sostenía contra el muro.

Lo empujé una vez más y no es porque quería escuchar una vez más sus quejidos de dolor (que también quería), lo hice porque quería ver su reacción. Y, maldita sea, me sorprendió tanto que quise mandarlo todo al diablo por ella.

No estuvo impresionada y tampoco asustada.

Sí, señor. Para ella yo era el que obedecía sus órdenes, un simple humano que debía cumplir cada uno de sus deseos.

Solté al cabrón directamente a los pies de uno de sus guardaespaldas y sacudiendo mi americana dije: —De nada, chicos.

Me encaminé hacia la salida porque el poco control que tenía pendía de un hilo más fino que el de una telaraña. Sabía qué pasaba cuando perdía el control y no era ni el momento ni el lugar.

Eso sí que asustaría a la princesa.

Un hombre vestido de traje se puso en mi camino y ni siquiera parpadeó ante mi mala cara.

—El señor le puede recibir ahora —dijo.

—Claro, ¿por qué no? —contesté pensando que empezar una guerra no sería mala idea. Por lo menos estaría entretenido y no pensaría en una morena de ojos azules y labios rojos como el pecado.

Desgraciadamente, la suerte no estaba de mi parte y el señor no era otro que Nicholas maldito Lazarov.

—Adam —dijo en cuanto entré en su despacho negro como su corazón.

Se puso de pie, encaminándose hacia mí y apreté su mano, incluso acepté su corto abrazo y la palmada en la espalda.

¡Joder, Nicholas Lazarov!

Nos conocimos cuando los dos estábamos en los peores momentos de nuestras vidas. De hecho, ninguno pensaba que iba a vivir para celebrar su próximo cumpleaños.

—¡Joder! Lo hemos conseguido —dije.

—¡Maldición! Lo hicimos. —Nicholas sonrió y vi en sus ojos lo mismo que sabía que había en los míos.

Una alegría fingida.

Después de lo que vivimos no teníamos ningún interés en la vida. ¿Mujeres? No. ¿Alcohol, drogas? Tal vez, para olvidar. ¿Sueños de un futuro brillante y feliz? La felicidad no existía. Tal vez para otros.

—Vamos a celebrar —propuso Nicholas.

¿Por qué no?

El club tenía tres plantas, la de abajo con su pista de baile, bar y mesas que era accesible para todos. Luego estaba la segunda para la que necesitabas un pase especial y en la tercera estaban las oficinas.

No obstante, Nicholas me llevó a través de un pasillo a otro club.

—¡Maldita sea, Nicholas! —exclamé al reconocer el sitio.

Él sonrió.

—¿Quieres echar un vistazo ahora o después?

—Ahora —respondí.

Esto era un club tan exclusivo que la mayoría de las personas ni siquiera sabía de su existencia. No era para nada especial, pero aun así lo era. Era un club para el sexo o como dijo

uno de mis clientes cuya esposa solía ser miembro, era un club para el placer.

Nadie podía entrar sin un proceso de investigación (que muy pocos pasaban con brío), sin una tasa de inscripción (seis números) y una tasa mensual. Yo no he conseguido entrar y no había ninguna sorpresa ahí porque lo que yo quería era información y no placer.

Eso lo podía conseguir en cualquier lado sin la necesidad de pagar esa suma desorbitada de dinero.

Pero ahora estaba dentro y las posibilidades me tenían tan nervioso que la primera vez que besé a una chica.

Nicholas me mostró el club y tuve que admitir que no estaba mal. Elegancia y buen gusto en la decoración y nada que a primera vista te diera a entender que aquí se celebraban orgías.

Pero luego llegamos a una puerta negra y antes de abrirla Nicholas me miró.

—Eres mi amigo, Adam, y por eso puedes pasar de esta puerta —dijo.

Lo que quería decir Nicholas era que podía disfrutar y pasarlo bien, pero que no podía usar nada de lo que averiguaba aquí dentro.

—Sin problema —respondí.

Entonces entramos y he de confesar que no estuve ni sorprendido ni impresionado por lo que estaba viendo. Ni siquiera interesado, pero fingí porque si algo había aprendido pronto en la vida era que nadie debía saber lo que estabas pensando o sintiendo.

Nos sentamos en una mesa y mientras tomábamos copa detrás de copa estuvimos hablando y admirando (que eso tenía otra palabra) las parejas que tenían sexo en el centro de la sala.

En algún momento de mi vida había encontrado el sexo como algo excitante, pero ahora era solo algo mecánico. Intenté averiguar quién estaba casado con quien de las cuatro parejas que disfrutaban ahí mismo, aunque lo primero que reconocí fue a un muy respetable juez y a su muy correcta y rígida esposa.

Encontraba fascinante el deseo de algunos de encontrar su media naranja, casarse solo para acabar en un sitio compartiendo a su pareja con otras personas. La lucha por el amor verdadero la entendía (no la compartía) y también el morbo de ver a tu pareja disfrutar en los brazos de otro.

Sin embargo, las dos cosas juntas no tenían ningún sentido para mí.

¿Si la amas por qué quieres ver a otro tocarla?

—Otra vez estás pensando demasiado —dijo Nicholas.

—Uno de los dos tiene que hacerlo, ¿no? —le respondí apartando la mirada de las parejas.

—Mejor tú que yo y por esa misma razón te llamé, Adam. Necesito ayuda.

—Ok.

Nicholas y yo hicimos un juramento hace muchos años y no importaba qué era lo que debía hacer. Matar, prestarle dinero.

—Mi padre se ha retirado entregándome las riendas del negocio —dijo él.

Lo sabía porque había tenido que resolver más de un problema causado por ese retiro y el siguiente cambio que hizo Nicholas. El muy cabrón liquidó el negocio, pedazo a pedazo se lo fue entregando a sus rivales.

No sabía en qué estaba metido ahora mismo, de hecho, ni siquiera sabía que estaba en la ciudad y eso era muy extraño. Yo debía saberlo todo.

—Y has invertido el dinero en un club.

—Necesitaba ocupar mi tiempo con algo, pero ese no es el problema. Mira, es una larga

historia y no puedo entrar en detalles, pero hay una mujer a la que tengo que proteger y no puedo, joder. Tengo cosas mejores que hacer que ser la niñera de una mujer que solo quiere ir de compras y salir de fiesta —explicó Nicholas.

—Eso no puede ser tan difícil, Nicholas, pon un par de hombres detrás de ella y listo.

—Ya tiene un par, tiene seis hombres cuidando su trasero, pero esta chica es una pesadilla. Tiene a su padre desesperado y ya ha llegado al límite de su paciencia. Piensa que darle un poco de libertad le haría bien, pero yo creo que un par de sustos le harían entrar en razón.

—Obvio, nada mejor que un robo en plena calle o un hombre amenazándola para que vaya corriendo de vuelta a casa de papá —dijo.

—Exacto. —Nicholas sonrió.

Lo que sucedía en el centro de la habitación dejó de existir mientras planeaba cómo asustar a la niña de papá. ¿Qué puedo decir? No me hubiera importado matar a alguien por él o prestarle dinero, pero esto iba a ser divertido.

Llevaba unos meses, de hecho, años, desde que no salía bien de un problema y me metía en otro. Parecía como si me hubiera mirado un tuerto, pero no era supersticioso ni nada.

No me venía nada mal un poco de diversión.

Horas después salía del club silbando. No estaba borracho porque a pesar de haberme tomado unas copas tenía bastante aguante y necesitaba por lo menos dos botellas para sentir los efectos del alcohol.

Mi coche estaba aparcado en la calle y por más que busqué al chico al que le había pagado para cuidármelo no lo vi por ninguna parte. Iba a patearle el trasero la próxima vez.

Lo que vi fueron un par de piernas muy bonitas y un trasero más que bonito detrás de mi coche. La mujer estaba medio agachada detrás y me acerqué curioso por averiguar qué diablos estaba haciendo.

Esperaba que no estuviera vomitando sobre mi coche.

—Vamos, pequeñito, ven con mamá —dijo la mujer.

Ok, piernas y trasero bonito, voz de ángel. En un instante decidí que esta mujer iba a terminar la noche en mi cama.

Capítulo 2

Lilith

—Oh, ten un poco de paciencia, en nombre de Dios —exclamé al escuchar al hombre aclarar su voz.

No sabía cuál de mis guardaespaldas era porque todos eran unos pesados, pero no me importaba. Debía rescatar al gatito que era tan cabezota que prefería pasar la noche bajo un coche que más que seguro que lo iba a atropellar.

Al final me arrodillé y extendí la mano. El suelo estaba sucio y frío, mi vestido tan corto que probablemente le estaba mostrando mi ropa interior a los guardaespaldas. Aunque estaba bastante segura de que no me miraban porque si lo hacían mi padre les sacaría los ojos.

—Ven aquí, gatito —murmuré.

Miré debajo del coche, pero estaba muy oscuro y no vi nada. Afortunadamente, segundos después algo tocó mi mano y lo agarré rezando para que no fuera una rata.

No, era un pequeño gatito negro como la noche que se acurrucó enseguida en mis manos.

—Oh, pobrecito de ti —susurré poniéndome de pie—. Tenemos que parar y comprarle algo de comida.

Pero al darme la vuelta no vi a ninguno de mis guardaespaldas.

Lo vi a él.

No me gustaba.

¡Que no me gustaba!

Sus ojos eran negros igual que su alma. Oh, ¿no lo conocía suficiente para decir eso? No, pero mi intuición nunca me había fallado y ese hombre era la mano derecha de Satanás.

Su cabello era negro. Lo que yo decía. El mío también era negro, pero aburrido. El suyo era brillante y un tono tan oscuro como el carbón. El corte se veía desarreglado, pero yo sabía muy bien que ese corte había costado miles de dólares porque mi hermano iba al mismo sitio para cortarse el cabello.

Su rostro era increíblemente asombroso, mandíbula fuerte y labios perfectos. Tenía esa expresión de duro, esa que atraía a las mujeres no solo porque sabíamos que íbamos a pasar un más que increíble rato entre las sábanas, pero también porque sabíamos que a su lado nadie nos iba a herir. Bueno, él sí, pero eso era para las mujeres que ignoraban todas esas banderas rojas.

Yo no era una de esas mujeres.

No me importaba lo guapo que era o cómo de grande, duro y esculpido se veía su cuerpo en ese traje hecho a medida.

—Tengo algo de comida en mi apartamento —ofreció.

Me sonrió y cuando lo hizo mi corazón dejó de latir. Ya había aceptado que el hombre era guapo, pero me dejó boquiabierto cuando me sonrió.

¡Joder! Tenía dos, dos hoyuelos.

—¿Vienes? —preguntó suavemente a través de su sonrisa.

—¿A dónde? —pregunté.

Su sonrisa se hizo más profunda al mismo tiempo que dijo: —A mi apartamento.

Eh, no, gracias.

Di un paso hacia atrás mientras discretamente presionaba el botón de alarma de mi reloj. Que no estaba en peligro era obvio, este hombre no iba a hacerme nada en plena calle, pero sí podía convencerme de marcharme con él a su apartamento.

Vamos a ser honestas aquí, ¿ok? Sabía que el hombre era malas noticias, pero yo no era tan fuerte como para resistir a la tentación.

—Gracias, pero no. Tengo otros planes —dije en cuanto vi a mis guardaespaldas aparecer.

Tres se subió al volante, Dos me abrió la puerta del coche y Uno se paró a mi lado. Los tres se llamaban John, coincidencias de la vida, los tres altos y grandes, aunque no más que el hombre que me acababa de invitar a su apartamento.

Definitivamente, no tan guapos como él.

¡Oh, Dios, Lilith!

Me encaminé hacia la puerta abierta del coche mientras escuchaba al extraño murmurar: —Hasta la próxima.

No, de ninguna manera.

Subí al coche mientras me prometía a mí misma que no iba a caer en sus brazos.

No tenía nada en contra de las relaciones de una noche, relaciones era mucho decir, o de los amigos con derecho al roce. Eran perfectas para el mundo en el que vivíamos. Contrario a mi familia, padres, hermanos, primos y tíos, yo no buscaba al amor de mi vida.

¡No, gracias!

Todo era del color del amor en mi familia empezando con mis abuelos y terminando con mi prima Vy que se casó hace poco y estaba esperando el nacimiento de su primer hijo o hija en cualquier momento.

Eso no era para mí.

Yo era Lilith Lazarov, hija de Vladimir (ex sicario) y Eva, la mujer con el corazón más bueno del mundo. Su amor era tan dulce como una tienda de chuches y a veces pensaba que esa era la razón por la que no quería lo mismo para mí.

A mi madre le encantaba pasar 24/7 con papá, lo compartían todo, desde pasiones hasta el humor negro.

Yo pensaba en compartir mi espacio, mi vida entera con un hombre y me entraban arcadas.

Lo mío eran los rollos de una noche, aunque, desgraciadamente, no había tenido la oportunidad de ninguno hasta ahora.

Te preguntarás por qué. Total, ya había pasado de la edad cuando la mayoría de las chicas renuncian a su virginidad.

Bueno, mi padre era un maestro en la manipulación de los cuchillos y no me refiero a que picaba muy rápido y fino la cebolla.

Amenazó a cada uno de los chicos que se atrevieron a invitarme a salir. A todos y cada uno. A los diecisiete amenacé con una huelga de hambre si no me dejaban vivir la vida como cualquier adolescente.

Fue en vano. Mi padre dejó de amenazarlos, pero hizo algo (que nunca pude averiguar qué) porque los chicos dejaron de invitarme. Con el tiempo dejaron de interesarme los chicos. Me concentré en los estudios y en la vida de la familia.

Pasaban muchas cosas en nuestra familia, bodas, nacimientos, bautizos, cumpleaños. No había ni un momento libre, pero de alguna manera mis primos consiguieron enamorarse.

Eso me preocupaba.

¿Y si me pasaba a mí?

Aunque, antes debía enamorarse mi hermano Liam. Sí, tal vez con un nieto mi padre dejaría de estar tan pendiente de mí y podría tener una vida normal. Salir y terminar la noche en la cama con un hombre cuyo nombre desconocía.

Además, yo no era una niña que perdía la cabeza por un chico. Por Dios, podía darle una patada en el trasero al amor y enviarlo de vuelta a su casa.

Mi padre no había criado una debilucha.

De camino a casa pasamos por la clínica veterinaria y después de echarle un vistazo al gatito el veterinario decidió quedárselo para la noche.

—Pero yo lo veo bien —le dije a Quinn.

Él se quitó las gafas, se rascó el puente de la nariz y respiró profundamente antes de contestarme.

—Lilith, querida, amo a los animales tanto como tú. Esto lo tenemos claro, ¿no?

Quinn era mi amigo desde que tenía diez años y rescaté a mi primer gato. Lo habían atropellado y al verlo en la carretera le pedí a mi padre parar y ayudarlo. Llegamos a la clínica con un pequeño bulto ensangrentado y casi al borde de la muerte.

Y Quinn que acababa de terminar sus estudios perdió su primer paciente. Fue un drama para mí, tuve pesadillas durante muchos meses y Quinn se quedó en deuda conmigo. Nunca decía que no, ni siquiera cuando llamaba para avisar que le iba a llevar una entera colonia de gatos.

Era mi amigo o eso pensaba antes de escucharlo decir: —Pero no puedes rescatarlos a todos.

—Tu trabajo es curar a los animales, Quinn, o quieres decirme que si no tienen dueño no merecen vivir, ¿eso quieres decir?

—No, joder, no —exclamó él.

El gatito se asustó y él se inclinó sobre él, acariciándolo y susurrándole en voz baja. Quinn era un buen hombre, hace cinco años que se había casado con su enfermera y eran felices. O eso pensaba yo porque verlo ahora estaba segura de que algo no estaba bien.

—¿Qué ha pasado? —pregunté.

Quinn sacudió la cabeza.

—Oh, vamos, sabes que puedo averiguarlo —insistí.

Él me conocía, sabía quién era yo porque la primera vez que vine mi padre estaba conmigo. Además, recibía un cheque cada mes para los gastos y el refugio de animales que tenía en la parte de atrás estaba financiado por la familia.

Me conocía. No se aprovechaba de mí. Le gustaba.

—El hermano de Kitty se ha metido en problemas y tenemos que venderlo todo para ayudarlo. Cerraré la clínica y volveré al pueblo para hacer visitas a domicilio y ayudar vacas a parir —dijo él.

Quinn amaba los animales, pero odiaba el campo, las granjas y los pueblos pequeños. Había crecido en uno y había jurado no volver.

Intenté recordar al hermano de su mujer, pero no lo conseguí.

—A ver, cuéntame qué problemas —le pedí, pero Quinn sacudió vigorosamente la cabeza.

—Quinn —le advertí.

—No, Lilith. Lo vas a arreglar y no quiero, no es tu problema.

—¿Y es tu problema? Es de tu cuñado, ¿no? —pregunté—. La familia puede ser difícil a

veces...

—¿Difícil? Es un desastre, eso es. Pero no puedo hacer otra cosa que ayudarlo. Kitty está embarazada y necesita tranquilidad. Obvio, eso no puede pasar cuando la mafia rusa está detrás de su hermano para cortarle el cuello por robarles.

Oh, ese tipo de problemas.

—Quinn —empecé, pero se puso de pie y me miró sacudiendo la cabeza.

Mira que era cabezota el tío.

—¿Crees que no fuiste la primera persona en la que pensé pedirle ayuda? Pero no es justo, ¿por qué tienes tú que ayudar a ese cabrón que lleva toda la vida haciendo estupideces y negándose a madurar como todos? —dijo Quinn.

—Y lo vas a ayudar tú, también pagarás el precio de su estupidez, tú, tu mujer y tu hijo —dije inclinándome y cogiendo su mano—. Quinn, todo lo que haremos es una llamada y el problema será resuelto. La mafia no será un problema y también le daremos una lección a tu cuñado, una que no olvidará en toda su vida. Y todos felices, ¿no crees?

—Sabes que no encontrarás otro veterinario que contestará a tus llamadas 24/7, ¿no?

Me encogí de hombros porque también era verdad. Aunque, Quinn era un buen amigo y no quería perderlo. Kitty era un amor y me moría de ganas de conocer a su hijo dentro de tres meses.

He de confesar que era un poco egoísta, eran mis únicos amigos y no quería perderlos.

—Gracias, Lilith —dijo Quinn.

Le sonreí, le di un abrazo y prometí ir al día siguiente a ver a Kitty.

De vuelta en el coche estaba pensando en mi cama y estaba a punto de quedarme dormida cuando recibí un mensaje. Era la notificación del chat de la familia y por un momento pensé en la posibilidad de ignorarlo.

Es que eran las dos de la mañana y si alguien no dormía a estas horas tenía ganas de charlar lo que a mí me faltaba. No obstante, llegó otra notificación y otra hasta que la curiosidad pudo conmigo.

Vy: ¡He roto aguas!

Es el único mensaje que leí antes de decirle a Uno que teníamos que ir al hospital.

Estaba cansada, pero nunca me perdía el nacimiento de los nuevos miembros de la familia. Era un momento tan precioso para nosotros, menos para la madre que tenía que parir. Nosotros solo íbamos a esperar y a felicitarlos.

Llegué y fui la primera.

Luca que estaba en la sala de espera me miró de arriba abajo y terminó por sacudir la cabeza. Bueno, mi vestido no era adecuado para un hospital, tal vez para la sala de urgencias.

Le di un abrazo mientras le preguntaba por qué estaba aquí y no dentro.

—Avy me echó, dijo que hay cosas que ningún marido debe ver —explicó él.

Avy era mi prima, la doctora, aunque no era ginecóloga y no entendía por qué estaba dentro con Vy.

Me senté a esperar y dos minutos después le robé el libro que sostenía Luca. De todos modos, no lo estaba leyendo.

—¿Desde cuándo lees tú terror? —pregunté.

—Es de Vy, lleva meses intentando terminar este maldito libro y averiguar quién es el asesino.

Me puse a leer. De vez en cuando paraba para saludar a algún miembro de la familia y enseguida volvía a la historia que no era la más adecuada para leer mientras se espera el

nacimiento de un bebé, pero me había enganchado.

Las horas pasaban y el bebé no llegaba. Por más que Avy decía que era normal a mí no me lo parecía. ¿Tantas horas? Vale, he de confesar que ya estaba cansada, hambrienta y quería ir a casa a dormir.

Pero la pequeña se dejó esperar. Eran las diez de la mañana cuando nació y las once cuando me tocó entrar y conocerla.

Vy estaba en la cama, no descansando sino comiendo.

—¿Qué? Estoy muerta de hambre —espetó.

Se veía hermosa, agotada, pero hermosa. Me incliné para darle un beso en la mejilla y robarle el bebé a Luca.

—Tranquilo, papá, ya tendrás todo el tiempo del mundo para sostener a tu niña —dije.

Me senté en el sillón y miré a la niña más preciosa del mundo. Que pensaba lo mismo de todos los niños no importaba, todos eran muy bonitos.

—¿Os habéis decidido ya por el nombre? —pregunté.

Estos dos se habían llevado el premio a los padres que más habían discutido sobre el nombre del bebé. Incluso les sugerí echar en un sombrero papelitos con los que les gustaban un poco y sacar uno que se quedaría sin importar si le gustaba a uno y al otro no.

—Suyeng —dijo Luca.

—Suyeng —repetí intentando recordar dónde había escuchado antes el nombre—. No está mal, es interesante.

—Te lo he dicho, ¿no? —Vy le sonrió a Luca.

Entendí que fue su elección y entonces recordé dónde lo había visto antes.

¡En el libro!

—¿Qué pasa? —me preguntó Luca.

—Nada, que he salido a bailar anoche y no he dormido nada.

Me puse de pie y le entregué a la niña. Luego me incliné para darle un abrazo a él y otro a Vy.

Ya estaba en la puerta cuando Vy me llamó por mi nombre.

—Luca dijo que has estado leyendo el libro, ¿has averiguado quién era el asesino? —preguntó.

—Sí, era el sacerdote. Adiós —dije y salí rápidamente de la habitación.

El libro era la historia de un pueblo cuyos habitantes empezaron a fallecer en extrañas circunstancias, cada una más extraña que la otra. Todo el mundo pensaba que el culpable era el sacerdote porque tenía acceso a todos los vecinos y gozaba de su confianza.

Pero no, la persona que los iba asesinando uno a uno era la hija de una mujer que habían echado años atrás del pueblo por bruja. La hija volvió para vengarse y mató a todos los culpables.

Solo quedaron dos personas en el pueblo, el sacerdote que no estuvo en el pueblo cuando la mujer fue echada y la hija. Suyeng.

Yo no iba a contarle a Vy que había nombrado a su hija igual que a una asesina ficticia. No, gracias. Seguramente había mucha gente buena e interesante en el mundo con el mismo nombre.

Uno me llevó a casa, a mi apartamento en el que llevaba viviendo exactamente un mes. Sí, tardé bastante tiempo en volar del nido. Mi excusa es que quería estar con mis hermanos y echar una mano a mis padres con los mellizos, aunque la verdad es que no tuve la energía necesaria de convencer a mi padre de que ya era el momento de irme.

No me marché lejos, solo al centro de Nueva York. Yo quería irme a vivir a Europa, un mes a París, otro a Madrid y luego Atenas, Roma. Hubiera sido más fácil convencer a mi padre que el ratoncito Pérez entraba por la ventana y dejaba dinero a cambio de los dientes.

Me conformé con un apartamento en uno de los edificios de la familia. No podía ser de otra manera, ¿no?

He de reconocer que los problemas me seguían a cada paso y mi padre me tuvo que sacar de bastantes líos. No todos fueron por mi culpa, ¿ok? La mafia rusa no iba a por mí porque les debía dinero, solo porque había convencido a algunas de sus chicas de dejar la prostitución y ponerse a estudiar.

La lista de problemas era larga, igual como la de mis justificaciones, aunque eso no valía nada según mi padre. Si tenía que venir y rescatarme o arreglar algo era un problema.

Sin embargo, llevaba un tiempo bastante relajado. ¿Podía ser por la edad?

Pensé en ello mientras iba al cuarto de baño, tomaba una ducha y me metía en la cama. Me dormí y ya no pensé. Soñé con un hombre de ojos negros.

El problema es que no fueron pesadillas, fueron sueños que me hicieron despertar con el corazón acelerado.

—¿Qué diablos, Lilith? —me pregunté mientras alargaba la mano hacia el cajón de mi mesita de noche.

Nunca había tenido un sueño erótico y estaba bastante enfadada por no haberlos tenido hasta ahora.

Mi vibrador tardaba pocos minutos al llevarme al orgasmo, pero ahora tardó menos de un minuto. Me pregunté cómo sería tener a ese hombre en mi cama, sobre mí.

—Has perdido la cabeza —murmuré poniéndome de pie.

Estaba planeando volver al club y buscar al hombre.

Que sí, que era el peor hombre que podía elegir para mi primera vez, que me iba a traer más problemas de las que necesitaba, pero, maldita sea, yo necesitaba sentir eso de verdad. El sueño no fue suficiente.

Quería más.

Conseguiría más.

Lo único que tenía que hacer era encontrarlo y llegar a un acuerdo con él. No podía irme a la cama sin dejar las cosas claras. Además, necesitaba asegurarme de que no iba a contagiarme de nada.

Paranoia, ya lo sé.

Sabía lo que quería y ahora solo quedaba encontrar la manera de conseguirlo lo más rápido posible. No iba a ser fácil, pero yo tenía paciencia y todo el tiempo del mundo.

Iba a encontrar a ese hombre.

Capítulo 3

Lilith

—¿Y cómo va todo? —me preguntó mi padre.

—Bien —le respondí mientras buscaba con la mirada a Nicholas.

Necesitaba hablar con mi primo para ver si me dejaba echar un vistazo a sus cámaras de seguridad. Nicholas era el dueño del club al que fui el viernes por la noche y aunque podía preguntárselo a Ivy prefería guardar mi interés por ese hombre para mí misma.

Pasó más de una semana desde esa noche, pero fue imposible avanzar con mi búsqueda. En el trabajo tuve que arreglar crisis constantemente y a pesar de que eso era lo que mejor se me daba, parecía que se habían abierto las puertas del infierno y los demonios estaban libres por el mundo creando caos.

No, no trabajaba para una empresa que investigaba los acontecimientos paranormales. No, no existen los demonios, pero es la única explicación que encontré para la mierda que hacen algunos humanos. Posesión demoniaca.

La empresa familiar Diaz-Kincaid-Kader tenía negocios variados y yo trabajaba en la parte que nadie conocía, la que se encargaba de hacer justicia y poner a los malos en el lugar que merecían.

Yo no hacía eso, aunque a veces me hubiera gustado coger un arma y matarlos a todos. Obviamente, al tener un padre que en su juventud fue asesino a sueldo, era normal tener esos impulsos.

Mi trabajo constaba en poner orden en la vida de las víctimas. Atención médica, pago de facturas y deudas, búsqueda de trabajo o vivienda, traslado a otra ciudad con otro nombre para empezar una nueva vida. Amaba mi trabajo. Me sentía como un hada que con su varita mágica borraba lo malo y traía regalos.

Odiaba mi trabajo porque veía lo peor de la gente. Isabella, mi tía, la doctora más lista que conocía, intentó explicarme que las personas que cometen todo tipo de actos criminales tienen algo en el cerebro, es una reacción química que no siempre está causada por el consumo de drogas. Simplemente nacen así.

Luego están algunos que han sufrido traumas y, de nuevo, sus cerebros no funcionan bien, y joden las vidas de los demás porque si ellos sufren los otros también tienen que sufrir.

Yo pensaba que todo eso era una mierda y me quedé con que estaban siendo poseídos por demonios. En serio, algunas de esas cosas no eran normales.

Podía entender el robo de un banco porque querían comprarse un yate o yo que sé, pero hacer daño a un niño era algo que no tenía ninguna justificación para mí. O a una mujer.

Esa mentalidad de si no es mía tampoco puede ser de otro era la estupidez más grande que había escuchado en mi vida. Algunos hombres eran criaturas horribles y algunas mujeres también. No hay nada peor que una madre que hace daño a sus propios hijos, bueno sí, pero la madre es la que tiene que proteger y no hacer daño.

Tuve tanto trabajo esta semana que ni siquiera salí de mi apartamento. Trabajaba en casa, sí, porque a veces me daba pereza ir a la oficina. Vestirme, maquillarme, esperar a Uno, Dos y Tres, luego el tráfico. No, a veces era mejor sentarme en mi despacho en camisón, con mi café,

mi música y trabajar.

—Me alegro —dijo mi padre.

Se estaba comportando de manera extraña, pero había aprendido que era mejor no preguntar y murmuré que necesitaba hablar con Ivy. Me fui casi corriendo y después de susurrarle una tontería a mi prima fui detrás de Nicholas que por fin había llegado.

Nicholas era un miembro reciente de la familia, aunque no se notaba. Hace poco habíamos descubierto que mi padre tenía un hermano, Mikael y un sobrino, Nicholas. A mi tío casi no lo veía porque se había ido a vivir con su esposa Haylee, pero mi primo no faltaba a ninguno de los almuerzos familiares.

Me hubiera gustado tenerlo a mi lado durante mi infancia y adolescencia. Tenía ese aire de chico duro, algo que ninguno de mis otros primos tenía. Estaba segura de que me hubiera gustado meterme en problemas con él.

¿Qué puedo decir? Mi vida fue normal, no, normal no. Fue aburrida, tan aburrida que incluso una monja estaría dispuesta a renunciar a sus votos.

—Ignórame, Lilith, por favor —dijo Nicholas.

Sostenía una taza de café en la mano y a pesar de que estábamos dentro de la casa seguía llevando las gafas de sol.

—¿Mala noche? —pregunté sentándome a su lado en el sofá.

—Al contrario, fue buena —respondió, su boca dibujando una sonrisa traviesa.

—Hala, sigue así y vas a perder el título de mi primo favorito —espeté.

Estaba un poco (más) envidiosa de su libertad. Él no tenía que pedir permiso ni avisar a nadie a dónde y con quién salía. Nicholas era libre. No le tenía miedo ni siquiera a mi padre, le respetaba, pero cuando intentaba meterse en su vida, Nicholas simplemente le decía que no era su problema.

—A ver, ¿qué es lo que quieres? ¿No has tenido suficiente con la otra noche en el club? Me costó bastante convencer a tu padre para que te dejara ir —dijo Nicholas.

¿Ves lo que decía?

—Necesito echar un vistazo a tus cámaras de vigilancia y antes de decirme que no, deberías saber que tus empleados de seguridad son un asco. Un hombre me siguió cuando iba al servicio y si no hubiera sido por un cliente que me ayudó no sé qué hubiera pasado.

—Ok, luego te pasaré los datos para acceder al sistema.

Me dejó boquiabierto, Nicholas no objetó y tampoco pareció sorprendido por mi casi agresión en su club. Lo miré con los ojos entrecerrados, pero, maldita sea, era imposible ver algo a través de sus gafas de sol.

—Gracias —murmuré, y me incliné hacia él para susurrarle: —Nicholas, hay algo que deberías saber ahora que perteneces a la familia Diaz-Kincaid-Kader, y eso es que todos los hombres pierden neuronas cuando se enamoran. Llegará tu turno, vas a necesitar mi ayuda porque la vas a joder.

—¿Y qué quieres decir con eso? —preguntó.

—Es que tengo una sensación rara y solo quería advertirte porque si me jodes, querido primo, te vas a arrepentir.

Nicholas se echó a reír. Obviamente, descartó mi amenaza como si fuera una broma, pero el pobre no sabía en lo que se metía. Claro, más o menos tenía las manos atadas por la sobreprotección de mi padre, pero eso no significaba que no tenía ningún poder.

Ah, que ingenuo era.

No obstante, horas después en la tranquilidad de mi apartamento eché un vistazo a las

grabaciones del club. No encontré nada y eso era muy curioso. Encontré imágenes del pasillo donde vi por primera vez al hombre de ojos negros, pero nada de nuestro encuentro.

O sea, las habían borrado.

¿Qué estaba tramando Nicholas? Tal vez borró todas las evidencias por si acaso mi padre se enteraba de ello.

Como no había nada interesante decidí vestirme y salir a dar una vuelta. Por el club, obviamente.

Mis guardaespaldas fruncieron el ceño cuando les dije a dónde quería ir, pero no les permití protestar. Al fin y al cabo, yo era la jefa. Bueno, estaba segura de que ya habían avisado a mi padre cuáles eran mis planes.

Poco después tuve que darles la razón ya que en el club había tanta gente que ya no cabía ni un alfiler. Era imposible ver algo o reconocer a alguien entre tantos rostros así que decidí ir a la parte de arriba donde, tontamente, pensaba que tenía mejores vistas.

El hombre que solía estar en la entrada para permitir o prohibir la entrada a la gente no estaba en su puesto y pude subir sin tener que llamar a Nicholas.

Oh, como odiaba tener que pedir permiso.

Fui abriendo puertas esperando encontrar una habitación con vistas hacia la parte de abajo, pero encontré otras cosas. En la parte derecha, la primera puerta daba hacia una gran sala con mesas y con un gran escenario en el centro donde un par de chicas semi desnudas estaban bailando.

En la izquierda, la primera puerta estaba cerrada y abrí la segunda solo para cerrarla al instante en el momento en el que vi una pareja desnuda.

Ahora, por qué abrí la tercera puerta era un misterio.

Me reí tontamente cuando vi que no había nada, excepto oscuridad. Dos momentos después y antes de que tuviera tiempo de cerrar la puerta, algo me agarró de la mano y me obligó a entrar a la habitación.

—¿Qué diablos? ¡Suélteme! —grité.

—Además de llegar tarde empiezas a gritar.

La voz grave de hombre me envió un escalofrío a través de la columna y en ese mismo instante intenté presionar el botón de alarma de mi reloj.

No obstante, fue imposible porque el hombre me estaba agarrando fuertemente del brazo.

—Escucha, señor —intenté hablar, pero él me rodeó con el brazo y me presionó contra su cuerpo.

—No he pagado para escucharte sino para verte bailar quitándote la ropa así que date la vuelta y empieza ya.

¡Madre mía!

Estaba en un buen lío y me arrepentía de no haber dejado subir a Uno conmigo. Tonta de mí.

—Yo no soy...

Una vez más el hombre no me dejó hablar.

—¿No eres la bailarina? Hmm, mucho mejor —gruñó deslizando la mano de mi cintura a mi trasero.

Me apretó y al mismo tiempo me empujó hacia la parte inferior de su cuerpo. ¡Madre del amor hermoso!

Que estaba asustada, obviamente, pero y eso es un gran pero, el hombre olía bien y su cuerpo era duro. Además, era alto y yo tenía una debilidad para los hombres altos.

Ya sabes, si te encuentras en una situación incierta (o peligrosa) es mejor si la otra persona es atractiva, ¿no?

Inclinó la cabeza y acercó el rostro a mi cuello. Sentí su aliento mientras decía: —Hueles bien.

—¿Gracias?

Su risa fue corta y mi grito igual cuando me dio la vuelta en sus brazos. Un brazo suyo estaba justo bajo mis pechos mientras que la otra mano se deslizaba por mi abdomen.

—He dicho que...

—Nada —gruñó él impidiéndome una vez más hablar.

Que hombre más irritante.

Su mano se deslizó peligrosamente cerca de mi centro y mantuve la respiración pensando hasta donde iba a permitirle seguir. Ahora tenía las manos libres, podía presionar el botón y llamar a mis guardaespaldas.

La mano llegó al bajo de mi vestido corto y se deslizó debajo. Gemí, sí, fue imposible ahogar el gemido cuando sus dedos tocaron mi muslo. Subió despacio, provocando una reacción maravillosa en mi cuerpo.

Esperaba ansiosa el momento, ese que nunca llegó porque él acarició el borde de mi tanga por un breve momento antes de deslizar la mano y empujarme suavemente hacia delante.

—He pagado para verte bailar, no para follar. Baila —ordenó.

Decir que estaba enfadada era poco, estaba que se me llevaban los demonios y si tuviera un arma ahora mismo este hombre estaría muerto en menos de tres segundos.

—Tengo una cita con una mujer que sí que voy a follar, guapa, así que date prisa, ¿quieres?

¡La audacia de este hombre!

Presioné el botón de alarma pensando en la paliza que le iban a dar mis guardaespaldas porque, joder, ¿quién pensaba que era este hombre para rechazarme a mí, a Lilith Lazarov?

¡Que se vaya al infierno!

Era una mujer muy guapa, más guapa que las mujeres que ganaban los concursos de belleza. Morena, ojos grandes y azules, labios perfectos y rosados, cuerpo esbelto y tonificado.

Vale, tenía una pequeña tripa causada por los maratones de películas que duraban noches enteras con mis hermanos y todo el mundo sabe que no hay película sin palomitas o algo dulce. Y esa tripa no había manera de hacerla desaparecer.

Así que no, no era tan perfecta. De hecho, no era para nada perfecta. Mi cabello se veía horrible por la mañana y tenía un mal humor cuando me despertaba que ni siquiera mi padre se atrevía a hablarme antes de tomar mi desayuno.

Este hombre se iba a arrepentir.

Los segundos pasaban y la puerta no se abría, mis hombres no llegaban a rescatarme. ¿Qué mierda? Presioné el botón otra vez.

—¿A qué estás esperando? —preguntó el hombre.

¿Quería baile? Vale, podía bailar. Sin música, en una habitación a oscuras para un desconocido que había pagado para ver a una mujer desnudarse.

Me invadió el miedo, a buenas horas, ¿no?

Escuché al hombre moverse y recé para que se fuera. Por desgracia, encendió una lámpara que iluminó un poco la habitación.

Lo primero que hice fue mirarlo, pero se había sentado en un sillón en la parte más oscura y no pude ver nada, excepto sus piernas en unos vaqueros azul y las manos grandes sobre los

reposabrazos.

Me sobresalté cuando de repente se escuchó una canción lenta. No la reconocí y eso que la música era mi pasión. Escuchaba constantemente, desde que me despertaba hasta que me iba a la cama. A veces bailaba y cantaba, se me daba mejor lo primero que lo segundo.

El hombre miró el reloj de su muñeca y lo escuché gruñir.

—Te quedan tres minutos, empieza ya o...

—¿O qué? ¿Vas a llamar al dueño a quejarte? Por favor, hazlo —espeté.

Podía manejar a mi primo, no era un problema. Tres minutos pasaban rápido, si continuaba con la conversación tal vez el hombre se iría.

Eso era lo que esperaba, pero no lo que ocurrió.

De repente se puso de pie y solo tuve tiempo de retroceder un paso antes de tenerlo sobre mí.

—¿Qué, qué, estás haciendo? —grité.

Me agarró y me dio la vuelta atrapándome las manos a la espalda.

¡Oh, Dios! Eso no era bueno.

Me levantó el vestido y metió la mano debajo. Lo siguiente que escuché fue el sonido que hizo mi tanga al romperlo. Entonces entendí que si no hacía nada iba a violarme.

Yo. Cada dos minutos una mujer sufría un abuso sexual. Iba a ser un número más en esa estadística. Tenía guardaespaldas y botones de alarma, aprendí defensa propia y todo fue para nada.

Estaba aquí, atrapada e indefensa, congelada por lo que iba a pasar.

La mano del hombre estaba entre mis piernas, sus dedos acariciando la piel. Suavemente.

—Tienes la piel más suave que he tocado en toda mi vida —me susurró al oído.

—Por favor, no lo hagas —supliqué.

—¿Por qué no? Estás aquí, una mujer muy hermosa que me apetece tomar. ¿Por qué no desabrochar mis vaqueros y deslizarme dentro de ti? Tengo curiosidad —se calló cuando llamaron a la puerta—. ¡Joder! Tus tres minutos han terminado y es una verdadera pena, pero volveré la próxima semana.

¿Estaba libre? No, mis manos seguían a mi espalda atrapadas en la suya, sus dedos seguían acariciándome y sus labios estaban en mi cuello. Me besó. Me dio un beso tan suave que me pregunté si algo de esto estaba ocurriendo o había perdido la cabeza.

—Hasta otro día, princesa —murmuró.

Entonces me soltó y mientras me daba la vuelta él ya había salido de la habitación. Estaba a salvo, pero de todos modos corrí hacia la puerta y cerré con llave. Luego caminé hasta el sillón y me senté.

Mis piernas estaban temblando, mis manos, todo mi maldito cuerpo.

Nunca pasé miedo en toda mi vida. Ese miedo que sentía cuando hacía alguna travesura sabiendo que me iban a castigar era como una brisa de aire fresco en comparación con lo que sentía ahora.

Era horrible.

No podía respirar.

Estuve ahí durante quince minutos, intentando tranquilizarme y decidir qué era lo que quería hacer a continuación. Llamar a mi padre y decirle que casi me habían violado después de haberle dicho a Uno que no lo necesitaba y entrar en una habitación a oscuras o pedirle ayuda a Ivy, mi prima.

¿Ayuda para qué?

Fue una confusión, el hombre quería un baile y yo no era la chica que él había pagado. Vale, él era el culpable por no escucharme y tocarme sin mi permiso. No obstante, por más que pensaba menos me apetecía hablar de ello con alguien, ni siquiera con mi hermano o con mi madre que eran las personas con las que mejor me llevaba.

Amaba mi padre y si mi vida corría peligro sería el primero en llamar para venir a rescatarme, pero después no podría vivir sabiendo que lo había decepcionado.

Total, lo que pasó no fue nada fuera del otro mundo, ¿no? Algunas caricias y el hombre se había llevado mi tanga.

Nada, nada anormal así que dentro de unos días ni siquiera recordaría lo que pasó.

—No pasó nada —me susurré mientras me ponía de pie, abría la puerta y salía de la habitación.

El pasillo estaba despejado, no había nadie y corrí hacia las escaleras, pero en mi prisa choqué con alguien que no tenía ninguna idea de cómo o de dónde había aparecido.

Grité y retrocedí hasta chocar con la pared.

—Perdona, fue un accidente —dijo el hombre.

Cuando mi corazón dejó de latir como loco y mi miedo me permitió pensar pude mirar mejor al hombre. Era el mismo hombre que había venido a buscar y que ahora mismo solo lo quería lejos de mí.

—¿Estás bien? —me preguntó.

No contesté, tenía la garganta cerrada.

—¡Joder! —gruñó avanzando hacia mí y abrí la boca para gritar, pero antes de poder hacerlo, él me la cubrió con su mano.

Me rodeó con la mano y me hizo caminar de espaldas.

Luché ya que esta vez mi miedo era más grande porque ya sabía lo que podía ocurrir, las sensaciones de antes todavía muy frescas en mi mente.

Me empujó en una habitación y cerró la puerta.

—¡Socorro! —grité al darme cuenta de que esta era la misma habitación de antes y lo más seguro que él también era el mismo hombre.

Presioné el botón hasta que lo rompí y dejé de gritar cuando el hombre encendió la luz.

—Soy Adam —se presentó.

Me importaba un bledo si se llamaba Adam, Joshua o Jesús. Si volvía ponerme una mano encima iba a morir.

Retrocedí viendo que él se quedaba quieto delante de la puerta. En el rincón de la habitación había una botella de champán y la cogí. La golpeé contra la mesa rompiéndola y luego levanté la mano.

—Bueno, Adam, si te acercas vas a morir.

Capítulo 4

Lilith

Sonrió.

Había visto hombres sonreír antes, guapos, no tan guapos, jóvenes y no tan jóvenes, pero nunca una sonrisa me hizo sentir tanto. Por un lado, se veía tan atractivo que desató una alarma en mi cuerpo y mi cerebro ya estaba enviando indicaciones para que se vayan preparando para llevar en el vientre a su bebé.

Y por otro lado era la furia por la divertida que le parecía mi amenaza.

—Puedo hacerlo —declaré.

—Sigue diciéndolo, princesa, y algún día lo vas a conseguir —se mofó.

Me jodieron sus palabras y lo quise hacer pagar. Era rápida, ventajas de ser delgada y entrenar todos los días, y en un instante estaba delante de él. Lo empujé y cuando su cuerpo chocó contra la pared, le puse la botella en el cuello.

Y solo porque era hija de mi padre presioné un poco, lo suficiente como para ver una gota de sangre en su piel. Una gota o más porque también era nieta de mi abuela y nadie me subestimaba y salía impune.

Pero yo también lo subestimé y acabé de espaldas en la cama. La botella voló, cayendo en algún lugar en el suelo haciéndose añicos. Ya no tenía un arma para protegerme, solo mi cuerpo y mis palabras.

—Estoy impresionado —admitió Adam.

—¿Tú no tenías una cita? —espeté y arrepintiéndome en el instante.

Era él, no sabía en qué momento me di cuenta de que él era el hombre de antes, pero estaba segura de que era él.

Me sorprendió al levantarse y aún más cuando alargó la mano para ayudarme. Me levanté sin aceptar su ayuda y caminé hacia la puerta.

—Espera —dijo y no esperé, pero luego dijo: —Por favor.

Con la mano en el picaporte me di la vuelta.

—¿Qué es lo que quieres?

—Pedirte disculpas por lo que ocurrió antes. No quise asustarte tanto, Nicholas dijo que...

—¿Nicholas? —exclamé interrumpiéndole.

Él asintió y maldiciendo empecé a buscar mi móvil en el pequeño bolso. Ese idiota me lo iba a pagar. No obstante, tenía que buscarlo para eso porque mi móvil no tenía señal.

Que extraño.

Miré a Adam.

—Necesito saberlo todo antes de ir a hablar con Nicholas así que dímelo ya.

Me miró con el ceño fruncido.

—¿Me has escuchado? —le pregunté.

—Tienes que tranquilizarte, princesa, Nicholas no es un hombre al que puedes...

—¿Nicholas? Lo voy a matar —grité.

Entonces, Adam se acercó y cogió mi móvil de la mano. También puso su mano bajo mi

barbilla e inclinó mi cabeza.

—Escúchame bien, ¿ok? No puedes jugar con un hombre como Nicholas, no sabes de lo que es capaz y su propósito ahora mismo es librarse de la tarea que le encargó tu padre.

—¿Mi padre?

—Sí, por lo que me contó Nicholas tu padre le pidió que te cuidara y él pensó en darte un par de sustos para obligarte a quedarte en casa y fuera de problemas.

Eso no tenía ni puñetero sentido.

Negué con la cabeza.

Nicholas no era mi protector, ya tenía a Uno, Dos y Tres. También a tres más que nunca veía, pero sabía que estaban cerca porque mi padre era así de sobreprotector.

—No, no. A ver, que no. Mi padre no le pediría eso a Nicholas y él, pues no sería capaz de hacerme algo así. ¡Por Dios! Casi me has violado antes.

—Discúlpame por eso —dijo Adam quitando la mano de mi barbilla, pero no retrocedió.

Estaba ahí, a un paso de mí. Reconocí su colonia y fue extraño porque recordé lo que ocurrió antes y no sentí miedo.

¿Por qué no? ¿De alguna manera sabía que no estaba de verdad en peligro, por eso me quedé congelada y le permití tocarme?

¿Sabía qué era el hombre que quería ver y por eso no reaccioné?

—Claro, como si una disculpa pudiera hacerme olvidar que me has tocado sin mi permiso —murmuré.

—Entiendo —gruñó.

—No, creo que no lo entiendes, pero me voy a conformar con que me digas todo lo que sabes sobre el plan de Nicholas —dije.

—Tenemos cinco eventos traumáticos planeados para las próximas semanas con el único propósito de asustarte. Cuatro y por lo que veo creo que ninguno va a funcionar.

Obvio que no.

Yo era más fuerte que eso.

—Ok, pero la razón detrás de eso no tiene sentido. Mi padre es sobreprotector, pero no me quiere encerrada en mi casa el resto de mi vida. Joder, la semana pasada ni siquiera salí de mi apartamento y me llamó ordenándome que saliera a tomar aire fresco.

Suspiré y empecé a dar vueltas por la habitación, intentando poner en orden mis pensamientos.

¿Por qué haría mi padre algo así? ¿Y Nicholas?

Caminé y caminé mientras que Adam sentado en el sillón me miraba en silencio. Verlo ahí me hizo preguntarme cosas extrañas, por ejemplo, ¿qué pasaría si me sentara en su regazo?

—¿Necesitas ayuda? —preguntó.

—¿Con qué? —espeté asustada, pensando que se había dado cuenta de lo que estaba pasando por mi mente.

—Mira, los hombres no somos tan difíciles de entender. Tú eres una mujer hermosa y entiendo a tu padre. Está preocupado por ti y lo estará hasta que te vea casada con un hombre capaz de protegerte. Todos los padres son así.

—Ok, eso suena a mi padre, pero no me ayuda con mucho.

—Tal vez está probando a Nicholas a ver si puede ser un buen marido para ti —dijo.

Me eché a reír.

—Lo tienes mal ahí, Adam. Nicholas es familia —expliqué.

Adam me miró sorprendido y asentí.

—Es mi primo —declaré.

—Ok, entonces hay otra cosa detrás de este plan y lo que tengo claro es que, si vas a decirles que sabes la verdad van a buscar otro, ¿no crees?

Algo pretendían, no sabía qué, pero si mi padre quería algo nada podía detenerlo. Ni siquiera yo.

—Tengo una propuesta para ti —dijo Adam.

Y ahí estaba de nuevo esa sonrisa.

Y sí, no sabía que quería proponerme, pero sabía cuál iba a ser mi respuesta.

Sí.

—¿Decente? —pregunté.

—No soy un hombre decente —dijo.

Obviamente, eso implicaba que nada de lo que hiciera lo era.

—Vamos a ver esa propuesta indecente.

—Seguir con el plan de Nicholas, pero con un pequeño cambio. Quitamos los eventos que deberían meterte tanto miedo como para hacerte quedar en casa el resto de vida —dijo él.

—Pero todo el propósito del plan es ese y yo no quiero vivir encerrada, además, sigo sin estar convencida de que esto es lo que Nicholas pretende.

—Lo que quiero decir, princesa, es que deberíamos trabajar juntos. Mientras seguimos con el plan podemos pasar tiempo juntos e intentar averiguar qué es lo que de verdad quieren. Es una buena idea, ¿no crees?

—¿Y dónde está la indecencia de la propuesta? —pregunté.

Adam se puso de pie, caminó hacia mí y, cómo no, yo me quedé ahí como una estatua con el hombro apoyado contra uno de los pilares de la cama. No tenía escapatoria.

—Te seduciré —murmuró.

Mi risa debía darle a entender que no iba a pasar, que era una idea tan loca que me hacía gracia, pero la verdad era que era un poco histérica.

¿Quería seducirme? Todo lo que tenía que hacer era mirarme, sonreír y decir ven.

—No —dije.

—¿Tienes miedo? —preguntó.

—No, lo que pasa, Adam, es que tengo, hmm, a ver cómo te lo digo para no herir tu ego —susurré frunciendo el ceño—. No eres mi tipo de hombre, no encajarás nunca en mi vida.

—Pero, princesa, yo solo quiero encajar entre tus piernas. No confundas eso con una promesa de amor eterno. Si seguiremos con el plan es porque no quiero romper la promesa que le hice a Nicholas, pero lo haré si no hay nada para mí. Es simple, te mantendré a salvo, averiguaremos qué están tramando y mientras tanto yo intentaré seducirte. He dicho intentar, no forzar. Todo depende de ti.

—¿Cómo sé que puedo confiar en ti?

—¿Qué te dice tu instinto? —preguntó.

Mi instinto se había ido a pasear por la playa, no decía nada.

Si Nicholas o papá querían algo no iban a parar hasta conseguirlo y puede que la próxima vez no tuviera la suerte de obtener ayuda de la persona que debía... ¿asustarme, secuestrarme, convencerme de irme a la cama con él?

¡No lo entendía! Me estaba poniendo de los nervios no saber en qué me estaba metiendo, en qué estaban metidos mi primo y mi papá.

—Acepto tu propuesta, Adam —dije alargando la mano para cerrar el acuerdo.

Miró hacia abajo a mi mano, luego levantó la cabeza y su mirada fue tan caliente que me

olvidé de respirar. Cogió mi mano y no, obviamente, no la apretó. La llevó hasta su boca y presionó sus labios contra mis nudillos mientras sus dedos acariciaban el interior de mi muñeca.

Bueno, no tenía ninguna duda de que Adam iba a conseguir lo que deseaba de nuestro acuerdo más rápido de lo que pensaba. Dudé, ¿vale? Podía hablar con mi padre y pedirle explicaciones, pero elegí aceptar la propuesta de Adam.

Lo que tiene que pasar pasará y ya está.

—Si el guión para esta noche ha terminado me voy a casa —dije.

Adam me soltó la mano mientras decía: —Necesito tu número de teléfono, bella dama, ¿o prefieres que te sorprenda?

¿Bella dama? Ah, Dios.

Le dije el número mientras caminaba hacia la puerta sin esperar a ver si conseguía memorizarlo o apuntarlo en su teléfono.

—Hasta la próxima, princesa.

Ya estaba saliendo de la habitación cuando escuché sus palabras y no me detuve para despedirme. Cerré la puerta y caminé rápidamente.

Tardé cinco segundos en encontrarme a Uno.

—¿Dónde has estado? —le pregunté.

—Aquí mismo. Nicholas dijo que no nos necesitabas —me contestó.

Ya. Ese primo mío me la iba a pagar.

∞∞∞∞

Los próximos días fueron normales. Trabajo, trabajo y más trabajo.

Intenté hablar con mi padre, pero se había llevado a mi madre y a mis hermanos pequeños a ver el Gran Cañón. Por quinta vez.

Intenté hablar con Nicholas y él también estaba fuera de la ciudad por negocios. Como si no supiera que el club era su único negocio.

Estos dos pensaba que era tonta.

El viernes me desperté de mal humor, como si hubiera tenido una pesadilla que no podía recordar. Quedarme en casa y comerme la cabeza no era buena idea así que después de media hora de yoga (que no me relajó para nada), me arreglé para ir a la oficina.

Miraba por la ventana del coche cuando me di cuenta de que eso tampoco iba a hacerme sentir mejor.

—Uno, para. Quiero tomar un café —dije.

Uno cambió una mirada con Dos que ignoré y como el coche estaba parado abrí la puerta y bajé.

Dos pasos después estaba entrando en una cafetería. Era muy mona, elegante, con un montón de clientes y con un escaparate lleno de todo tipo de dulces. Ni café ni leches, iba a pedir medio escaparate porque era imposible elegir un solo dulce.

El dulce no era lo mío, siempre rechazaba tomar postre porque no me hacía nada, aunque a veces tenían unos antojos de los más raros. Como ahora.

Me senté a la cola y cuando llegó mi turno pedí donuts de chocolate, de caramelo, cuadraditos de limón, mini tarta de queso, un trozo de tarta de zanahoria y una delicia de frambuesa.

—Ah, y un café negro —le dije a la empleada.

—Que sean dos —escuché a Adam decir mientras un brazo rodeaba mi cintura.

—Oh, mierda —exclamé sin mirarlo.

No, no quería mirarlo porque en el momento en el que sentí su mano sobre mí recordé la pesadilla. ¿Pesadilla? No, señor, fue una película entera, con sus momentos románticos y calientes, con su drama y su final horrible.

¡Horrible! Porque lo que empezó como una bonita historia de amor terminó con la protagonista (yo) en un burdel vendiendo su cuerpo a extraños bajo la atenta mirada del hombre que lo hizo posible (Adam).

No, gracias, no quería verlo, sentirlo, escucharlo, olerlo. No lo quería a mi lado.

¿Crees que a alguien le importaba lo que yo quería? No, a nadie.

La empleada le sonrió y casi estaba babeando sobre él, aceptó su tarjeta para pagar y le entregó mis donuts en una bolsa de papel en la que había anotado su número de teléfono.

Adam deslizó la mano hacia la parte baja de mi espalda y me guio hacia la salida, pero me detuve a medio camino.

—¿Podemos hacerlo otro día? Hoy no estoy de humor —dije.

Alguien resopló detrás de mí y miré curiosa. Una mujer de unos cincuenta años me estaba mirando boquiabierta.

—Chica, si tu no lo quieres yo sí —dijo mirando a Adam.

No hacía falta mirarlo, sabía que si me daría la vuelta una sonrisa engreída estaría en su rostro.

—Puedes tenerlo —le respondí a la mujer.

—Tal vez otro día, como verás hoy tengo las manos llenas —le dijo Adam empujándome hacia la puerta.

Salimos de la cafetería y mi coche no estaba delante. Siempre estaba delante. No importaba que llovía, nevaba o hacía un calor que derretía el pavimento, Uno siempre aparcaba delante.

¡Dios, Adam!

—En serio, no estoy de humor para una repetición de la otra noche —me quejé.

—¿No? A mí sí me gustaría tenerte de nuevo en mis brazos —dijo guiándome hacia un coche negro.

Lamborghini, ¿por qué no me sorprendía? Los hombres nunca pasaban de la infancia, siempre querían el juguete más caro.

Me abrió la puerta, todo un caballero, y después de sentarme me entregó la bolsa. Saqué los cafés mientras lo miraba rodear el coche. Le entregué el suyo y continué bebiendo del mío.

—¿A dónde vamos? —le pregunté cuando encendió el coche.

—A dar una vuelta ya que oficialmente debías estar encerrada en el sótano de un edificio abandonado a cien metros de tu oficina.

—¿Estás hablando en serio? —espeté.

Adam me miró por un segundo y asintió. Este hombre no tenía ni puñetera idea.

—Eres tonto, por eso te han contratado para este trabajo —dije.

—Por tonto no, por ser una persona que siempre cumple con su palabra. Ahora, si Nicholas me ha mentado es su problema. Yo llevaré a cabo con el plan para saldar la deuda pendiente y luego cada uno podrá seguir con su camino.

—Adam, ¿tú sabes quién soy? —pregunté.

—Antes eras una mujer que quería follar, desde que me miraste y me llamaste tonto, eres solo un trabajo.

Ah, lo había insultado. Debería pedir perdón, ¿verdad? Nunca lo había hecho. No podía

ser tan difícil, era una sola palabra o dos.

No salían.

Suspiré mientras miraba a Adam conducir.

—Tengo seis guardaespaldas, Adam, y varios dispositivos de rastrear de los cuales uno bajo mi piel e imposible de encontrar. Si alguien me secuestra no sería su prisionera por más de cinco o diez minutos. Eso si llegan a secuestrarme porque nada se mueve en esta ciudad sin el conocimiento de mi familia.

—Eres invencible, felicidades.

—Lo que quiero decir es que nadie quiere darme una lección. Esto va de otra cosa.

—¿De qué? —preguntó Adam.

No lo sabía y con mi padre podía ser cualquier cosa.

Capítulo 5

Lilith

Si todos los secuestros fueran como el mío entonces más personas estarían encantadas de dejarse secuestradas. Viajar en coche escuchando buena música y aquí había dos opciones: Nicholas le había dicho a Adam lo que me gustaba o ambos teníamos los mismos gustos. Café y donuts.

Algo de conversación no hubiera ido mal, pero al parecer a este secuestrador no le gustaba hablar mucho. Bueno, podía decir que era mi culpa por llamarlo tonto. Eso pasó porque yo estaba acostumbrada a llamar tonto a mi hermano a diario, era una palabra cariñosa.

Pero no pasaba nada, el silencio también era bueno. Te ayuda a relajarte, a pensar detenidamente en cosas que normalmente no piensas.

El silencio duró hasta que Adam aparcó el coche. A dos pasos de la playa de Long Island. —Vamos a dar un paseo —dijo.

No me moví, solo mis ojos bajaron hacia mis zapatos, hacía mi vestido ajustado.

—Arena y tacones. No es una buena combinación —murmuré.

—Quítatelos, ¿o nunca has caminado descalza?

Adam bajó del coche y en el tiempo que tardó él en rodear el coche yo me quité los zapatos. Cuando me abrió la puerta salí enseguida y caminé como si tuviera bajo mis pies una alfombra de la antigua Persia.

Mi abuelo tenía una en su biblioteca, costaba más de lo que necesitaba un país pequeño para alimentar a sus habitantes durante dos años. No obstante, los zapatos no eran un accesorio imprescindible durante mi infancia (ahora tampoco).

Jugué en la lluvia, salté en los charcos con mis primos y manché alfombras y sofás. Llevé zapatos de plástico rosa y sandalias cosidas a mano. No le tenía miedo a nada, ni al barro ni a las alfombras caras.

El paseo duró poco, veinte pasos más o menos. No era un buen día para ir a la playa, hacia viento y yo no llevaba una chaqueta. Además, el teléfono de Adam sonó y ya que estaba a dos pasos detrás de mí escuché su conversación.

De hecho, sus maldiciones.

Me detuve y lo miré. Iba vestido con vaqueros, camiseta y cazadora, todo de color negro, incluso las botas de motero. Me pregunté si tenía una motocicleta y si estaría dispuesto a llevarme a dar un paseo durante nuestro próximo encuentro/secuestro.

Aunque, este momento no era el adecuado para peticiones porque estaba furioso. Al colgar presionó tan fuerte la pantalla de su móvil que di un paso hacia adelante solo para ver si la había roto.

—Vámonos —gruñó.

Se encaminó hacia el coche y lo seguí enseguida porque me estaba congelando. No hacía tanto frío, pero yo era muy friolera. El edredón nunca desaparecía de mi cama, ni siquiera en verano.

Adam llegó antes al coche y se dirigió al maletero de dónde sacó una toalla. Me abrió la puerta y dijo: —Siéntate, pero deja las piernas fuera.

—¿Perdona?

—Arena, princesa, no quiero arena en mi coche —gruñó.

Me senté poniendo los ojos en blanco y alargué la mano hacia la toalla. Pero Adam me dejó boquiabierto al arrodillarse y coger mi pie izquierdo. Le quitó con la toalla toda la arena antes de apoyarlo contra su rodilla.

Luego hizo lo mismo con el otro pie.

—Yo puedo hacerlo —espeté cuando lo vi coger mis zapatos.

¿Quién diablos era yo? ¿Cenicienta?

Me puse los zapatos y Adam fue a guardar la toalla. Después de subirse al coche arrancó y condujo como si tuviera un perro del infierno detrás de él. En lugar de temer por mi vida disfruté del viaje porque a mí me gustaba la velocidad.

Más de una vez pensé que iba a chocar con otro coche, pero no pasó. Ni una sola vez. No sabía por qué dudaba de él, total era un hombre y no había nada que amaba más que a su coche.

Redujo la velocidad cuando salimos de la autopista y entramos en una ciudad pequeña. Siguió hasta que vi la señal que indicaba la salida de la ciudad y cogió un camino de bosque. Ahí empecé a preocuparme porque el Lamborghini era un coche de ciudad no un todoterreno.

—¿Adónde dijiste que íbamos? —le pregunté.

—A arreglar un asunto —respondió.

El asunto en cuestión se encontraba en el interior de una cabaña que no tenía buena pinta. Ya no estaba preocupada por el coche, sino por mí.

¿Por qué había confiado en Adam? Estaba en el bosque con un hombre que sí quería follarme y aunque sabía que tenía un rastreador disponía de diez minutos para hacerlo si era lo que deseaba.

O para cortarme el cuello.

Mi padre tenía un montón de enemigos. Un montón.

¡Dios! Fui una estúpida.

Adam detuvo el coche y dijo: —Quédate aquí.

—No, no. Yo no me quedo sola aquí.

Vamos a ver, todos tenemos nuestros miedos, fobias y demás. Lo mío era el bosque, pequeño, grande o enorme. No, gracias. Ni excursiones ni acampadas, nada de eso era para mí. Me asustaba tanto que prefería morir degollada a quedarme sola, incluso si eso era en el interior de un coche con las puertas bloqueadas.

—¿Por qué no? —gruñó para sí mismo.

Salimos del coche y caminamos hacia la entrada donde Adam no llamó, simplemente abrió la puerta.

La cabaña estaba sucia. También era ruidosa. En el salón había un televisor encendido y una canción infantil entretenía a una niña pequeña que ni siquiera se dio la vuelta cuando entramos. De alguna parte de la cabaña llegaba el llanto de un bebé.

—¿Jane? —gritó Adam.

Dos segundos más tarde apareció una persona de detrás de una puerta. No pude ahogar un gemido al ver su rostro.

Suponía que era una mujer porque estaba amamantando a un bebé. El vestido de ella estaba manchado y roto, largo hasta los tobillos.

—Adam, has venido —dijo ella.

Su voz ronca me hizo mirar su cuello y vi los moretones.

—¿Dónde está? —preguntó Adam.

—Atrás, creo —contestó ella.

Adam me miró y pareció dudar antes de decirme: —Grita si aparece alguien.

—Por alguien te refieres a la persona que le hizo esto a ella, ¿no?

Adam asintió.

—En este caso —murmuré mientras deslizaba la mano en su cazadora y cogía el arma de su funda —prefiero tener algo para defenderme.

Sí, había notado el arma desde el primer momento.

Me miró y su mirada me hizo temblar. Me hizo sentir otras cosas también, pero no era el momento para pensar en eso.

—Trata de no matar a un inocente —ordenó antes de salir de la casa.

Jane caminó hasta el salón y se sentó en el sofá acomodando mejor al bebé en su pecho. Su mirada perdida me puso los pelos de punta. Los dibujos terminaron y la niña se dio la vuelta.

Mi corazón se rompió cuando vi que una parte de su rostro también estaba hinchada y roja. Odiaba con toda mi alma a las personas que golpeaban mujeres y niños.

—Jane, ¿necesitas una ambulancia? —pregunté entrando en el salón.

—No, Adam se encargará de Vincent y todo estará bien. Todo estará bien —murmuró.

—Mamá, tengo hambre —dijo la niña.

Jane, con la misma mirada perdida en su rostro, se puso de pie e intentó poner al bebé sobre el sofá, pero el pequeño empezó a llorar. Entonces, ella caminó hasta mí.

No me lo pidió. Me lo puso en los brazos y caminó hasta el otro lado de la cabaña donde podía ver la cocina. Dejé de prestarle atención para concentrarme en el bebé que tenía en mis brazos.

Era un bebé muy guapo, con los ojos verdes más bonitos que había visto. No estaba llorando así que eso era un punto a favor. Su ropa estaba limpia y olía bien.

Eché un mejor vistazo a la cabaña y me di cuenta de que me había equivocado, no estaba sucia, solo algo desordenada. Había juguetes por todas partes, pero el sofá y el suelo se veían limpios de polvo y manchas. Las cortinas eran blancas igual que el mantel que había sobre la mesa cubierta de ropa que más que seguro que había que doblar y guardar.

Jane volvió con la niña que llevaba un bocadillo en la mano y volvieron a sus lugares, la niña frente al televisor y Jane en el sofá. Cuando empezó a acunarlo a su pecho un bebé invisible juré que si Adam no arreglaba esta situación lo iba a hacer yo.

Había visto antes esa mirada, tantas veces que podía adivinar por lo que estaba pasando, todo lo que había sufrido la mujer.

De repente, se abrió la puerta de la cabaña, tan fuerte que golpeó la pared y se quedó ahí. Un hombre grande entró y, por Dios, retrocedí cuando vi su rostro furioso.

—¿Llamaste a Adam, puta? —le gritó a Jane que se había hecho un ovillo en el sofá.

El hombre la cogió por el pelo y le dio un puñetazo en la cara. No sabía qué hacer, si gritar o correr, pero entonces sentí unas pequeñas manos rodeando mis piernas por detrás y vi a la pequeña niña detrás, agarrándose con fuerza.

Entonces, supe que debía hacer.

Moví al bebé de manera que pudiera sostenerlo con una sola mano y saqué el arma de la cintura de mis pantalones donde la había guardado cuando Jane me entregó a la criatura.

—¡Déjala ir! —grité y el hombre ni siquiera me escuchó, tan ocupado estaba golpeando a la pobre mujer—. ¡Déjala ir!

Mi segundo grito le llamó la atención. Dejó de golpear a Jane y me miró de arriba abajo, lamiéndose los labios. Ni en tus malditos sueños, cabrón.

—La puta de Adam —dijo sonriendo.

Era la primera vez que me llamaban puta y no me gustaba. Lo apunté con el arma.

—Daté la vuelta y sal de la casa —ordené.

Entonces, el muy estúpido cogió por los pelos a Jane y la puso frente a él. No bastaba con el abuso y el maltrato, la usaba de escudo también.

Le rodeó el cuello con las manos y empezó a apretar. Tenía una mirada diabólica que sabía que iba a perseguirme en mis sueños.

Me sonrió mientras despacio estaba matando a Jane y esa sonrisa fue su error.

Disparé.

Jane tosió, intentando coger aire y se dejó caer en el sofá. No se había dado cuenta de lo que había pasado. La niña sí. Una de sus manos me soltó para poder dar un paso hacia adelante y mirar al hombre que estaba en el suelo.

—No mires —le dije y enseguida levantó la cabeza para mirarme.

Tenía los mismos ojos que el bebé y nos miramos en silencio. El bebé se había quedado dormido en mis brazos, la niña esperaba algo de mí, aunque no sabía qué era, y Jane estaba en el sofá con los brazos rodeando sus piernas, la cabeza sobre las rodillas y balanceándose delante y atrás mientras susurraba algo.

Entonces llegó Adam.

—¿Qué diablos pasó? —preguntó mirando al hombre cuyo cerebro estaba esparcido por todo el salón.

—Gritar no funcionó —respondí alargando la mano.

Lo dejé sin palabras y fue interesante. Adam no sabía qué decir, qué mirar, al hombre muerto, a mí o al arma que sostenía. Finalmente, pasó por encima del cadáver y se acercó. Cogió el arma, apuntó al techo y disparó.

—Autodefensa, princesa. Siempre hay que disparar por lo menos una vez antes para poder testificar con lágrimas en los ojos que lo has advertido, pero aun así intentó hacerte daño —me instruyó él.

—De hecho, intentaba matar a Jane —dije.

Verás, yo no conocía a este hombre. Sabía su nombre de pila, que le gustaba el chocolate y que prefería comer piedras a cualquier postre con limón, que le debía un favor a mi primo y nada más. No obstante, cuando me miró y vi que estaba orgulloso de mí algo se calentó en el medio de mi pecho.

Algo que nunca había sentido. Y entonces él...

—¿Vas a gritar si te beso? —preguntó.

Sacudí la cabeza y Adam dio un paso hacia mí.

—Pero no me gustaría que nuestro primer beso fuera al lado de un hombre muerto —murmuré.

—Maldito Vincent —gruñó él.

Luego se agachó y le sonrió a la niña.

—¿Estás bien, Penny?

La niña asintió.

—¿Puedes llevar a los niños al coche? Yo voy a ayudar a Jane —propuso Adam.

Asentí, pero estaba mirando el gran charco de sangre que se interponía entre nosotros y la puerta.

—Te compraré zapatos nuevos —dijo Adam.

—Me puedo comprar mis propios zapatos, gracias —espeté dándome la vuelta.

Había una ventana bastante grande que me iba a servir mejor.

—Ven, Penny —murmuré y la niña caminó conmigo sin soltarme.

Abrí la ventana y a la pequeña le tomó tres segundos en salir. A mí más porque tenía al bebé en brazos y mi vestido ajustado no me dejaba abrir mucho las piernas, pero lo conseguí e incluso miré a Adam para asegurarme de que estuviera consciente de mi éxito.

Lo estaba. Estaba sonriendo, ahí en esa habitación al lado de un hombre que yo misma había matado, con sangre deslizándose sobre las paredes. Le sonreí de vuelta.

Y en ese momento me di cuenta de que estaba jodida, pero bien jodida de la cabeza.

Adam ayudó a Jane a subir al coche, luego a la niña y el bebé se lo entregó a la madre que había espabilado un poco. Cerró la puerta y me miró.

—¿Puedes esperar un poco antes de tener una crisis nerviosa por lo que ocurrió? —me preguntó.

Asentí y Adam se inclinó, presionó sus labios contra mi mejilla y dijo: —Buena chica.

Luego me abrió la puerta, esperó para cerrarla y volvió al interior de la casa. Mientras estaba dentro intenté analizar lo que estaba sintiendo, pero me estaba asustando a mí misma y preferí no hacerlo. Me giré hacia Jane y la encontré mirándome. Algo había cambiado en su expresión.

—Vincent está muerto —dijo.

¿Qué podía decirle? ¿Se lo merecía por lo que te hizo? ¿Debería darle el pésame?

No dije nada, pero ella sí.

—Gracias —susurró.

El bebé estaba dormido en sus brazos y Penny la estaba abrazando, pero sus pequeños ojos me estaban mirando fijamente.

¡Dios! Le había causado un trauma a la niña que ni una docena de psicólogos iban a ser capaces de curar.

Adam volvió, llegó corriendo y subió.

—¿Todo bien? —preguntó poniendo en marcha el coche.

Yo me encogí de hombros y Jane murmuró que sí.

¡Genial! Todos estábamos bien.

Medio segundo después escuché una explosión y miré atrás. La cabaña estaba en llamas. Una manera muy eficiente de borrar las pruebas del crimen.

Adam no miró, obvio, él ya sabía lo que ocurría atrás. Cogió su teléfono e hizo una llamada.

—Ben, necesito un lugar seguro para... ¡Maldición! Vale, luego hablamos.

Colgó e hizo otra llamada que tuvo el mismo resultado que la anterior. Alargué la mano y le cogí teléfono cuando se estaba preparando para la tercera.

—Si buscas un lugar seguro para Jane y los niños yo tengo uno —dije.

—No, no puedo tenerte involucrada en esto.

—Adam —murmuré y esperé hasta que giró la cabeza para mirarme—. Puedo hacerlo, tardaré menos de un minuto en encontrar un lugar seguro para ellos, un médico, una casa, dinero, joder, puedo tener nuevas identidades para ellos en menos de un cuarto de hora.

Tenía esa mirada otra vez, esa que ahora sabía que significaba que estaba pensando en follarme.

—¡Joder! —gruñó él.

Pasaron unos segundos antes de verlo asentir.

—Tienes un minuto —me dijo.

—Me sobran treinta segundos, pero vale.

No, no era mentira. Tardé más en buscar mi teléfono que encontrar la información que necesitaba. Había un refugio para mujeres a diez minutos de nosotros y cuando le di la dirección a Adam me miró con desconfianza.

—Es seguro, Adam, confía en mí. Cuidarán muy bien de Jane.

—Le prometí a su hermano que cuidaría de ella —dijo en voz baja.

—Por lo que veo es justo lo que estás haciendo, pero, mira, si no confías en mí, puedes llevártelos a tu casa y buscar algo mejor. Es tu decisión.

Adam tardó bastante en responder y eso me molestó, y de hecho fue Jane la que respondió.

—¿Nueva identidad?

Me giré en el asiento para mirarla.

—Puedo conseguirte cualquier cosa, Jane. Lo que sea para tu bienestar y el de tus niños —le aseguré.

—Adam nos ha cuidado durante mucho tiempo —murmuró ella.

—Y podrá hacerlo durante mucho más si tiene cuidado al contactarte. Es fácil, Jane.

Pensaba que la había convencido, pero había otra cosa que le preocupaba.

—La policía.

—Fue un accidente. Nadie sabe que estabas viviendo con Vincent ahí así que no hay problema —dijo Adam.

—Tommy lo sabe.

Adam maldijo en voz baja solo para decir en voz alta: —No te preocupes por Tommy.

Conocía ese tono y esa determinación lo suficientemente como para saber que Tommy iba a tener un accidente.

Durante los próximos minutos contesté a las preguntas de Jane. No, no tenía que pagarme por ayudarla. Sí, podían tener los mismos nombres de pila y cambiar el apellido. Sí, podían elegir la ciudad donde querían vivir. Sí, íbamos a conseguirles una casa, otros números de seguridad social, una escuela para Penny y un trabajo para Jane.

Llegamos y Adam miró al edificio con el ceño fruncido.

—¿Siempre has sido tan desconfiado? —le espeté.

—Sí.

Su respuesta fue tan cortante que prometí dejar de hablarle. Salimos del coche y cogiendo la mano de Penny me encaminé hacia la entrada.

El edificio, oficialmente, era uno de viviendas y en la planta baja había una clínica medical. Presioné en el panel de seguridad mi código, sí tenía uno solo para mí, pero eso era algo que Adam no necesitaba saber.

Carol, era la encargada del centro, y nos saludó amablemente. Yo no solía venir, pero hablaba muy a menudo con ella y con los otros trabajadores. Le presenté a Jane y a los niños, que fue el momento en el que averigüé que el bebé era un niño y se llamaba Matt.

Adam fue muy taciturno en el trato con Carol, pero lo dejé pasar por el momento. Tardamos una hora en ponerlo todo en orden. Un médico vio a Jane y a los niños y declaró que todos estaban bien a pesar de lo que habían sufrido. Luego le presentamos varias opciones a Jane y ella eligió quedarse un par de días para darle tiempo a curar antes de marcharse a Livingston, Montana.

Era una ciudad que había visitado cuando era pequeña y después de unas rápidas comprobaciones decidimos que no era mala idea. Antes de marcharnos ya sabíamos dónde iban a

vivir y el nombre de la escuela de Penny.

—No es muy hablador, ¿eh? —dijo Carol cuando nos quedamos solas.

Adam había ido a acompañar a Jane a la segunda planta, a un apartamento de dos habitaciones donde iban a quedarse por ahora.

—No —contesté.

—Te pediría su número, pero he visto cómo te miraba —continuó Carol.

¿Cómo me miraba? Yo tenía la impresión de que quería matarme incluso cuando era más que obvio que había traído a Jane a un lugar más que seguro.

Adam tardaba bastante así que le eché una mano a Carol con la contabilidad que siempre era un rollo. No me gustaba, pero se me daba bien y cuando terminé me di cuenta de que habían pasado dos horas.

Salí del despacho de Carol y volví a la sala principal que hacía de recepción/salón donde encontré a Adam jugando ajedrez con los niños del refugio.

—Me gusta —me susurró Carol que había estado mirando desde la puerta.

Los celos asomaron su fea cabeza. Carol era una mujer guapa, estaba en forma y ya sabía que a Adam le gustaban todas las mujeres y no decía no a ninguna.

Subí a despedirme de Jane y lo hice en silencio ya que Penny y Matt estaban durmiendo. Ella se veía mejor a pesar de la hinchazón de la cara y del cuello magullado, había una nueva luz en sus ojos y por eso estaba feliz.

Aunque la felicidad no me duró mucho.

Me despedí de Carol y Adam que había terminado su partida me acompañó hasta el coche. Y es ahí donde me golpeó con toda la fuerza de un camión los eventos del día. Mi corazón se había acelerado y mis manos temblaban cuando busqué mi teléfono móvil.

—¿Estás bien? —me preguntó Adam.

No le respondí. Tenía problemas para hacer una maldita llamada. Tocar la tecla para llamadas me tomó tres intentos, luego llamé a mi madre y colgué dos veces porque no era ella a quien quería llamar.

—Dame eso —dijo Adam.

Me cogió el teléfono de la mano y preguntó: —¿A quién quieres llamar?

—Abuela.

Me miró extrañado, pero me devolvió el teléfono y ni siquiera me di cuenta de que lo había puesto en altavoz. Pero escuché la voz de mi abuela y era lo que necesitaba.

—Abuela —susurré.

—Lilith, ¿estás bien? —preguntó.

Pude notar la preocupación de su voz, incluso escuché el ruido que hizo al ponerse de pie y caminar. Pronto iba a escuchar el sonido del teclado de su portátil porque iba a comprobar dónde estaba y con quién.

Mi abuela no tenía paciencia. ¿Por qué esperar a que me lo digan si puedo averiguarlo yo misma? Eso decía ella y tenía razón. La mayoría de las veces la gente miente.

—He matado a un hombre.

—Ok —fue la respuesta de la abuela.

Ok.

Ahora mismo estaría comprobando mi localización, la actual y la pasada.

—Abuela, deja eso —le pedí.

—Lilith, sabes muy bien que es lo que hay que hacer.

Lo sabía. Borrar pruebas lo más rápido posible.

—Adam ya se ha encargado de eso.

—Adam, ¿quieres decir Adam Grayson? —me preguntó.

Miré a Adam que me devolvió una mirada curiosa antes de girar la cabeza hacia delante ya que estaba conduciendo. Ni siquiera me había dado cuenta de eso.

—Te preguntaría si lo conoces o qué está tramando mi padre, pero hay algo que me importa más que eso en este momento —dije.

—¿Qué te preocupa?

—Nada, abuela. ¡Nada! ¿Sabes lo que es nada? Eso es lo que yo siento después de haber disparado a un hombre en la cabeza.

—Estoy segura de que se lo merecía —dijo mi abuela.

—Vale sí, pero, abuela, le he quitado la vida a una persona y no siento nada. Ni arrepentimiento, ni miedo, ni pena, ni tristeza. ¿Crees que eso es normal? Me importó más no caminar sobre sus sesos que haberle quitado la vida.

—A ver, cielo. Piensa en mí, en lo que yo hago. Luego piensa en tu padre.

Mi abuela, mi padre, dos personas que podían matar a una persona con las manos vacías en menos de un minuto y después iban a cenar como si nada hubiera pasado.

—¿Y eso en qué me convierte, abuela? ¿En una persona sin alma?

—¿Crees que yo no tengo alma? —preguntó—. Lilith, el mundo en el que vivimos es cruel y si para hacer justicia y traer paz a las víctimas hay que hacer cosas que nadie es capaz de hacer. El mundo necesita a alguien que les proteja, que puede darles esperanzas porque un día van a luchar contra el mal y el bien ganara, pero mientras tanto lo que les falta es un héroe. Un héroe sin alma, al que no le tiembla la mano cuando tiene que matar para defender a una persona inocente.

—Ser héroe no es lo que tengo planeado para mi futuro.

—Ni es lo que queremos para ti, niña, pero tienes el poder y eso es lo que cuenta. Algún día tendrás una familia, hijos, y créeme, vas a necesitar ese corazón frío que has heredado de mí y de tu padre, porque será la única manera de dormir tranquila. Sabrás que nadie tocará a los tuyos porque tú acabarás con ellos antes de que tengan la oportunidad de hacerles daño. Y eso es lo que importa.

Tenía que pensar en todo lo que me había dicho la abuela así que murmuré: —Ok.

Ella se echó a reír.

—¿Por qué no vienes a cenar esta noche? Estamos solos esta noche —propuso la abuela.

—Gracias, abuela. A las seis, ¿vale?

—Sí, y trae a Adam.

—Adam tiene planes esta noche —dije porque de ninguna manera quería llevarlo a conocer a mis abuelos.

—Nos vemos luego. —La abuela colgó y la tensión en el coche era tan fuerte que pensaba que en cualquier momento se iban a romper todos los cristales.

Adam conducía, miraba tranquilamente hacia delante, no obstante, la mandíbula la tenía tensa y las manos apretaban con fuerza el volante.

¿Qué era lo que le había molestado tanto? Pensé en ello durante medio minuto y me di cuenta de que importaba muy poco. Yo tenía mis propios problemas como para preocuparme de lo que pensaba él.

Además, tenía boca y podía decírmelo. Yo no era adivina ni podía leer pensamientos.

Me llevó de vuelta a la cafetería de donde me había secuestrado por la mañana y ni siquiera apagó el motor del coche, pero sí bajó para abrirme la puerta. Evitó tocarme y mirarme.

—Que tengas una buena noche.

Sus palabras de despedida eran tan secas como el vino que le gustaba a mi padre. E igual de amargas.

¿Por qué sonaban como si fuera un adiós definitivo?

Capítulo 6

Adam

Maldita el día en el que acepté ayudar a Nicholas o, mejor dicho, maldito el momento en el que me dejé engañar. Era obvio que yo era el tonto de esta historia y no había nada que odiara más que ser tomado por estúpido.

Me lo iba a pagar, de una manera u otra. Aunque primero tenía que encargarme de Tommy.

Nunca sabías con este tío, un día despejaba el camino para un cargamento de drogas y al otro entrenaba el equipo infantil de béisbol. A veces, llegar a un acuerdo con él me tomaba dos minutos y otras veces semanas.

Ahora mismo no tenía tanto tiempo.

Aparqué el coche frente al bar de su hermano y conté las motocicletas que estaban aparcadas mientras caminaba hacia la entrada. El bar estaba menos concurrido que habitualmente, pero de todos modos sería un problema para mí si Tommy se negaba a cooperar.

Estaba jugando billar con un par de sus hombres, me echó un vistazo y cogió una botella de cerveza para darle un trago.

—No estoy de humor para favores —dijo a modo de saludo.

Miré a sus hombres que estaban muy pendientes de mi llegada y he de reconocer que pillaron la idea bastante rápido y se fueron sin siquiera echar un vistazo a su jefe.

—Bien, no estoy aquí para hacerte favores. He venido para cobrar.

—¿Cobrar qué? No recuerdo haberte pedido nada.

—Vincent —dije y fue suficiente.

Tommy empezó a maldecir a su primo que llevaba toda la vida creando problemas, pero era familia y el vínculo era sagrado. Familia hasta el final.

Menuda mierda. La mayoría de las veces la familia es la que te mete en problemas y luego se niega a ayudarte o incluso te echan a ti la culpa.

La familia no vale la pena. Nunca.

—Jane no estará aquí para el funeral —le informé.

—¿Necesita algo? —preguntó.

—No, tiene todo lo que le hace falta.

Tommy asintió y alargó la mano.

—Gracias —dijo.

Fue fácil.

Incluso me tomé una cerveza con él mientras hablábamos de mujeres y béisbol, aunque tuve que despedirme cuando intentó por la enésima vez convencerme de salir con su hermana.

Infiernos, no.

Esa mujer era hermosa, pero tenía un temperamento insoportable y ni el hombre más desesperado saldría con ella, ni siquiera si eso significara que el mundo se acabaría.

De ahí fui directamente al club de Nicholas y estaba de un humor de perros. No había comido nada en todo el día, solo un café y un maldito donut de chocolate.

—El señor está ocupado en este momento —dijo uno de los hombres de Nicholas.

Había otro hombre más preparado para impedirme entrar en el despacho de Nicholas y las cosas hubiera ido de manera diferente, pero tenía hambre y solo eso era suficiente para nublar mi cabeza.

—¿Por qué no voy a comprobarlo por mí mismo? —dije mientras levantaba la mano y le daba un puñetazo en la cara al hombre.

Un rodillazo en la entrepierna y otro en la barbilla lo dejó tendido en el suelo quejándose. El otro hombre tuvo la oportunidad de darme un puñetazo en la espalda que más que seguro me había jodido los riñones, pero me vengué después al tumbarlo y golpear su cabeza contra el suelo hasta que se desmayó.

O se murió.

No me importaba tanto si vivía o moría.

Abrí la puerta y, mira tú por donde, mi amigo no estaba ocupado. Sentado en su silla detrás del escritorio disfrutaba de una botella de whisky.

—¿Sabes qué difícil es estos días encontrar empleados leales? —preguntó.

—Igual de difícil como encontrar amigos leales.

—O hombres suficientemente buenos para cuidar a tu hija.

Tenía el arma en la mano desde el instante en el que escuché la primera palabra del hombre desconocido. La voz llegaba de la parte derecha del despacho de Nicholas ahí donde hace unos segundos no había nadie.

Pero ahora sí.

¡Y maldita mi suerte, mi día, mi todo!

Sabía que esa mujer me iba a causar problemas porque cada vez que sentía ese escalofrío (ese que sentía cada vez que pensaba en ella) recorrer mi columna mi vida se jodía tanto que deseaba estar muerto.

No conocía personalmente al hombre que había aparecido de la nada en el despacho, pero sabía quién era, lo sabía muy bien.

Lilith había heredado sus ojos y su sangre fría. Y ahora entendía algunas cosas de la conversación que ella tuvo en el coche con su abuela.

¡Oh, jodida suerte la mía!

Miré el arma con la que había apuntado al extraño pensando seriamente en meterme una bala entre ceja y ceja.

—Pensar en volarte los sesos, exactamente la reacción que esperaba de ti, Grayson —dijo Lazarov.

Vladimir Lazarov.

El hombre era una leyenda y era muy bien conocido el hecho de que si llegabas a conocerlo en persona era porque estaba ahí para enviarte a conocer a tu creador. Yo no conocía a nadie que había sobrevivido después de un encuentro con él.

Teniendo en cuenta que ahora jugaba en la liga de los buenos eso decía algo no muy halagador de mi círculo de conocidos y amistades.

No me importaba si Lazarov quería matarme, de hecho, no me vendría mal dar una vuelta por el infierno hasta la próxima reencarnación. Menos responsabilidades ahí abajo, ¿sabes?

Pero todavía tenía algo pendiente.

—Mi deuda contigo ya no existe —le dije a Nicholas.

El muy hijo de puta tuvo el descaro de sonreír como si le hubiera dicho el chiste más gracioso del mundo.

—No es buena idea matarlo, mi hija le ha cogido cariño —dijo Lazarov caminando hacia

el escritorio de Nicholas.

—A quién le tiene cariño su hija a mí me importa un bledo.

El hombre no dijo nada.

Se llenó una copa y después de preguntarme si quería beber algo se sentó girando la silla hacia mí.

—Oh, yo creo que le importa mi hija y mucho, de otra manera no hubiera quemado una casa con el cadáver del hombre que ella mató dentro.

—Estaba protegiendo a una amiga, el resto fue solo control de daños —expliqué.

—Me han dicho que lo hizo bien —murmuró Lazarov, mirándome con el ceño fruncido—. Y algún día serás padre y lo entenderás, pero esa no es la vida que quiero para mi hija. Ella no necesita irse a dormir con un ojo abierto y un arma debajo de su almohada, necesita dormir tranquila sabiendo que en su cama hay un hombre que mataría a cualquiera que se atreva a pensar en hacerle daño.

—Pues muy bien, pero eso no tiene nada que ver conmigo.

—¿Estás seguro de eso? —preguntó Lazarov.

—Oh, nunca estuve más seguro de nada en mi vida —gruñí acercándome al hombre que llevaba la muerte en sus ojos—. No lo niego, me dejé engañar por lo que pensaba que era un hombre de honor, un hermano al que le debía la vida, pero estúpido no soy. Y sí, encuentro a su hija muy atractiva y pensé en llevármela a la cama, pero no, gracias.

Maldito sea, yo no pensaba atarme por el resto de mi vida a ninguna mujer. No importaba si era guapa, lista y que tenía más sangre fría que la mayoría de los hombres que conocía.

—Me temo que no tiene elección—dijo Lazarov.

—¿Me va a matar? Genial, hazlo.

Lo había subestimado. Lo vi en sus ojos y era normal, nadie iría a un encuentro sin un as en la manga. Yo no tenía nada, pero Lazarov sí.

Giró la cabeza y miró a Nicholas: —¿Has visitado España en primavera? El país es precioso, especialmente el norte.

¡Joder!

Cualquier cosa menos eso.

¿Cómo mierda había averiguado eso? No había ningún documento, ninguna prueba que pudiera atarme a ese lugar. Nunca iba de visita, no llamaba sin tomar todas las precauciones y el dinero pasaba por quince bancos antes de llegar al destino.

—No es mala idea, necesito despejarme un poco —respondió Nicholas.

—¿Qué quieres, Lazarov? —gruñí.

—¿No es obvio? Mi hija necesita un marido y tú eres el elegido —declaró él.

—¿Sabes quién soy? ¿Qué he hecho? ¿Cómo diablos puedes creer que soy el hombre que tu hija necesita?

—Lo sé todo, Adam. Todo. Eres fuerte, leal, valiente, honesto y es lo que Lilith merece.

—He derramado más sangre que la que tengo en todo mi cuerpo —dije.

—Yo más, pero no he llevado la cuenta. No obstante, Adam —dijo Lazarov poniéndose de pie—. Eres exactamente lo que quiero para mi hija.

—¿Y lo qué quiere ella no importa?

Entonces Lazarov dudó.

—No, no, no. Mátame ahora, no me importa. No lo haré —declaré.

—¿Tienes miedo de mi hija, Adam? —preguntó divertido.

—Infiernos, sí. Ya sabe que estáis tramando algo y creo que no vas a decirle que has

llegado a la conclusión de que ella y yo haremos buena pareja. Te enviaré a mierda en dos segundos.

—Correcto, sigue —dijo Lazarov.

—El plan fue una trampa para hacernos pasar más tiempo, pensando que nos íbamos a enamorar. ¿O qué?

—Pero eso ha fallado —intervino Nicholas.

—Sí, y ahora tú buscaras otra manera de ganarte el corazón de mi hija. No es tan difícil —dijo Lazarov.

—No, en absoluto. Y ella misma me arrancará el corazón del pecho cuando descubra que la engañé.

—¿Dónde está el engaño? Ella te gusta, tú le gustas a ella. Es el primer y más importante paso hacia un matrimonio largo y feliz.

Vaya, se le había ido la cabeza a Lazarov.

¿Matrimonio? ¿Casarme yo?

—No y es mi última palabra —declaré.

Me encaminé hacia la puerta porque, maldita sea, no iba a hacerlo.

—Hasta luego, Adam —dijo Lazarov con acento español.

Aun así, abrí la puerta y salí del despacho. Eché a correr en el momento en el que conseguí salir del club y a dos pasos de mi coche sonó mi móvil.

Maldije al ver el prefijo del número.

Lazarov era poderoso, tenía conexiones, joder, se rumoreaba que tenía conexiones con los Diaz-Kincaid-Kader. Además, era listo y no le gustaba perder.

Estaba jodido y lo peor era que la que iba a pagar era una persona inocente.

Era ella o yo.

La vida de ella a cambio de mi matrimonio con la hija de Lazarov.

Maldije después de contestar a la llamada y hablar durante dos minutos con el encargado. Que oportuno el incendio que llevó al desalojo de todas las personas y que afortunados eran de haber recibido ayuda del único hotel de la ciudad, uno que pertenecía a Diaz-Kincaid-Kader.

Me negué a volver al despacho de Nicholas. No iban a hacerle daño porque sabían que de eso dependía todo. Si algo le pasaba a ella no podían obligarme a casarme con Lilith.

El día no había ido como lo tenía planeado y necesitaba pensar en ello, en mi siguiente movimiento. Pero antes necesitaba comer y descansar. Subí al coche, paré para comprar una pizza y me fui a casa.

Mi casa dulce casa era un edificio antiguo que fue un almacén en los años treinta y que nadie había querido después porque decían que estaba maldito. Pagué menos que por mi coche. Encargué una reforma de la estructura, de la fachada y al interior le añadí un par de cuartos, una cocina y un sistema calefacción.

Ahora tenía un edificio de tres plantas vacío. En la primera no había nada excepto un par de trampas por si alguien venía a por mí y conseguía saltarse el sistema de seguridad. En la segunda había grandes ventanales y era mi gimnasio.

Sin embargo, la tercera planta era mi hogar. A la izquierda tenía la cocina con todos sus electrodomésticos brillantes, sus encimeras de un tipo de piedra que la decoradora no paraba de halagar. Eso creo que sí costó más que mi coche.

Una pequeña isla en el centro para desayunar y que debía usar para cocinar, pero hasta ahora no lo había hecho y eso que llevaba tres años viviendo aquí. Una gran mesa de madera separaba la cocina del salón que tenía lo imprescindible: tele, sofá cómodo y mesita de café en la

que apoyar mis pies.

La cama estaba subida en una plataforma gracias a la gran altura del espacio (unos cuatro metros) y debajo había colocado un escritorio. Las escaleras para subir eran bonitas, pero un peligro si te despertabas medio dormido.

La mayoría de las veces simplemente saltaba desde arriba, algo que no iba a poder hacer para siempre. La edad no perdonaba, ni todos los huesos que me había roto a lo largo de los años. Alguno se curó solo ya que más de una vez ir al médico no era una opción.

Cogí una cerveza del frigorífico y fui a sentarme en el sofá. Con el televisor encendido comí. Y pensé.

Estaba jodido. No podía culpar a Lazarov por hacer lo que él pensaba que era mejor para su hija. Yo haría lo mismo.

No obstante, Nicholas era otro asunto. Él me había metido en esto, me había traicionado y no podía perdonarlo y tampoco dejarlo ir como si no hubiera pasado nada.

Nos conocimos en uno de los peores momentos de la vida de los dos, por lo menos eso pensaba ya que desde entonces no nos sentamos para charlar sobre nuestras vidas. Yo tenía quince años y era el nuevo miembro de una banda de moteros.

Mi padre había fallecido y no tenía a nadie, perdí la cabeza pensando que unos duros moteros iban a ser la familia que necesitaba. Elegí mal el club de moteros. Había algunos buenos, honestos, que cuidaban a sus familias y a su comunidad, pero yo fui a por el peor.

A por los que se iban de fiesta toda la noche, que luego golpeaban a las mujeres, que vendían drogas y consumían como si fuera el fin del mundo, que vendían incluso a su madre si le ofrecían el precio correcto.

Como era normal, se metieron en problemas con los rusos y tuvieron que pagar el precio que estos pedían. Dinero, drogas, mujeres y soldados. Yo era joven y, según las palabras del ruso que después fue mi peor pesadilla, en la mejor edad para convertir un chico en el soldado perfecto.

Me llevaron a Rusia, a un campamento donde, según ellos, me enseñaron a luchar. Según mis recuerdos, me torturaron, me enseñaron a matar, me obligaron a matar.

Aquí conocí a Nicholas, su madre le envió a convertirse en un hombre de verdad porque a sus doce años se negaba a golpear a las personas que lo miraban mal.

Fueron los peores seis meses de mi vida y si sobreviví porque hice un acuerdo con Nicholas. Nos ayudamos, nos protegimos uno al otro y cuando las cosas se pusieron feas nos escapamos.

Aún tengo pesadillas con lo que pasó durante esas dos semanas en el bosque. Aun me cuesta creer que pudimos sobrevivir. Juramos ser hermanos por el resto de nuestras vidas, apoyarnos en todo y aunque la vida nos separó yo quería mantener ese juramento.

Ya no. A Nicholas le venía mejor estar en el equipo de Lazarov y por eso me traicionó. Eso era imperdonable para mí y más cuando puso en peligro la vida de la única persona que me importaba en este maldito mundo.

Terminé la pizza, la cerveza y fui a por otra. Luego a por otra. Finalmente cogí la botella de vodka, pero no encontré lo que buscaba en el fondo.

No había solución alguna a mis problemas, ni siquiera una noche de olvido ya que los rusos pensaban que un soldado perfecto debía saber aguantar el alcohol. Y lo aguantaba, pero después de todo lo que he tomado en esos seis meses pensaba que mi hígado estaba hecho solo de alcohol y por eso ahora mismo solo bebía de vez en cuando.

Me quedé dormido en el sofá y mis sueños fueron invadidos por una morena de ojos

azules, lo que me hizo despertar de mal humor. Los golpes en la puerta tampoco me ayudaron a empezar bien el día.

Después de ver quién había ido a visitarme a las siete de la mañana fui a ducharme. Los golpes cesaron en algún momento y antes de salir del cuarto de baño pensaba que me había librado.

Pero no, Nicholas había conseguido hackear mi sistema de seguridad y se estaba preparando el desayuno en mi cocina.

—Jódete, Nicholas —le dije.

—He pasado la noche con dos hermanas, así que gracias, pero estoy bien por ahora. ¿Beicon? —ofreció.

Me cogí una taza de café y después de beber un poco pregunté: —¿Qué quieres Nicholas?

—Convencerte de que casarte con Lilith es lo mejor que te puede pasar.

—Ahórratelo, no me interesa.

—Hermano...

—No soy tu hermano, aunque un día sí te consideraré familia y por eso tu sangre está corriendo por tus venas y no manchando el suelo de mi cocina. No me interesan tus razones ni tus explicaciones. Se terminó.

—No me digas que no lo intenté —dijo Nicholas.

Apagó el fuego, cogió la sartén y tiró el beicon a la basura. Colocó la sartén en el fregadero y se dirigió hacia la puerta.

—Recuerda, hermano, que yo también hice una promesa —dijo mientras caminaba.

Luego abrió la puerta y se fue.

No. Nicholas no me estuvo haciendo un favor al involucrarme en este lío. Podía mirarlo por todos los lados, pero casarme con Lilith no me beneficiaba en absoluto.

No tenía ninguna ventaja.

¡Ninguna!

Capítulo 7

Lilith

—¿Me estás escuchando? —le pregunté a mi hermano.

—No, porque el mensaje que me envió la mujer que he conocido anoche es más interesante que tus tonterías —respondió.

Estábamos en mi despacho y no tenía nada a mano para tirarle a la cabeza. La taza de café era una opción, pero llevaba dos noches sin dormir y la necesitaba más que el aire.

Liam vino a verme porque estaba segura de que la abuela le había contado a la familia sobre mi incidente. Incidente, porque prefería no usar la palabra homicidio. Le conté a mi hermano, a la persona con la que compartí el vientre de mi madre durante nueve meses, mis preocupaciones.

¡Y no podía importarle menos!

—¡Liam! —grité.

Levantó la cabeza, con total tranquilidad guardó el teléfono en el bolsillo de la americana y dijo: —Cierra los ojos.

Lo miré sin parpadear.

—Anda, hazme caso —insistió y tuve que cerrarlos porque era mi hermano y confiaba en él—. Imagínate que estás de vuelta en la cabaña y esta vez no levantas el arma, no disparas. ¿Qué pasa?

—Adam llega y...

—No, tardó cinco minutos en llegar y Vincent tenía sus manos alrededor del cuello de Jane. Sabes muy bien cuanto se tarda en matar a una persona de esa manera. ¿Qué pasa?

Meforcé a permanecer con los ojos cerrados, buscar otra versión a los hechos.

—Jane muere —murmuré.

—Ok, está muerta. Vincent va a por ti o no, Adam llega a tiempo o no, pero de todos modos tú sobrevives. Ahora hay dos niños huérfanos de madre con un padre encarcelado por el asesinato de su pareja. ¿Te parece mejor esta versión? —preguntó Liam.

Abrí los ojos.

—Podrías buscarles una nueva familia, incluso pagarles la terapia el resto de sus vidas, pero los dos sabemos que estarían jodidos —continuó él.

—¿Y ahora no? Liam, Penny me vio matar a su padre.

—A su padre, a la persona que ha visto golpear a su madre día sí y día también. ¿Quieres hablar de traumas? Hablamos o podemos llamar a un psicólogo para comparar, aunque estoy seguro de que te dirá lo mismo: esos niños tendrán una vida mejor con su madre viva que con ella muerta. Hiciste bien así que déjate de tonterías y sigue con tu vida.

—Para ti es fácil decir, no tienes sangre en las manos —espeté.

Liam evitó mi mirada.

—¡No! —exclamé.

—Hablamos luego, hermanita —dijo.

Se puso de pie y después de rodear mi escritorio me dio un beso en la coronilla. Iba hacia la puerta cuando le grité: —Quiero saberlo, Liam.

Obviamente, no iba a averiguarlo. En nuestra familia no había secretos para nadie, excepto para mí y eso me molestaba muchísimo. Algún día iba a explotar o no.

Volví a mi trabajo que era lo único que mantenía mi mente alejada del crimen que cometí. Llevaba dos días trabajando constantemente, excepto los momentos que pasé con mi familia que tampoco pude pensar porque se empeñaron a mantenerme entretenida.

En el fondo sabía que, si tuviera que rescatar a Jane, o a cualquier otra persona, haría lo mismo. Una y otra vez. Por muy insensible que parecía lo volvería a hacer.

Y eso me convertía a mí en una persona sin alma. Que daba igual lo que pensaba la abuela, mi hermano o cualquier otro miembro de la familia.

La abuela no tuvo otra elección, era ella o ellos. Tuvo que luchar por su vida. Papá igual. Los dos vinieron al mundo y vivieron rodeados de violencia y, quieras o no, eso te hace inmune a todo.

¿Yo qué excusa tenía para no sentir nada?

Cogí la taza de café para beber y maldije cuando vi que estaba vacía. Estaba debatiendo entre ir a por otra o llamar a mi secretaria cuando se abrió la puerta del despacho.

Adam entró como si fuera su despacho y no el mío.

Entró, se sentó y me miró.

Lo miré.

—¿Por qué no sales y pruebas de nuevo? Golpeas a la puerta, pides permiso para entrar, saludas y si me conviene tal vez te invitaré a sentarte —dije.

—Necesitamos hablar.

Su rostro era duro (como siempre) y tenía una expresión rara, pero rara de que la había visto en mi padre cuando recibía una llamada que lo llevaba a hacer algún trabajo (o sea, alguien iba a perder la vida porque hizo algo que no debería haber hecho).

—Lo necesitas tú, yo estoy bien, gracias.

—Sé lo que pretendían tu padre y Nicholas...

—¡He dicho que no! —espeté—. Por ahora me importa muy poco o casi nada lo que quiere mi padre. Tengo otros problemas y si te viene mal puedes decir que no has conseguido secuestrarme o yo que sé, invéntate algo.

Adam se inclinó y puso su teléfono sobre mi escritorio. Miré la pantalla y fruncí el ceño al ver la foto de una joven muy hermosa. Rubia, ojos verdes y sonrisa tan brillante como el sol.

—Ella es mi problema. Si no hago lo que quiere tu padre entonces ella muere y sí, a mí también me viene muy mal. No obstante, no tengo elección —dijo Adam.

Su voz me dio escalofríos, en serio.

Me recliné en la silla y esperé un momento para asegurarme de que mi voz no temblaba antes de decir: —Vale, te escucho.

—Tu padre quiere que te cases. Conmigo.

Miré al rostro serio de Adam pensando que era algún tipo de broma, pero no, se veía como tal y después de unos momentos no se echó a reír, entonces no era broma.

Me pellizqué el brazo pensando que era una pesadilla. Dolía, o sea que no.

Me puse de pie y caminé hasta la ventana. Tenía la ciudad a mis pies. Tenía familia y amigos (pocos, pero los tenía). Viajes, joyas, todo lo que el mundo pensaba que necesitaba una persona para ser feliz.

¿Quería un yate? Hecho. ¿Quería un país entero? Hecho. ¿Quería ir a la luna? Hecho.

¿Quería decidir sobre mi vida? Imposible.

Ahora pensaras que era tonta, que podía comportarme como adulta y decirle a mi padre

que mi vida era mía y que no podía decidir por mí.

Podía sí, pero no iba a hacerlo porque mi padre lo dio todo por mí, por mis hermanos y mamá. Era el mejor padre del mundo, cariñoso y divertido. Su vida fue un infierno antes de conocer a mamá.

Merecía ser feliz. Él merecía ser feliz, dormir tranquilo y morir en paz sabiendo que yo, su primera hija, la luz de sus ojos, estaba a salvo.

Porque eso era lo que quería mi padre para mí, un hombre fuerte y duro capaz de quemar el mundo por mí. Adam se veía capaz de hacerlo, aunque no por las razones que mi padre quería.

Adam no lo haría por amor, lo haría por obligación.

Otra vez, la ausencia de mi alma facilitó la toma de una decisión. Un matrimonio no era importante, podía ser Adam o el conserje. No buscaba el amor, solo un poco de libertad y pensaba hacer lo imposible para conseguirlo.

—¿Cuáles son las condiciones? —preguté.

—¿No deberías gritar y oponerte? —Adam quiso saber.

—¿Por qué? Si es lo que mi padre quiere...

—Sabes en que siglo estamos, ¿no? No hay bodas por conveniencia, los padres no dictan con quien se casan las hijas —dijo Adam.

—Sí que hay, pero la gente lo oculta bajo la bonita cortina de humo que es el amor —murmuré.

Adam me miró y creo haber visto decepción en sus ojos antes de desaparecer como una estrella fugaz. Por un momento sentí pena por él. Se vio involucrando en este lío porque de una manera u otra se cruzó en el camino de mi padre.

—Si mi padre te eligió para mí debes saber lo que significa eso —dije.

—Sí, que está loco de atar —gruñó Adam.

—Lo has impresionado, le gustas, incluso podía decir que te respeta.

—Tiene una muy extraña manera de mostrar su respeto.

Mi padre era complicado, pero con el tiempo Adam iba a llegar a conocerlo, a respetarlo o a llevarse bien. Era posible porque mi padre no era una mala persona.

—Todo saldrá bien, ya lo verás —le dije.

—Para ti quieres decir porque yo no quiero casarme.

—Encontraremos una manera de hacer esta situación menos problemática para ti. Solo tengo que saber qué es lo que quieres y luego te diré lo que yo quiero. Llegar a un acuerdo no puede ser tan difícil.

Sonreí y en lugar de relajarse un poco, su rostro se oscureció más.

Era difícil no tomarlo mal porque yo era Lilith Lazarov. Guapa, inteligente, lista, rica, divertida. ¿Por qué no quería casarse conmigo? Estaba a un paso de mandarlo a la mierda y pedirle matrimonio al primer hombre que me encontraría por la calle.

Ese seguro que estaría más encantado de tenerme en su cama y en su vida.

—Solo tengo una condición, seremos marido y mujer solo en papel. No me interesa tu vida, no te interesa la mía. No compartiremos cama ni cenas ni desayunos ni nada. Tu padre es tu problema, como justificas nuestra relación también.

Casada sin estar casada.

Me sentí ofendida al escuchar que no me quería tocar. Me pregunté qué había pasado ya que hace unos días quería seducirme.

Ah, la rubia.

Aunque, eso no lo había detenido el otro día. ¿Por qué ahora?

Buscar una explicación plausible para mis padres y el resto de la familia no iba a ser fácil, especialmente cuando no quería mentirlos.

¡Joder! Yo no era mala persona, ¿por qué no podía Adam sentir algo por mí?

¿Qué tan difícil sería para él enamorarse de mí?

Borra eso, era mala persona por pensar en romper una pareja, en quitarle a esa mujer a su hombre.

¡Madre del amor hermoso! Esto me parecía peor que la muerte de Vincent. Ah, vale, esa era la razón por la que él no me quería.

—No voy a cambiar de opinión así que puedes dejar de buscar la manera de convencerme. Este matrimonio será igual que tu alma, inexistente.

Oh, ok.

Respiré profundamente y, de nuevo, le sonreí, pero no había nada amable o cálido en mi sonrisa.

—Ok, Adam. Tendremos el matrimonio que desees, yo me encargaré de todo. El día de la boda es imprescindible porque mi madre llevaba esperando este momento desde que he nacido. ¿Dónde quieres vivir? Tengo un apartamento en el centro.

—En mi casa puedes tener una planta entera para ti —dijo.

Asentí mientras apuntaba en mi agenda las tareas. Decorar, comprobar la seguridad, mudanza.

—El día a día lo vamos viendo —murmuré.

—No, lo dejamos claro ahora mismo. Me importa muy poco tu vida y como decides vivirla. No haré preguntas y tú tampoco, cada uno vivirá su vida...

—No, Adam, eso es imposible. ¿Sabes por qué? Si pudiera vivir mi vida como me gustaría no me casaría contigo, es mi decisión, lo sé, pero eso no quiere decir que obtendré lo que yo quiero.

—¿Qué quieres? —gruñó.

Cerré los ojos, respiré profundamente y al abrirlos sonreí.

—Libertad, Adam, libertad de ir y hacer sin darle cuentas a nadie. Salir, conocer a un hombre y llevarlo a casa para follar toda la noche. Salir y no tener que avisar con horas de antelación sobre dónde y con quién.

—Si crees que vas a conseguir libertad casándote estás más loca de lo que pensaba.

—Lo que tú piensas sobre mí no importa. Aunque tengo que advertirte que mi familia cree en el amor y la historia que les contaré irá más o menos por ahí. No podrás tener una amante o varias porque entonces me veré en la obligación de tomar medidas y creo que no te gustarían. No obstante, si encuentras la manera de satisfacer tus deseos sin que se entere mi familia eres libre de hacer lo que te plazca. Y creo que esto es todo, ¿no?

Me puse de pie y alargué la mano como si este fuera un negocio que acababa de cerrar. Y lo era, ¿verdad?

Cambiaba la sobreprotección de mi padre con un marido al que le importaba menos que nada y eso era el mejor negocio de mi vida. ¿Amor? Está sobrevalorado.

Adam se puso de pie y me mostró cómo iba a ser nuestro matrimonio ignorando mi mano.

—Avisa a tu padre, ¿quieres? Los inocentes no tienen que pagar por vuestros caprichos —dijo.

Lo vi salir de mi despacho y por primera vez en mi vida dudé. De mi padre, de mi familia, de nuestros propósitos y actos.

Era la villana de esta historia y lo iba a pagar de alguna manera.

No obstante, me senté y seguí con la lista de tareas que ahora tenía un título: Mi boda con Adam.

Horas después estaba sentada en el jardín con mi madre y le decía: —Sé que es apresurado, mamá, pero quiero la boda ahora, cuando estoy tan ilusionada con el futuro.

Mi madre, que por eso era madre, me miraba y sabía que no le estaba diciendo la verdad, no toda la verdad.

—No amo a Adam, no como amas tú a papá, pero en el fondo de mi corazón sé que este matrimonio es lo mejor para mí.

Sí, ahí estaba ese egoísmo de los Lazarov. Yo, yo y yo.

—Quiero vivir con él, conocerlo mejor, quiero disfrutar, ¿sabes? Sin tener a papá pendiente de cuánto tiempo paso con él o dónde y sabes muy bien que lo hará y me contará las horas.

—¿Y si lo que sientes por él no se convierte en amor? ¿Qué pasará entonces, Lilith? —preguntó mamá.

—La mitad de los matrimonios terminan divorciándose, mamá.

Odiaba ser la primera en la familia, pero estaba segura de que eventualmente iba a pasar. Adam no era el hombre que aguantaba mucho en una situación...

¡Oh, Dios!

¿Por qué no pensé en eso antes?

Si mi padre eligió a Adam para mí era porque era una persona que no se dejaba pisotear por otros. Era fuerte, suficientemente para protegerme, y ahora estaba obligado a hacer algo que no deseaba.

Hala, estaba muerta.

Adam buscaría la manera de salir de este matrimonio y de vengarse. No tenías que ser muy listo para darte cuenta de quién pagará el precio.

Yo.

—No estoy segura de eso, Lilith, pero si es lo que tú deseas entonces yo te apoyaré —dijo mi madre.

No era una sorpresa ya que mi madre siempre me apoyaba, bueno, papá también si le traía un proyecto con todos los detalles incluidos de mi plan. La mayoría de las veces el plan no valía esforzarme tanto y renunciaba antes de empezar.

—Gracias, mamá —dije abrazándola.

Me estaba metiendo en un lío que estaba segura de que no iba a terminar bien.

—¿Ya has decidido la fecha con Adam?

Ni fecha, ni lugar ni anillo, pero eso mi madre no tenía que saberlo así que elegí yo misma.

—El quince de junio —dije.

—¡Dios! ¿Algún día habrá una boda normal en esta familia?

Lo dudaba mucho.

Faltaba una semana para la boda, hasta el sábado. Elegí la fecha porque coincidía con el almuerzo familiar semanal así que la mayoría de mis familiares ya tenían el día libre y podían acudir sin problemas.

El menú no iba a ser un problema tampoco, la comida era comida.

La tía Evie tardaría un día en tener listo mi vestido de novia.

La organización era mi pasión.

Ahora solo necesitaba ver la casa de Adam para poder mudarme después de la boda. Pero le di un día a Adam antes de invadir su terreno.

Tuve que pedirle la dirección a mi prima Ivy que me miró con el ceño fruncido. Era normal, por Dios, era mi prometido y no sabía dónde vivía.

Mantuve su mirada y la boca cerrada.

Segundos después recibía un mensaje de texto con la dirección.

—Si necesitas ayuda, Lilith, ya sabes que solo tienes que llamar —dijo Ivy.

Le sonreí antes de salir de su despacho y volver al mío. Trabajé hasta las siete y luego Uno me llevó a la casa de Adam.

La única parte buena es que Ivy me había enviado también el código de seguridad y pude entrar rápidamente porque un vistazo más a la fachada del edificio iba a darme un infarto.

Era feo, ¿vale? Un edificio grande, cuadrado, de color gris. Feo.

El interior no era mejor.

Por la entrada podías decir que estabas en un almacén de granos o de cemento. Gris. Espeluznante. Lo único bueno eran los ventanales.

La escalera de metal que llevaba al siguiente piso tenía mala pinta, pero peor la tenía el ascensor y a pesar de no fiarme mucho de la limpieza del suelo me quité los zapatos antes de subir. La escalera y los tacones no eran una buena combinación, excepto si quería romperme un tobillo o el cuello.

La siguiente planta era otro espacio grande, abierto y algo amueblado si puedes llamar muebles al equipo de gimnasio. Subí el último tramo de escaleras y por fin encontré un espacio habitable.

Muebles escasos, pero me gustaba. Me recordaba a su dueño. Oscuro. Frío. No había nada de privacidad ni dentro ni fuera. Los ventanales no tenían cortinas y cualquiera podía verte desde el otro lado de la calle.

Como no quería molestar más de lo necesario a Adam bajé a la primera planta. No quería quitarle su espacio y tampoco el gimnasio así que solo me quedaba la planta baja.

No me gustaba porque me separaba de la calle una simple pared y yo había vivido rodeada de muros que impedían la entrada a cualquier persona que quería hacernos daño.

¿Era posible construir una buhardilla en una semana?

Estaba mirando con mucho desagrado el pequeño cuarto de baño cuando escuché abrirse la puerta. Como no había muros ni puertas solo tuve que girar la cabeza y ver entrar a Adam.

Él también me vio y no estaba nada sorprendido de encontrarme ahí. Obviamente, la presencia de Uno en la puerta ya lo había advertido de este hecho.

—Lo que sea que te haya traído aquí no me interesa —dijo.

—Hola a ti también —espeté viendo que subía las escaleras—. Necesito comentarte un par de cosas.

Nada. Ni puto caso.

De repente tenía unas ganas tremendas de pedirle prestada el arma a Uno y dispararle. Pero ¿por qué involucrar a otros cuando en la cocina había cuchillos?

¡Para, Lilith!

Claro, como si regañarme sola iba a servir de mucho.

Subí detrás de Adam y llegué justo cuando entraba al cuarto de baño. Esperé porque no iba a estar ahí mil años, pero cuando pasaron quince minutos empecé a perder la paciencia. Después de otro cuarto de hora estaba fantaseando sobre un cuchillo y una parte del cuerpo de Adam que él amaba muchísimo.

Pero entonces se abrió la puerta del cuarto de baño, le eché un vistazo a Adam y se me olvidó lo que quería hacer.

Se había duchado y llevaba una toalla atada en la cintura. Me quedé mirándolo boquiabierto y no hay excusa ni justificación que valga. Bueno, excepto el hecho de que su cuerpo era increíble.

Rompía los estándares de belleza masculina. El pecho, el contorno de los músculos, los abdominales marcados.

Oh, Dios, los tatuajes.

Piel lisa y ¿sería suave o dura?

No aparté la mirada de su cuerpo semidesnudo ni siquiera cuando lo tuve frente a mí.

Yo era inexperta en el tema de la sexualidad y eso, pero por la manera en la que se movió la toalla que lo cubría podía decir que le gustaba. Oh, bueno, que me quería follar y yo estaría más que encantada de complacerle.

—¿Por qué sigues aquí, Lilith? —preguntó.

Lo miré cuando me habló y sacudí la cabeza porque no había prestado atención a sus palabras. Bajé la cabeza porque como lo tenía tan cerca quería ver mejor el tatuaje que le cubría la parte izquierda del pecho que bajaba y terminaba en la parte cubierta por la toalla.

Pero Adam puso dos dedos bajo mi barbilla y me levantó la cabeza.

—¿Qué quieres de mí?

Besos. Caricias. Follar también quería, aunque no dije ninguna de esas cosas.

—La lista de invitados porque hay que comprobarlos a todos antes de la boda. Preguntar si tienes alguna preferencia para la luna de miel. Quiero avisarte que la próxima semana van a reformar la planta baja para poder mudarme.

Me quitó los dedos de la barbilla y retrocedió. Por alguna razón y sin darme cuenta llevé la mano al sitio en el que todavía podía sentir su calor.

—No hay invitados de mi parte, prefiero no ir de luna de miel y no vas a reformar nada —dijo.

—¿Cómo qué no? —pregunté.

Me ignoró, sus ojos mirando mi mano fijamente y es cuando me di cuenta de que estaba acariciando mi barbilla. Oh, Dios, que vergüenza.

—¿Qué es eso?

—Nada. —Me encogí de hombros.

—¿Llamas esto nada? —gruñó cogiendo mi mano izquierda y mirando mi anillo.

—Ah, mi anillo de compromiso. ¿Te gusta? —pregunté sonriendo como una boba.

Era tan precioso que no paraba de mirarlo.

—Se lo he pedido al abuelo antes de ir a hablar con mi madre porque no podía decirle que estaba comprometida sin un anillo en el dedo. Llevo enamorada de este anillo desde que tenía cinco años y lo vi por primera vez. ¿A qué es precioso? Los diamantes azules son muy raros y el último que encontraron de quince quilates fue vendido por cincuenta millones de dólares en subasta, pero este fue encontrado hace doscientos años en una mina en Sudáfrica y fue un regalo para mi bisabuela. Lleva años encerrado en una caja esperando su momento para brillar.

El recuerdo de ese día seguía vivo en mi mente a pesar de que habían pasado veinte años. El abuelo estaba buscando algo en la caja fuerte y yo era tan curiosa que empecé a abrir las cajas que él iba sacando.

En cuanto abrí la caja me quedé fascinada por el azul intenso. En ese momento no sabía

la diferencia entre un diamante y un trozo de cristal y le pregunté al abuelo si podía llevármelo.

—Este será tu anillo de compromiso si aún lo quieres —me dijo.

Oh, sí lo quería. Que lo tenía que devolver después del divorcio era otro asunto, pero mientras tanto iba a llevarlo con orgullo.

—Ahora entiendo a tu padre —murmuró Adam dándose la vuelta.

Subió la escalera que llevaba hacia lo que parecía ser una cama, ¿qué diablos hacia la cama ahí arriba y por qué no la había visto antes?

—¡Adam!

—Ya tienes a por lo que habías venido. Puedes irte —dijo desde arriba.

—No, no lo tengo. Falta menos de una semana para la boda y yo no tengo donde vivir después. Elegiste tu casa y la tienes que adaptar a mis gustos o dejarme adaptarla.

Bajó abrochando sus vaqueros y esperé verlo caer y romperse el cuello, pero el hombre tenía la gracia y la fluidez de una pantera.

—Puedes reformar o adaptar todo lo que te da la gana, pero lo harás aquí mismo. Las otras plantas no se tocan —declaró.

¿No?

Capítulo 8

Lilith

Llevaba un tiempo pensando que no era buena persona y ahora tenía la confirmación. Mirando el espacio que hasta esta mañana había sido de Adam, su salón, su dormitorio, sonreía y eso, queridos míos, no era algo que haría una persona de buen corazón.

El equipo entró dos minutos después de la partida de Adam y tardaron dos horas en quitarlo todo. Muebles, cocina, cuarto de baño.

¿Me dijo que podía reformarlo? Pues eso estaba haciendo. Una reforma en toda regla, nueva instalación eléctrica, tuberías y mi favorita, la calefacción en el suelo. Me encantaba caminar descalza y sentir el calor bajo mis pies.

Según el jefe de obras iban a trabajar día y noche para tenerlo todo listo en tres días. Les agradecí el esfuerzo, pero les dije que no hacía falta, que tenían una semana para terminar la reforma.

Y si eso le molestaba a Adam era su problema. Yo, por otra parte, había desarrollado un lado mío que no conocía hasta ahora. Me gustaba jugar con fuego o en este caso molestar al león solo para verlo reaccionar.

Por eso estaba viendo el avance de la obra a la hora a la que Adam debía volver a casa. No, no le había preguntado a mi prima sobre su horario de trabajo porque ni siquiera sabía a qué se dedicaba. Pero todo el mundo vuelve a casa antes de la hora de cenar.

Pues no.

Adam no volvió. Ni a las seis ni a las nueve.

Me sentí como una tonta esperándolo ahí, sentada en una silla improvisada de una lata de pintura. Llamé a Uno y me fui a casa. Eran pasadas las diez cuando entré en mi apartamento, mi estómago rugiendo de hambre.

Caminé directamente hacia la cocina y me detuve a medio camino al darme cuenta de que la luz estaba encendida. Me di la vuelta y había una botella de cerveza sobre la mesita de café y mis cojines estaban amontonados en una esquina.

Oh, no, no lo haría.

Nadie venía a mi casa, ni siquiera mi pesado hermano, no sin avisar. No obstante, mi futuro marido no tenía ningún problema en invadir mi espacio. El mismo que salía de mi dormitorio vestido con vaqueros azules, camisa a medio abrochar y descalzo.

—Tienes un gusto horrible para la cerveza —dijo.

—Mis gustos son impecables y no puedo decir lo mismo de tus papilas gustativas. Esa cerveza es casera, hay un largo proceso de fabricación detrás hecho por una familia que lleva toda la vida dedicándose a eso —expliqué.

Me guardé el hecho de que costaba cien dólares la botella o que me daba dolor de cabeza. ¿Qué puedo decir? Me gustaba apoyar a los pequeños emprendedores.

Adam se sentó en mi sofá, apoyó los pies en mi mesita de café y tomó un trago de la botella.

—No, sigue teniendo el mismo sabor a orina —dijo.

—La mayoría de la gente muere sin probar ese sabor, me gustaría saber cómo es que lo

sabes tú. —Sonreí mientras me quitaba la chaqueta.

Luego caminé hasta el armario que estaba justo al lado de la puerta para colgarla en la percha. Sí, sonreía porque ahora podía joderlo más.

No sabía de dónde había venido este deseo de fastidiar a Adam, pero ahí estaba y no pensaba ignorarlo. No había lugar para mí en su casa y menos para él en la mía. Mi apartamento era grande, pero solo había un dormitorio y un despacho.

No había ninguna cama disponible, ni siquiera un colchón inflable. Después de vivir en casa de mis padres con mis tres hermanos constantemente alrededor me apetecía algo de paz. Nadie había pasado la noche en mi apartamento y nunca lo harán.

Está bien, Adam lo hará, pero sólo porque quería saber cómo se las arreglaría para dormir en mi sofá. Era un diseño especial, grande y cómodo para relajarse viendo una película o leyendo un libro, pero no estaba hecho para dormir una noche. No si querías descansar.

—Buenas noches —dije caminando hacia mi dormitorio.

Llegué y cerré la puerta sin escucharlo decir ninguna palabra. Eché el cerrojo porque sí, por si acaso. No me gustó ver una maleta abierta sobre mi cama, por lo menos podría haberla colocado sobre el banco.

Me duché ignorando mi hambre y me metí en la cama. Dormir me quitaría el hambre y las ganas que tenía de golpear a Adam. Me quedé dormida pensando en por qué me sentía tan enfadada con él.

Al fin y al cabo, yo era la que había aceptado casarme con él, mi padre tuvo esta brillante idea y Adam no tenía la culpa de nada.

Mi despertador sonó a las cinco y media como siempre. Y también, como de costumbre fui apagándolo hasta las seis cuando era demasiado tarde para ir a entrenar con Liam. Mi hermano también se había mudado de casa y ahora vivía dos plantas más abajo y como el edificio disponía de un gimnasio para residentes es ahí donde Liam pasaba todas sus mañanas.

Le había prometido a mi padre, él no yo, que iba a encargarse de mi entrenamiento, y yo me hice la promesa de entrenar cuando me apetecía y con quién. Obviamente, lo hacía sola y por la noche. Las mañanas eran para correr si llovía.

Hoy debía llover y después de levantarme de la cama, abrir las cortinas y mirar por la ventana vi que tenía el tiempo justo para vestirme. Me encantaba la lluvia y con echar un vistazo al cielo podía decir cuándo y cuánto iba a llover.

Era mi don especial.

Salí del dormitorio sin hacer ningún ruido y pude echar un buen y largo vistazo a Adam durmiendo en el sofá. Mi manta blanca le cubría las piernas y nada del pecho desnudo. No sabía cómo sentirme sobre tenerlo ahí sin camisa sobre mi sofá.

Era el lugar donde yo me sentaba a tomar el café por la mañana y soñar con los ojos abiertos. Tenía una vaga idea sobre lo que iba a soñar desde ahora en adelante.

Salí del apartamento y Uno ya me estaba esperando vestido para correr. Su ropa era muy diferente a la mía porque a mí me gustaba sentir la lluvia sobre mi piel y a Uno no. Iba tapado de arriba abajo y encima llevaba una gorra para cubrirse el cabello.

Bajamos en ascensor y salimos a la calle. Me olvidé de él mientras me adentraba en el Central Park y disfrutaba del frescor de la lluvia, del olor y de la paz que me traía. Eran mis momentos de calma, cuando mi mente se quedaba en blanco.

El parque estaba vacío, muy pocos salían a hacer deporte con este tiempo y me entretuve más de lo normal. Ignoré el hambre, el dolor de mis músculos y las ganas de tomar un café durante más de una hora.

Cuando vi a Dos detrás de mi entendí que era la hora de volver a casa. Mis guardaespaldas estaban en buena forma, podían correr eso y más, pero su trabajo era cuidarme y no podían hacerlo bien si estaban agotados así que se turnaban.

Dos odiaba correr así que volví a casa.

Iba muy relajada, tan relajada que me olvidé de que Adam estaba en mi apartamento. Entré cantando y de camino al cuarto de baño empecé a quitarme la ropa. Las zapatillas se quedaron en el salón, los pantalones cortos en el suelo del dormitorio y la camiseta sobre el lavabo.

Así que iba vestida con tanga y sujetador deportivo, ambas de color blanco, cuando me di cuenta de que Adam estaba en mi ducha. Oh, y no solo eso, en ese preciso momento cerró el grifo de agua y salió de detrás de la mampara.

Se sorprendió al verme y por un instante vi como su mirada bajaba por mi cuerpo, solo un instante porque mis ojos hicieron lo mismo.

Grité, palabra de honor, en mi mente grité al verlo cómo vino al mundo. Toda esa piel mojada, los músculos y la parte más impresionante de su cuerpo en la mitad inferior. He de confesar que miré y lo hice durante mucho tiempo.

Lo hubiera hecho mucho más, pero Adam cogió una toalla y se la ató alrededor de las caderas.

El cuarto estaba caliente, lleno de vapor y olía a lirios que era mi flor favorita. Mi gel de ducha, champú y todos los demás productos tenían ese aroma y ahora mismo Adam también.

—Buenos días —dije sonriendo.

—Tengo que afeitarme, ¿te vas o te quedas para mirar un poco más? —preguntó.

—Tengo que ducharme —respondí.

Obviamente, había otro cuarto de baño en el apartamento y mis productos favoritos en la estantería de la ducha, pero esta era mi casa así que llevé las manos a la espalda y desabroché el sujetador.

Luego caminé hasta la ducha, abrí el grifo de agua y me quité el tanga. Después entré sin mirar a Adam. Mi corazón latía tan fuerte que pensaba que me iba a dar algo.

Y no pasó nada. Me lavé el cabello y eché un vistazo a escondidas solo para ver que estaba sola en el cuarto de baño. Fue un golpe duro para mi confianza no encontrarlo ahí mirándome con pasión y listo para tomarme.

Solo yo podía casarme con un hombre que no me encontraba atractiva. Ya no. Algo de razón tenía porque lo estaba obligando a casarse conmigo y eso debería quitarle las ganas a cualquiera.

Tal vez debería reconsiderar la boda.

No sabía que planeaba hacer Adam, si quedarse en casa o ir a trabajar, así que preferí marcharme a la oficina. Me arreglé y avisé a Uno, luego me fui a la cocina a por un café.

Adam estaba ahí. De pie, una taza de café en la mano y un plato con un bagel tostado con queso y aguacate. Mi estómago me recordó que me había saltado la cena la noche anterior, pero por ahora tenía que conformarse con un café.

Cogí del armario una de mis tazas favoritas de viaje y la llené. Me di la vuelta para irme, pero me di cuenta de que esta no era la manera de hacer las cosas así que volví y después de poner la taza sobre la isla alargué la mano y cogí el plato de Adam.

Le di un mordisco al bagel y casi gemí de placer, casi porque su mirada me decía que estaba a punto de sacar el arma y dispararme. Wow, era uno de esos que mataban si alguien les tocaba la comida.

Tragué y dije: —Entiendo que esta situación no es ideal y creo que sería una buena idea llegar a un compromiso. Nos vamos a casar el sábado y tenemos que, por lo menos, llevarnos bien. Por ejemplo, como amigos.

—Tú y yo nunca seremos amigos —declaró.

Ok, mensaje recibido.

—Entonces, seremos socios. El matrimonio será un acuerdo del que los dos conseguiremos lo que deseamos.

—Lo que yo quiero es no haberte conocido nunca, ni a ti ni a tu familia.

Hala, mi plan de llevarnos bien se acaba de ir a la basura.

—Ok, hablaré con mi padre e intentare convencerle de no matar a tu querida —dije.

Sabía muy bien que no iba a conseguirlo porque mi padre no mataba inocentes, pero Adam iba a pagarlo de alguna otra manera. Nadie le decía que no a Vladimir Lazarov, y mucho menos atreverse a rechazar a su hija.

Pero eso no era mi problema. Ya no.

Cogí lo que quedaba del bagel, la taza de café y le sonreí tristemente a Adam.

—Que tengas una buena vida, Adam —dije.

Le di otro mordisco al bagel mientras me daba la vuelta y me pregunté cómo lo había preparado. Era mi bagel, mi queso, pero a mí nunca me salía tan rico.

—Sí que eres una perra sin alma.

Me detuve y tragué el pedazo que de repente se sentía como si fuera una piedra.

—Estás dispuesta a condenar a una persona inocente a la muerte solo porque no has conseguido lo que deseabas —continuó él.

Lo escuché con el corazón hecho pedazos.

Adam creía que éramos unos desalmados y tal vez lo éramos, pero mi padre nunca haría daño a un inocente. Nunca.

Me di la vuelta y caminé hasta el cubo de basura donde tiré lo que quedaba del bagel. Luego me iría al cuarto de baño para vomitar lo que me había comido.

Luego.

Mi bolso lo llevaba colgado del hombro, no me lo había quitado y ahora mismo lo abrí para coger el teléfono móvil. Hice una llamada y después de ponerlo en altavoz lo coloqué sobre la isla.

Mi padre contestó después de unos diez segundos.

—Buenos días, Lilith —dijo.

—Papá, no me voy a casar con Adam. Nunca. Es mi decisión y él no tiene nada que ver con esto.

—Algo tendrá que ver si has decidido no casarte —murmuró mi padre.

—Mía, papá. Su novia no pagará el precio por mi decisión y si me dicen que le hiciste algo, papá, juro que no volveré a hablarte.

—Lilith, deberíamos hablarlo.

—No. Se acabó. Seguiré haciendo caso a tu protocolo de seguridad por el resto de mi vida, pero no más. No me casaré con Adam.

Colgué, guardé el teléfono de vuelta en mi bolso y de nuevo, me encaminé hacia la puerta solo para darme la vuelta a medio camino. Miré a Adam cuya expresión era tan blanca como los armarios de mi cocina.

—Por lo menos uno de nosotros ha conseguido lo que deseaba. Diría que fue un placer conocerte, pero los dos sabemos que no es verdad.

Y ahora sí me marché.

Uno estaba en el pasillo y no me saludó. Por lo menos uno de los hombres de mi vida me conocía lo suficientemente bien y sabía lo que necesitaba. Ahora mismo eso era silencio. Cinco minutos después cuando aparcó delante de una cafetería y bajó solo para volver dos minutos después. Me había comprado un café.

Quería gritar, luego llorar solo para pensar en asesinar a alguien porque, la verdad, era que quería casarme con Adam. Lo quería desde que lo vi por primera vez, cuando me quitó la oportunidad de darle un puñetazo al hombre que me seguía.

Parecía una locura (tal vez lo era), pero algo me pasó en ese momento cuando lo vi, un completo extraño, que se apresuró a protegerme.

Oh, sí, era una locura, pero tenía una manía con la protección. En mi mente eso equivalía al amor.

Jodido, ¿verdad?

Igual de jodido como pensar que si me casaba con él tendría una oportunidad, podría conseguir su amor.

Menuda estupidez.

Ni siquiera me había besado y nunca lo hará.

Ya. Fue interesante mientras duró y ahora era el momento de seguir adelante. Lo primero en la lista de tareas era llamar a mi madre y cancelar todos los planes, aunque eso no significaba que no iba a ir al almuerzo el sábado.

Contestar a las preguntas de la familia iba a ser una tortura, aunque no tan malo como tener que devolverle el anillo al abuelo.

Me sentía vacía. Sola. Como si hubiera perdido algo importante, a alguien importante.

Cuando mi teléfono móvil sonó reconocí el tono de llamada de mi madre y supe que no estaba preparada para hablar sobre lo ocurrido. Rechacé la llamada y al mirar por la ventanilla vi que estaba en el lugar correcto en el momento correcto.

El semáforo estaba rojo y aproveché para bajar del coche. Mis guardaespaldas eran rápidos, pero yo más. Eché a correr hacia la entrada del metro y bajé las escaleras de dos en dos, esquivando a los viajeros que no tenían tanta prisa.

Dos estuvo a punto de alcanzarme, pero una señora mayor le puso la zancadilla con su paraguas. Oh, fue divertido, aunque no tuve tiempo de disfrutarlo como debía.

Conseguí subir al tren al último y perfecto momento. Dos y Tres se quedaron ahí mirándome y seguramente pensando en cómo decirle a mi padre que me habían perdido.

Le envié un mensaje de texto a mi padre antes de apagar el teléfono.

Estoy bien. Nos vemos el sábado.

Luego encendí el pequeño dispositivo que llevaba oculto en una de mis pulseras y empecé a hacer mi camino hasta el último vagón del tren. Ahí solo había un chico que se había quedado dormido en una esquina y una estudiante que escuchaba música en sus cascos con la cabeza metida en un libro de historia.

Ninguno me miró mientras pasaba por su lado, caminando hacia el fondo. Ni siquiera se dieron cuenta de que abría la puerta y saltaba del tren.

Mi salto fue bueno, mejor que el último cuando me torcí el tobillo y casi tuve que volver a casa enseguida.

Hoy era mi día de suerte ya que había bajado del tren en el lugar perfecto. La puerta que llevaba a los túneles estaba justo ahí y entré pensando en mi suerte. Cuando todo salía bien me preocupaba porque no era algo normal.

Siempre salía algo mal, algún detalle que, aunque no tuviera consecuencias graves, ocurrían.

Me apresuré a través del túnel y corrí una buena parte del camino porque quería llegar ya. Mi destino estaba al fondo, al final del túnel ahí donde no había nada más que agua sucia, olor horrible y aire irrespirable.

Esta era la parte menos favorita, bajar por la pequeña escalera de metal y estar a menos de medio metro de toda esa porquería en la que una vez vi un animal que no se parecía a ninguno que había visto en mi vida o en ningún libro.

Analicé bien la superficie del agua y no vi nada extraño así que presioné mi mano en la pared. La puerta se abrió sin ningún ruido y pude saltar dentro.

—Estoy en casa —susurré.

No me contestó nadie porque este era mi hogar, mi escondite, mi lugar feliz. Nadie podía encontrarme aquí y era justo lo que había querido. Me llevó años construir este refugio y no fue fácil ya que mi familia lo controlaba todo.

No obstante, yo era una chica lista y encontré la manera. Tuve la idea a los catorce años y durante un año reuní el dinero porque obviamente no podía pedirle la tarjeta a mi padre para pagar a la empresa que iba a construirme un bunker.

Cuando conseguí el dinero suficiente creé una empresa que contrató a otra empresa para la construcción de la primera parte. Todo el proyecto fue hecho por partes de la manera que nadie sabía qué se estaba construyendo ahí y tampoco sabían la localización exacta.

Yo era la única persona en el mundo que sabía de este lugar y no, ni siquiera la abuela podía encontrarlo porque me había encargado de borrar todas las evidencias del sistema, de cualquier mapa.

Las paredes estaban cubiertas de un material que más o menos le robé a la tía Isabella cuyo único propósito era crear un manto de invisibilidad. No se podía ver con un satélite, ni con localizadores térmicos. Con nada.

Otra cosa que tomé prestada del laboratorio de la tía fue un dispositivo que cancelaba cualquier transmisión de mis dispositivos de localización.

El lugar tenía unos cien metros, su salón, cocina, cuarto de baño y dormitorio. Era mi oasis donde me escapaba a veces. No muy a menudo, tal vez una vez al año porque la primera vez que desaparecí por veinticuatro horas casi le dio un infarto a mi padre.

Estuvo enfadado conmigo durante días porque me negué a decirle donde había estado. Aun pensaba que me había ido con un chico. Y no, no pensaba decirle la verdad porque, maldita sea, a veces solo necesitaba ser yo misma.

Sin familia. Sin responsabilidades. Sin nada.

Y sí, amaba a mi familia, pero ser la hija perfecta era agotador.

Ya mañana volvería a casa y buscaría la manera de conseguir el perdón de mi padre por no casarme con Adam. Seguramente se sentía muy decepcionado por mi decisión y quién sabe, tal vez podré hacerle entender por qué no seguí adelante con la boda.

Lo primero que hice fue quitarme todos los accesorios, joyas, todo. Me preparé una mimosa porque era la única opción con alcohol tan pronto por la mañana y me metí en la bañera con agua caliente.

Cerré los ojos e intenté despejar mi mente, borrar todo lo ocurrido en los últimos días. Borrar, olvidar, encontrar una manera de seguir adelante con mi vida.

Sabía que muchas personas desearían tener mi vida y no era justo quejarme o tener que escapar después de un tiempo, pero yo era así. Quién sabe, tal vez por esa misma razón Adam no

quería casarse conmigo.

O que estuviera enamorado de otra persona también era una opción.

O que pensara que era una desalmada.

Menudo lío había provocado mi padre al elegirlo para mí. ¿En qué diablos estaría pensando?

Capítulo 9

Adam

—Bonito lugar.

Me di la vuelta despacio y no solo porque tenía un dolor de cabeza monumental, despacio porque había tenido suficiente de los Lazarov por hoy y ni siquiera eran las doce. Primero Lilith y ahora su padre.

—Creo que su hija le ha dejado las cosas muy claras en la llamada de esta mañana —dije.

Lazarov analizaba muy atentamente el trabajo de los obreros que estaban reformando mi casa, obreros que se negaron a parar y marcharse cuando se los había pedido. Dijeron que la señorita Lazarov mandaba aquí.

Se movían rápido, de eso no podía quejarme, pero a mí me gustaba mi casa como estaba antes. No necesitaba un dormitorio nuevo y tampoco otra cocina o un cuarto de baño con ducha y bañera.

—Mi hija ha desaparecido —declaró Lazarov.

—¿Cómo que ha desaparecido? —pregunté al mismo tiempo que pensaba que él se veía demasiado tranquilo.

Si fuera mi hija estaría poniendo el mundo patas arriba para encontrarla, excepto...

—Yo no tengo nada que ver con ella, ya no —declaré.

—Lo sé.

—Entonces, ¿por qué está aquí, Lazarov? ¿Por qué no está ahí fuera buscando a Lilith?

Lazarov suspiró. Sí, el gran Vladimir Lazarov se veía como cualquier otro padre del mundo que no sabía dónde estaba su hija, si estaba en peligro, si estaba viva o no.

—Ella hace esto a veces. Desaparece en el aire sin dejar ningún rastro. La primera vez tenía dieciséis años y no supe nada de ella durante veinticuatro horas. Fue imposible averiguar dónde o con quién estuvo y créeme que lo intenté todo. Su madre le suplicó, sus tíos, sus abuelos, pero no, esta hija mía mantuvo la boca cerrada, el secreto de su aventura guardado mejor que cualquier otro secreto del mundo y simplemente dijo que estuvo a salvo. Y se va, una vez al año durante dos o tres días, pero me avisa antes como si eso me hiciera dormir tranquilo por la noche. Está ahí fuera, Grayson, sola. No podré ayudarla si necesitara ayuda. No puedo hacer nada excepto esperar.

—¿Y por qué no confías en ella? Por lo que he visto sabe muy bien defenderse sola, además, siempre vuelve a casa sana y salva.

—Porque soy un cabrón sobreprotector, Grayson, ¿por qué crees? Sabes muy bien que el mundo es una mierda, que en cada esquina hay un degenerado esperando su oportunidad para arruinar la vida de un inocente. Confiaba en ti, de verdad pensaba que ibas a ser capaz de protegerla.

—Podría protegerla, todo lo que tenías que hacer era contratarme.

Lazarov resopló.

—Para eso tengo al mejor equipo de guardaespaldas del mundo. Lo que yo quería era un hombre que la hiciera sentir segura lo suficientemente como para no desaparecer otra vez. He pasado los últimos años poniéndote a prueba y cuando has conseguido pasarlas pensaba que eras

el adecuado para Lilith.

—¿Qué pruebas? —gruñí.

—Ya no importa. Buscaré a otro —dijo Lazarov.

Obviamente no iba a seguirle el juego. Si quería buscar a otro por mi genial. No me interesaba Lilith y tampoco los beneficios de ser el yerno de Lazarov.

Aguanté su mirada hasta que se encogió de hombros y se encaminó hacia lo que ahora mismo era solo un agujero en la pared y no una puerta.

No obstante, al llegar se dio la vuelta. ÉL había guardado lo mejor para el final y tenía curiosidad por saber qué pensaba que me convencería de casarme con Lilith.

—¿Sabes? Lilith odia mi sobreprotección y he intentado darle la libertad que quiere y necesita, he fallado obviamente. Pero nunca me ha amenazado con no hablarme, nunca se defendió, no luchó por lo que deseaba. Al parecer, Adam Grayson, tú has inspirado a mi hija.

El hombre era bueno, tenía que admitirlo.

Se fue antes de poder preguntarle a qué pruebas se refería porque yo nunca había accedido a ningún tipo de prueba o test.

¿O sí?

∞∞∞∞

Lilith

Veinticuatro horas de silencio no fueron suficientes para relajarme así que me quedé un día más. Leí un libro, actualicé mi diario con los eventos ocurridos desde la última vez que vine a pasar un tiempo aquí.

Viernes por la tarde decidí que ya podía volver a casa sin hacer ninguna tontería, o sea, nadie iba a perder la cabeza. Me puse un vestido negro que había comprado hace mucho tiempo y que estaba cogiendo polvo aquí en el armario y decidí que no era mala idea ir a cenar antes de volver a casa.

Total me iba a ser imposible almorzar algo mañana ya que iba a estar muy ocupada respondiendo mil preguntas a mis parientes chismosos. Tal vez debería dejar a mi padre responderlas ya que él debía saber más que yo sobre Adam.

Caminar por los túneles con mis tacones me dio un subidón de energía e iba sonriendo como una boba. Sola. Luego cogí el metro y seguí sonriendo, llamando la atención de los viajeros incluso de un hombre que me invitó a tomar algo.

Estuve tentada por un momento que es lo que tardé en hacerme mil preguntas que eventualmente me hicieron rechazar su invitación. ¿A qué se dedicaba? ¿Vivía solo? ¿Estaba casado? ¿Tenía hijos? ¿Cuándo se hizo la última revisión medical?

Después, sentada en una mesa en un restaurante italiano me pregunté por qué no le hice ninguna de esas preguntas a Adam. Acepté sin pensar, sin preguntar, sin preocuparme. Hice muchas cosas, ok, solo una, cometí homicidio, y no me preocupé por las consecuencias.

Confié en él.

Sabía que él era el hombre con el que debía casarme. No había dudas sobre eso. ¿Por qué mi padre lo había elegido y yo confiaba en mi padre?

Teniendo en cuenta el vacío de mi estomago cada vez que pensaba en él podía decir que mi padre había elegido bien, pero ¿cómo lo hizo? Si era capaz de protegerme (el requisito

principal de mi padre) era fácil de comprobar, pero ¿cómo sabía mi padre que iba a sentirme atraída por él?

Eso es algo que no se puede predecir y sí, mi padre me conocía bien y era muy inteligente, pero ni siquiera él podía saber qué tipo de hombre me podía enamorar.

¿O sí?

Me pedí una pizza y cuando iba a por el último trozo vi a través de la ventana un todoterreno negro. Estacionó frente al restaurante y enseguida bajó Uno. Luego bajaron Dos y Tres. Uno entró por la puerta delantera mientras que Dos se quedó al lado del coche y Tres desapareció, seguramente buscando la puerta trasera.

Dios, que cansancio.

Me pedí el postre para llevar y después de pagar la cuenta seguí a Uno fuera. Era hombre de pocas palabras y muy pocas cuando me escapaba. Tardaba unos dos días antes de perdonarme y lo entendía, en serio.

El hombre fue el mejor durante sus años de trabajo en el ejército, estuvo trabajando en algo súper secreto y mi padre le respetaba mucho. Los próximos días iba a portarme bien para hacerle un poco más fácil el trabajo.

Tardamos veinte minutos en llegar a mi apartamento y eso que estaba a dos calles, pero el tráfico era horrible a esta hora. Podía haber ido andando y llegar más rápido. Llegué y le prometí a Uno que me quedaría en casa hasta mañana a las once que era la hora a la que debía ir a casa para el almuerzo.

Debía ir antes, pero tenía la esperanza de llegar tarde y responder a todas las preguntas de una sola vez. Como estaba demasiado preocupada por los sentimientos de mi guardaespaldas no me di cuenta de que la luz de mi apartamento estaba encendida.

Pero luego una voz de mujer dijo: —¡Hola!

Una mujer desconocida en mi apartamento.

Rubia. Ojos verdes. Guapa. Sonrisa brillante como el sol que veía por primera vez en persona.

Era guapa, ya lo he dicho, ¿no? Es que había algo en ella, un aire de inocencia, una vitalidad increíble que nunca había visto en otra persona.

Debía y quería odiarla porque ella era la mujer que Adam amaba. El cabrón la había traído a mi casa.

¡A mi maldita casa!

—Hola —murmuré.

Ella no tenía la culpa, pero él sí.

—Tú eres Lilith, ¿no? —dijo ella caminando hacia mí y me dio la maldita sorpresa de mi vida al rodearme con sus brazos y darme un abrazo—. Adam me ha contado mucho sobre ti.

Oh, creo que sí lo hizo el muy cabrón.

—¿Y dónde está Adam ahora mismo? —pregunté.

—Oh, se está duchando.

Mi piel empezó a quemar como si me hubieran picado mil abejas y le sonreí a la mujer, una sonrisa que borró la suya.

—¿Me disculpas un momento? —dije y sin esperar me di la vuelta.

Entré a mi hermosa habitación y cerré la puerta. Iba a extrañar la forma en que el sol entraba por la ventana por la mañana, pero, ya sabes, no iba a ser posible seguir viviendo aquí.

No después de haber matado a Adam.

La puerta del cuarto de baño estaba abierta y me detuve solo para dejar sobre la cama el

bolso y la bolsa del postre. Luego entré justo cuando escuché que el agua se detenía y vi a Adam salir de la ducha.

Oh, no, esta vez no me dejé hipnotizar por su cuerpo desnudo.

—¿La has traído a mi casa? —susurré, pero había tanto veneno en mi voz que hasta a mí se me puso la piel de gallina.

En cambio, Adam, cogió una toalla para secarse. Despacio. Mirándome a los ojos. Mirándome de arriba abajo. Sus labios dibujando una media sonrisa que fue el último clavo en su ataúd.

Di un paso hacia él y luego tres más porque, claramente, mi cuarto de baño era muy grande.

—La has traído a mi casa y será lo último que harás —juré.

La toalla golpeó mi pierna cuando se la ató en la cintura y su olor me abrumó cuando se inclinó hacia mí. Mi ducha, mi gel de ducha de lirios, entonces ¿por qué Adam olía a algo tan hechizante que me costó no acercarme y lamer su piel para averiguar si sabía igual de bien?

—Lo último que haré —dijo cogiendo mi mano y cerrando mis dedos alrededor del frío metal de un arma—. Hay personas que hablan y luego hay otras que hacen, ¿por qué no me muestras qué tipo de persona eres?

Él pensaba que no era capaz de matarlo y era muy estúpido de su parte, además de que por lo visto también tenía problemas de memoria porque ya había matado antes.

Incliné la cabeza porque al estar tan cerca me costaba ver sus ojos bien y, Dios, quería verlos para lo que planeaba hacer. Adam pensaba que era muy listo y lo era, pero no sabía con quién se estaba metiendo.

Levanté el arma y apunté a su corazón, solo para sacudir la cabeza un instante después.

—Esto no serviría de mucho, ¿no, Adam? Tú no tienes corazón.

Deslicé el cañón por su pecho, abajo sobre su abdomen y apunté a su miembro. He de confesar que aparté la mirada de sus ojos solo por un momento al sentir moverse mi arma. ¿Cómo era posible ponerse duro cuando te estaban amenazando con dispararte?

Había tanto que no sabía sobre los hombres.

—¿Vas a disparar? —preguntó.

Disparé.

Ni siquiera parpadeé, pero Adam se estremeció y lo hizo una vez más cuando presioné el gatillo y el sonido fuerte cortó la tensión del cuarto de baño.

—Glock 17, calibre nueve, peso setecientos dieciséis gramos sin cargar y novecientos once gramos cargado. Hay personas que cogen un arma y disparan, pero hay otros que conocen muy bien lo que hay que hacer. Ahora, coge a tu novia y sal de mi casa si no quieres que vaya a buscar mi arma y dispararte de verdad.

Adam cogió el arma de mi mano y después de echarle el seguro lo tiró como si fuera una pelota hacia el lavabo. Me empujó hasta que mi espalda chocó con la pared.

Encontré mi suave cuerpo chocando con el duro de Adam. Su mano se deslizó hasta mi cabello y guió mi boca hacia la suya. Sabía que quería besarme e iba a hacerlo si yo se lo permitía.

¿Lo deseaba? A pesar de todo, de cabrón que era por traer a su novia a mi apartamento, de su mala opinión de mí y de mi padre, sí. Quería besarlo.

Me miró, largo.

—Hermana —susurró y se inclinó un poco más para repetir con sus labios pegados a los míos—. No es mi novia, es mi hermana.

Y entonces me besó, largo, dulce, profundo y húmedo.

Y me besó de verdad.

Los dedos de mis pies se curvaron, mi vientre se calentó y mi cuerpo se fundió en el suyo. Deslicé una de mis manos en su hombro, por su cuello hasta su nuca donde enredé mis dedos en su cabello mojado.

Con el baile de nuestras lenguas, contra la pared de mi cuarto de baño, empezó.

No se trataba de que su lengua me explorara y me provocara más placer que nunca. Se trataba de explorarnos uno a otro.

Por primera vez, era libre de dar todo lo que recibiera. Así que lo hice.

Fue salvaje. Fue calentado. Fue enérgico. Hubo muchos movimientos, manoseos, lenguas, dientes, dedos, gemidos, suspiros y jadeos mientras él tomaba, yo tomaba, él daba y yo daba.

Sus manos se deslizaron por mi espalda hasta mi trasero, me agarró y me levantó. Pasé mis brazos alrededor de sus hombros mientras sus caderas encajaban entre mis piernas abiertas.

Sus ojos se encontraron con los míos.

—Lilith —susurró un segundo antes de empujar.

Su mirada se oscureció, sus brazos se apretaron más a mi alrededor, su cabeza descendió y me besó de nuevo, esta vez más largo, más profundo, más dulce y aún más delicioso.

Esto continuó por un tiempo. Lo suficiente como para volver a meter mis dedos en su cabello. El tiempo suficiente para que Adam deslizara una mano bajo mi vestido. El tiempo suficiente para que mis pezones se hincharan y el área entre mis piernas se mojara más. El tiempo suficiente para pensar que la cama estaba muy lejos. El tiempo suficiente para que Adam me rompiera el tanga y deslizar un dedo dentro de mí.

Y luego otro.

Mis ojos se encontraron con los suyos un segundo antes de gemir.

Mi cuello se arqueó, mis brazos se contrajeron alrededor de él y las piernas se presionaron contra sus costados.

—Lilith —gruñó.

—No es suficiente, Adam —murmuré mientras deslizaba sus dedos dentro y fuera.

Y finalmente se quedaron fuera y sentí su miembro en mi entrada. Mantuve la respiración, mantuve su mirada mientras lo sentía deslizarse dentro de mí.

Maravilloso, tan maravilloso que Adam tuvo que ordenarme: —Respira, Lilith.

Respiré e incliné la cabeza. Enseguida su boca estaba sobre la mía, su lengua en mi boca mientras me penetraba profundamente.

Oh, Dios, tan profundo.

Oh, Dios, tan increíblemente dulce.

La espiral de placer se construyó tan rápido y sabía que el orgasmo iba ser increíblemente bueno, mejor que cualquiera que había sentido antes. Antes de que me invadiera, separé mi boca de la suya, metí la cara en su cuello y gemí su nombre.

—Lilith, joder —gruñó, empujando profundamente.

Entonces respiré hondo y me corrí con fuerza.

Luego bajé, apoyando la cabeza en la pared, y tuve la oportunidad de mirar su rostro mientras lo sentía moverse dentro de mí y vi el intenso placer en el rostro de Adam.

Sus ojos se encontraron con los míos. Mantuve un brazo alrededor de sus hombros y mi otra mano fue a su cara, pasando el pulgar por su mejilla y luego por sus labios.

Enterró el rostro en mi cuello, gimió: — Lilith.

Entonces se enterró profundamente con otro gemido mientras se corría.

Deslicé mi mano de su cara hacia su cabello, incliné mi cabeza para que mi cara estuviera en su cuello y presioné mis labios contra su piel caliente. Luego cerré los ojos y lo percibí con tres sentidos, oliendo su piel, sintiéndolo a mi alrededor y enterrado dentro de mí, y escuchando su respiración agitada.

Lo había hecho. Por fin. Y había superado con creces todas mis expectativas, aunque ni loca iba a reconocerlo.

—Ni tan mal —susurré en su cuello.

Escuché su risa profunda y atractiva antes de inclinar su cabeza. Luego sentí sus labios contra mi cabello donde me besó.

Su mano ahuecó la parte posterior de mi cabeza, pero se deslizó hacia abajo, tomando mi cabello con él para que sus dedos se curvaran alrededor de la parte posterior. Su palma estaba cálida en mi cuello debajo de mi oreja y su pulgar estaba contra mi cara cerca de la línea del cabello.

—Ni tan mal —repitió divertido.

El calor que sentía en mi interior después de lo que acaba de pasar, la suavidad con la que me acariciaba fue reemplazado por un escalofrío. ¿Qué era lo que encontraba tan gracioso? ¿Se había dado cuenta de que carecía de experiencia?

Mis ojos se deslizaron a través de los suyos para descansar en la pared a su espalda. Sentí su mano tensarse en mi cuello y dijo: —Lilith.

Me quedé quieta, pero mantuve la mirada fija en la pared blanca hasta que se movió dentro de mí y gruñó: —¿Qué pasa?

Mis ojos se deslizaron hacia los suyos al notar la preocupación de su voz. No lo entendía y él tampoco me entendía a mí ya que me miró profundamente.

Luego su mano en mi cabeza acercó mi rostro al suyo y preguntó: —¿Qué mierda pasa, Lilith?

Una mierda, exactamente eso pasaba. No podía confesar que me sentía insegura o que fue mi primera vez con un hombre y no, los vibradores no cuentan. O, espera, admitir que si pudiera elegir no saldría de su cama ni en mil años.

—Yo —comencé, buscando una excusa, pero una sombra apareció en sus ojos y permaneció allí mientras me interrumpía.

—Joder, ¿te hice daño?

Oh, eso era tan dulce.

Sacudí ligeramente la cabeza.

—No, es solo que...

Me detuve porque no sabía qué decirle.

Su pulgar comenzó a rozar mi mejilla de manera suave y dulce mientras me insinuaba suavemente: —¿Es solo qué?

—No sé qué —murmuré.

Me sostuvo los ojos y no dijo nada. Entonces mi boca tomó las riendas de la situación: —Fue mi primera vez.

Parpadeó lentamente y luego dijo: —Eh, Lilith.

—No me vengas con eso, Adam —le interrumpí, mirándolo de cerca sabiendo exactamente lo que estaba pasando por su cabeza—. No he tenido sexo hasta ahora, no con un hombre.

Me miró fijamente, con los ojos muy abiertos con abierta incredulidad.

Entonces, dije rápidamente: —¡Eso tampoco! No es que fuera algo malo o equivocado... Oh, Dios, ¿por qué estoy hablando de esto contigo?

—Tú empezaste, princesa —dijo.

En un instante, sus dos brazos estaban súper apretados alrededor de mí incluso mientras inclinaba su cabeza y soltaba una carcajada.

—Adam —espeté—. No hay nada divertido aquí.

Me miró, sonriendo enormemente mientras decía: —Tú, princesa, tú eres muy divertida.

Eso me sentó como un balde de agua fría y reaccioné como aprendí a hacerlo desde que tenía dos años y mi hermano me quitó mi juguete favorito. Haciendo daño.

—Ni tan mal dije, ni tan bueno como mi vibrador.

Su pulgar acarició mi mandíbula mientras me escuchaba. Seguía sonriéndome, pero no dijo una palabra.

¿En serio?

—Eh, creo que deberíamos volver cada uno a nuestros asuntos —empecé.

—Sí, princesa, en un segundo —me interrumpió—. Pero primero, aclaremos algo, ¿de acuerdo?

Sostuve sus ojos y me mordí el labio.

Miró mi boca y apretó los labios mientras sus ojos bailaban. Luego los presionó y dijo: —Tengo la intención de pasar mucho tiempo haciendo simplemente lo que hicimos, agregando variaciones, posiciones, diferentes ubicaciones, y seré creativo.

Oh, ok.

Sentí que las paredes de mi útero se contraían a su alrededor y Adam acercó su rostro, con la boca y los ojos todavía sonriendo.

—No me importa si fui el primero o que hayas tenido cien antes, hombres, mujeres u objetos de plástico. Lo que me importa es que de ahora en adelante seré el único.

Oh, ok.

Mi cabeza se inclinó, la suya se inclinó y lo besé, húmedo y duro.

Rompió el beso, pero no la conexión de nuestras bocas por lo que sus labios se movieron contra los míos cuando preguntó: —¿Me has entendido?

Oh, sí, lo había entendido muy bien así que asentí.

Se deslizó fuera de mí y me ayudó cuando mis piernas no tuvieron la fuerza suficiente para sostenerme. Bajé la cabeza después de ver su sonrisa engreída.

No tenía mucha experiencia sentimental, pero había visto ese tipo de sonrisa en muchos rostros antes y la había odiado cada vez. Ahora me gustaba menos.

—Voy a tomar otra ducha —dijo.

—Aja —murmuré saliendo del cuarto de baño con las piernas temblando, pero con el pulso firme.

Yo no sé quién se creía que era Adam Grayson, pero sabía que yo no era un juguete y menos su juguete. Tuvimos sexo, ok. Fue increíble, ok. Pero no, no iba a ser el único hombre en mi vida de ahora en adelante.

Tenía un arma en una pequeña caja fuerte escondida en el segundo cajón de mi mesita de noche y la cogí. Comprobé que estuviera cargada y me senté en la cama. No esperé mucho antes de ver a Adam salir del cuarto de baño.

Se detuvo en seco al ver el arma.

—¿Lilith?

—Fui muy clara la otra mañana, Adam, ya has conseguido lo que querías. Considera lo

que acaba de pasar como un bonus por el mal trago que tuviste que pasar durante los últimos días.

—¿Un bonus? —preguntó incrédulo.

—Sí, pero si quieres buscarle otro termino, no me importa siempre y cuando lo hagas fuera de mi casa.

Dio un paso hacia mí y como no parecía capaz de entender que estaba hablando en serio, apunté y disparé. La bala pasó a un centímetro de su cabeza y golpeó la pared.

—Sal de mi casa, Adam. No te lo voy a decir otra vez.

—Esto no ha acabado —dijo.

—Para mí sí.

Nos miramos fijamente y durante un tiempo que parecía que iba a ser una eternidad, pero al final, Adam se dio la vuelta y se marchó de mi dormitorio.

Respiré aliviada, pero no bajé la guardia. Cogí el bolso y comprobé en mi móvil las cámaras de seguridad del salón. Adam estaba hablando en voz baja con su hermana y podía escuchar lo que decían, pero no me importaba tanto.

Les llevó menos de dos minutos recoger sus cosas, una maleta pequeña de color beige que tenía toda la pinta de ser de ella y una cazadora de cuero negra, y salir por la puerta.

Entonces armé el sistema de seguridad y respiré aliviada.

¿Qué mierda fue esto?

No hice muchas estupideces en mi vida, no hice ninguna grave. Cada vez que tomé una decisión fue después de haber analizado detenidamente la situación y nunca, nunca me encontré en circunstancias parecidas a las actuales.

Me acosté con Adam. Y fue bueno, vale. Podía decir que fue un momento de debilidad mental y eso le podía ocurrir a cualquiera, además éramos adultos y solteros (gracias a Dios por eso).

Lo deseaba, ocurrió y ya. Fin de la historia.

—Fin, Lilith, fin —dije en voz alta.

No guardé el arma, lo llevé conmigo mientras iba a mi despacho donde me senté en mi silla y encendí el portátil. Luego cambié los códigos de acceso y añadí una opción más, mi huella dactilar solo por si a alguien (mi padre) se le pasaba por la cabeza darle los nuevos códigos a Adam.

Para mí era el fin, pero no era tan ingenua como para creer que Adam iba a aceptarlo tan fácilmente.

Capítulo 10

Lilith

Estaba en el mundo de los sueños, en una playa soleada, disfrutando de una margarita y de la soledad cuando el timbre me despertó. Medio dormida me levanté de la cama y fui a la puerta.

A través del panel de seguridad vi a mi hermano esperando impaciente al otro lado de la puerta.

—¿Qué diablos quieres, Liam? —pregunté en cuanto abrí la puerta.

Eran las cinco menos diez de la mañana, demasiado pronto incluso para él.

—Mamá llamó y dijo que te espera a las seis porque de otra manera no tendrás tiempo de hacer todo lo que hace una novia el día de su boda —explicó mi hermano.

Entró en mi apartamento y por eso tuvo que empujarme suavemente y quitar mi mano de la puerta. Mi cabeza todavía no estaba lo suficientemente despejada para procesar todas sus palabras.

Hoy debía casarme con Adam, pero la había cancelado.

—¿Estás bien, hermanita?

Sacudí la cabeza caminando hasta la cocina. Me preparé un café y estuve de pie ahí delante mientras se llenaba la taza, pensando. Luego, me llevé el café y fui hacia el sofá. Escuché a Liam quejarse de que no podía ni siquiera invitarle a tomar algo.

—Coge una taza y presiona un botón, Liam. No puede ser tan difícil para ti —espeté.

—Y no lo es, pero intento mostrarte cómo será tu vida de mujer casada a partir de hoy. Servir, cuidar y obedecer a tu marido.

Giré la cabeza para mirarlo e iba caminando hacia el sofá y casi dejó caer la taza de café cuando se echó a reír. Segundos después yo hacía lo mismo, reírme con lágrimas.

Yo obedecía, sí, a mi padre por muchas razones, pero en el interior era tan salvaje como un león en la jungla. Mi hermano me conocía mejor que nadie y durante un buen rato nos estuvimos riendo hasta que él se puso serio.

—Papá canceló todo el otro día, pero ayer Adam llamó para decir que la boda seguía de pie —explicó.

—Hmm —murmuré, pensando qué diablos le había dado a Adam por cambiar de opinión.

—Lo has rechazado, ¿verdad? —preguntó Liam.

—No fue un rechazo, papá lo estaba chantajeando y por eso aceptó casarse conmigo. Yo solo le di lo que quería —dije, sin sorprenderme de que mi hermano supiera la verdad.

A veces me molestaba bastante porque sabía incluso cosas que nadie podía saber. Y no, compartimos vientre durante nueve meses, pero no teníamos esa conexión especial de los mellizos, no leíamos los pensamientos de los otros.

—Hermanita, cualquier hombre de este mundo daría cualquier cosa por ser tu esposo. Tienes el dinero...

—Gracias por ponerlo en el primer lugar —le interrumpí poniendo los ojos en blanco.

Mi hermano continuó indiferente a mis palabras: —El apellido, la belleza y la

inteligencia. Pero, a ninguno le gusta una mujer que se le entrega en bandeja, quiere la emoción de la caza...

—¡Por Dios, Liam! Ya lo he pillado, no hace falta que digas más.

Me sonrió, llevó la taza a su boca y bebió. No dijo más y aproveché el silencio para tomar mi café y pensar.

—¿Qué harás? —preguntó.

—Lo que haré es un infierno de su vida —dije sonriendo.

Liam se lo pensó por un momento y al final se encogió de hombros.

—Yo había venido preparado para ayudarte a deshacerte del cadáver, pero veo que ya se te está suavizando el carácter. Maldito amor —se quejó Liam.

—¿Qué amor? Nadie está hablando de amor aquí —espeté.

—Entonces, hermana querida, ¿por qué no estás corriendo a cometer un asesinato? ¿Acaso sientes algo por Adam Grayson?

Oh, sabía que me estaba provocando, pero fue imposible no reaccionar. Escuché la risa de Liam mientras caminaba hacia mi dormitorio. En cinco minutos me había duchado y después de ponerme lo primero que pillé en el armario volví al salón.

Liam me echó un vistazo y suspiró.

—A ver, Lilith, ¿qué es lo que pretendes hacer? Porque con ese pelo y esa mirada pareces una mujer que ha perdido la cabeza y podrías asustar a Adam, pero el vestido, lamento decírtelo, lo único que vas a conseguir es que él quiera aún más casarse contigo.

El pelo, vale, mojado y sin peinar no tenía buena pinta, pero tenía prisa para terminar de una vez con esta situación y lo que menos me apetecía era pasar veinte minutos secando y arreglando mi pelo.

Y el vestido no tenía nada de malo. Era blanco con pequeñas flores de color rosa, de tirantes, ajustado bajo el pecho y largo hasta los tobillos. Ni siquiera tenía un escote grande.

Los hombres eran tontos y mi hermano era un hombre.

—¿Sabes dónde está? —le pregunté.

—En casa de Nicholas, por lo visto la reforma de su casa está tardando más de lo normal porque los obreros están esperando tus instrucciones.

Y este era el precio por dos días de paz. A veces (la mayoría de las veces) no valía la pena escaparme porque lo que venía después me sumergía en otra crisis y de ahí más estrés.

Ya que Liam estaba aquí no avisé a Uno y tardamos menos de un cuarto de hora en llegar a casa de Nicholas porque mi hermano conducía como si tuviera a la policía detrás de él.

Nunca había ido a casa de nuestro recién encontrado primo y me sorprendió bastante porque no me lo esperaba de él. Nicholas era joven, rico, con un pasado igual de oscuro que el de papá, pero su casa era el sueño de cualquier mujer que quería ser esposa, madre y pasar el resto de su vida viendo florecer las rosas en el jardín.

Él mismo nos abrió la puerta y para mi sorpresa ya iba vestido, aunque no me gustaba nada su atuendo que era perfecto para una boda. Otro que no había recibido la noticia sobre la cancelación.

—No hay boda —le dije entrando en su casa sin esperar su invitación.

—Eso lo dices tú, pero yo confío más en mi mejor amigo —respondió y su sonrisa acaba de destronar a Adam del primer lugar de la lista de personas que quería mandar al infierno.

Ahora ese puesto era de Nicholas.

—¿Dónde está?

—Arriba, tercera puerta a la derecha —respondió.

Me negué a mirar el interior de la casa de Nicholas porque sabía que me iba a gustar y no quería sentir nada positivo por él. Subí la escalera, encontré la habitación y entré sin llamar.

Adam estaba en la cama durmiendo, pero se despertó cuando di un portazo. Deslizó la mano bajo la almohada y sacó un arma. Me apuntó.

—¿Eso debería asustarme? —le pregunté.

—Tengo la impresión de que nada te puede asustar —murmuró él colocando el arma en la mesita de noche y tumbándose en la cama.

Pasó la mano por el rostro y suspiró.

Wow, el hombre estaba cansado y no podía importarme menos. Me acerqué a la cama.

—No. Hay. Boda —declaré.

Bajó la mano de su frente y me miró con unos ojos que brillaban con una cabezonería que conocía muy bien porque solía verla cuando me miraba en el espejo.

—¿Ni siquiera si vas a conseguir la libertad que tanto deseas? —preguntó.

Me lo pensé por un momento y sí, la oferta era muy tentadora, pero no podía aceptarla.

—No, gracias —respondí sonriendo por un segundo antes de convertir mi rostro en una máscara de indiferencia.

Aunque no me duró mucho porque en el siguiente momento averigüé que Adam podía moverse muy rápido. Me estaba sonriendo de vuelta y luego extendió su largo brazo. Sus dedos se cerraron sobre mi muñeca y me jaló hacia él, después de lo cual sus brazos me rodearon y me tumbó.

Y, antes de darme cuenta, su boca estaba sobre la mía y me dio un beso caliente, húmedo y profundo. Adam levantó la cabeza y tuve tres pensamientos. Uno, me moría por sus besos. Dos, no tenía ninguna confianza en mí misma. Tres, necesitaba salir de su cama, pero en este mismo instante.

No obstante, mi cuerpo se negó a obedecerme y me quedé ahí como una boba.

—Vamos a casarnos. Hoy —afirmó, sus ojos sosteniendo los míos, sus manos moviéndose sobre mí de maneras que no propiciaban la conversación tan seria que debíamos tener—. Quieres ser libre y es lo que vas a conseguir con esta boda. Quieres experimentar y créeme, yo soy un experto en el dominio.

Lo miré, intrigada por este cambio repentino y sorprendida por la oferta.

—Si recuerdo bien tus palabras fueron...

Sus manos errantes se detuvieron y una vino a enmarcar un lado de mi cara mientras acercaba su rostro al mío: —Olvida lo que dije, ya no importa. Tu padre quiere esto para ti, yo lo quiero, tú lo quieres. La boda está organizada. ¿Por qué no lo intentamos?

—No lo sé, Adam, ¿será por qué soy una desalmada? —pregunté.

Y no, el sarcasmo no le gustaba mucho a Adam.

—Olvida eso —gruñó.

—Sí, claro, señor. ¿Algo más? Ya que estás pidiendo cosas imposibles podría probar a ver si puedo volar.

Adam no respondió. No. En cambio, sus ojos miraron los míos durante largos momentos antes de que su mano se deslizara por mi cabello, su boca capturara la mía y me diera otro beso duro, profundo y húmedo que me dejó sin aliento.

Me besó hasta que perdí el control. Hasta que me encontré desnuda, montándolo con fuerza, tomándolo profundo. Sus dedos de una mano se sujetaban alrededor de mi cadera mientras el pulgar de la otra continuaba presionando y rodando contra mi clítoris.

Mis ojos aturdidos se centraron en él mientras las sensaciones entre mis piernas

calentaban mi vientre, se deslizaban hacia arriba para hinchar mis pechos. Rodé mis caderas mientras mi mano libre se dirigía a su cara, la otra estaba apoyada en la cama cerca de su cabeza.

Deslizando mi mano por su garganta y luego más abajo para explorar la dura pared de su pecho, sostuve sus intensos ojos oscuros.

—No me voy a casar contigo —declaré.

Ante mis palabras, movió sus caderas con tanta fuerza que casi salí volando. Su torso se levantó, su brazo me rodeó y me tumbó en la espalda. Sus caderas chocaron contra las mías, su pulgar todavía en mi clítoris capturó mi boca en un beso abrasador y no me soltó ni siquiera cuando gemí en su boca.

No me soltó ni siquiera cuando uno de mis brazos convulsionó alrededor de su espalda, la otra mano se hundió en su cabello y mis pies se plantaron en la cama, mis caderas se elevaron y exploté con un grito agudo.

Aun viniendo, el pulgar de Adam desapareció y ambas manos levantaron mis piernas hacia arriba y alrededor de sus caderas. Me dio su peso, luego ambas manos fueron a mi trasero y levantó mis caderas, profundizando sus embestidas. Su boca finalmente soltó la mía para gruñir. Cada ruido que hacía palpitaba en las paredes de mi sexo y el placer se acumuló de nuevo y, para mi sorpresa, empezó a estrellarse de nuevo.

—Adam —gemí, su nombre viniendo de algún lugar profundo, entrecortado por la sorpresa y bajo por el placer cuando el segundo orgasmo me invadió.

Mis uñas arrastraron su espalda y mi cuello comenzó a arquearse, pero una de sus manos dejó mi cadera y se deslizó en mi cabello, sus dedos se cerraron en puños y sostuvieron mi cabeza firme para poder mirarme.

La ola retrocedió de nuevo justo cuando sus embestidas perdieron su ritmo, pero aumentaron su violencia; entonces, aun penetrando profundamente, vi su cabeza inclinarse hacia atrás y escuché su liberación.

Cuando sus embestidas recuperaron un ritmo, más lento y suave, levanté la cabeza y presioné mis labios contra su garganta.

Me dejó hacer esto, pero cuando mi cabeza cayó hacia la cama, su rostro se movió hacia mi cuello y, aun deslizándose lentamente hacia dentro y hacia fuera, sus manos comenzaron a recorrer mis costados.

Lo sostuve con fuerza en tres extremidades, mi mano en su espeso cabello deslizándose repetidamente mientras nuestro ritmo cardíaco disminuía, nuestra respiración se estabilizaba y finalmente él dejó de acariciarme y permaneció plantado dentro de mí.

—Nos vamos a casar —declaró él.

—Vale, confieso que eres bueno en la cama, pero hay millones de hombres igual en el mundo —dije.

Ok, no era justo teniendo en cuenta que estaba desnuda en su cama y que él todavía estaba dentro de mí.

—Tienes miedo.

—¿Miedo? ¿Yo? —exclamé, sacudiendo la cabeza—. A mí no me asusta nada. Ni nadie.

—Entonces, demuéstalo. Cástate conmigo.

—Esto no es un juego y yo no tengo quince años para dejarme caer en esta trampa. No. Esa es mi respuesta y si piensas que voy a cambiar porque me puedes meter en tu cama con un beso estás muy equivocado, Adam Grayson. Eres guapo, pero es sexo y eso no es base suficiente para un matrimonio.

—Estabas dispuesta a casarte por mucho menos.

—Ya, pero en ese momento no te conocía tan bien.

Adam inclinó la cabeza y soltó una carcajada que sentí en todo el cuerpo.

—Lilith, no me conoces. Todo lo que has visto hasta ahora...

Un golpe en la puerta interrumpió a Adam y aproveché para empujarlo. Se deslizó fuera de mí mientras desde el pasillo se escuchaba la voz de Nicholas: —Si no os dais prisa vais a llegar tarde a la boda.

Rodé hacia el otro lado de la cama, me levanté, cogí mi ropa y me dirigí al cuarto de baño. Hice lo que podía, aunque me apetecía tomar una ducha y después de ponerme el tanga cogí el sujetador. Y mientras me lo abrochaba eché un vistazo en el espejo.

Tenía el pelo revuelto, la cara enrojecida, los labios hinchados, los pezones todavía duros contra la seda blanca de mi sujetador. Me quedé mirando y por primera vez en toda mi vida, contemplando mi reflejo, no me reconocí.

Era mi rostro, pero no era yo. Había algo diferente.

En ese momento decidí casarme con Adam para averiguar qué era lo que me había cambiado. ¿Era el sexo, era el hombre, era la ilusión del amor?

Me puse el vestido y regresé al dormitorio. Adam estaba de pie abrochándose los vaqueros.

—Hago lo que quiero, cuando quiero y con quien quiero. Voy a donde quiero cuando quiero. No tienes voz y voto en mi vida —declaré.

He de confesar que su expresión no cambió, no me miró como si fuera loca. Simplemente esperó.

—La familia es sagrada, nuestra vida matrimonial no les afecta y tampoco les incumbe. Durante seis meses nuestra relación será sexual y después podemos reevaluar la situación y decidir si seguimos de esta manera o cambiamos.

—Los cerdos no están volando —dijo avanzando hacia mí—. ¿Con quién quieres? No, princesa, ahí te has equivocado —gruñó.

—No, estoy segura de que no y no veo por qué estás preocupado, futuro marido mío. ¿No decías que eras experto en el dominio? Si estoy satisfecha entonces no habrá razón para buscar algo más, ¿o acaso tienes miedo?

—Si alguien te toca, esposa, va a perder todos los miembros de su cuerpo, centímetro a centímetro —declaró Adam.

Obviamente, siendo Lilith Lazarov, hija y nieta de dos personas que se habían pasado la vida haciendo justamente eso, sonreí mientras un calor se formaba en mi estómago. Una vez que entendí que esa sensación no iba a desaparecer, levanté la mano y acaricié su mejilla.

—Lo mismo digo, Adam —murmuré antes de darme la vuelta y caminar hasta la puerta—. Y todavía no soy tu esposa, intenta no joderlo en las próximas horas, ¿quieres?

Estaba a punto de salir de la habitación cuando Adam susurró mi nombre y tuve que girar la cabeza y mirarlo porque, vaya por Dios, había algo en su voz, una vulnerabilidad que nunca pensé que vería en un hombre como él.

—Alana —dijo y de nuevo, hizo desaparecer la distancia entre nosotros en solo dos pasos—. Mi hermana.

—¿Qué pasa con ella?

—Alana vivió toda su vida en un convento y lo poco que conoce de la vida real le parece fascinante —explicó.

—Ok, está jodido, pero una vez que te olvidas de que hay criminales en cada esquina, que cada día ocurren desastres naturales o que la mayoría de las personas obedecen al dios

dinero, pues sí, la vida es fascinante.

—Me gustaría, si fuera posible, permitirle participar en lo que sea que hace una novia antes de la boda. Habla de eso como si fuera una radio y el botón de apagado está roto.

Me eché a reír, porque Adam Grayson era un hombre dulce. También era duro, yo solo conocía esa parte de él y esperaba ver esta misma dulzura en su rostro al hablar de mí, al mirarme.

Y ahí estaba la razón por la que no podía decirle no.

Estaba enamorada de Adam.

Bajé la cabeza porque no era buena idea mostrarle lo que sentía, todavía no. A veces, mi rostro expresaba más de lo que yo quería y normalmente pasaba en el peor momento.

—¿Por qué no vas a ver si está despierta? Podría acompañarme a casa de mis padres —sugerí.

—Gracias —murmuró, su tono tan dulce que el beso que dejó en mis labios antes de cogerme de la mano y llevarme fuera de la habitación.

Íbamos hacia el fondo del pasillo cuando Adam se paró en seco. Su rostro adquirió una expresión que me hizo maldecir. La conocía, era la misma que ponía mi padre cuando algo malo iba a suceder.

Si pudiera adivinar diría que era por las risas que llegaban desde algún lugar de la planta baja.

Sin soltarme la mano se apresuró hacia las escaleras que bajamos corriendo. Una vuelta a la esquina después entramos en la cocina donde había tres personas alrededor de una isla. Dos hombres y una mujer. Liam, Nicholas y Alana.

Los tres riendo y parecían tan felices que casi pregunté qué había pasado solo para sentirme tan feliz como ellos. Aunque, Adam no sentía lo mismo que yo.

Me incliné hacia él con la idea de susurrarle en voz baja, pero a medio camino atrapé a Nicholas mirándome tan engreído que cambié de opinión y dije en voz alta: —Le tengo mucho cariño a mi hermano, después de todo pasamos nueve meses juntos en un lugar pequeño y oscuro y le debo una por usarlo como mi balón de fútbol durante un par de meses. Odiaría verlo cortado centímetro a centímetro, pero Nicholas, bueno, no tuve tiempo de cogerle cariño, así que puedes seguir adelante. Tienes mi bendición siempre y cuando llegues a la boda a tiempo y no haya sangre en tu esmoquin.

Las risas cesaron, aunque mi hermano mantuvo la sonrisa en su cara mientras me guiñaba el ojo.

—A mí también me debes una, solo que no lo sabes —dijo Nicholas.

Me encogí de hombros un poco enfadada con Adam que se había quedado en silencio en vez de cumplir mi petición.

Hombres.

Le di la espalda y sonriéndole a Alana le cogí de la mano, llevándola fuera de la cocina.

—¿De qué iba eso? —me preguntó.

—Nada importante, a ver, ¿tienes un vestido para la boda?

Capítulo 11

Lilith

Faltaban veinte minutos para la boda. Mi boda con Adam. No pensé que estaría tan nerviosa, después de todo, no era una boda por amor, era un simple acuerdo en el que ambos teníamos algo que ganar.

No obstante, estaba ahí, mirándome en el espejo, viéndome con el vestido blanco de novia y temblando como una hoja.

Desde que me despertó Liam de madrugada no tuve tiempo para pensar detenidamente. Después de aceptar casarme con Adam, llevé a su hermana a casa de mis padres y comenzó la locura.

Mi madre tenía preparada una experiencia inolvidable para mí, eso dijo, pero honestamente podría haber vivido sin el masaje relajante a cuatro manos. Aunque sí que me lo pasé bien mientras me hacían las uñas, tomando champán y viendo a mamá pasárselo bien.

Alana, bueno, la pobre tenía una expresión de asombro en su rostro. Permanente. No la podía culpar, entre mi madre, mis primas, las tías que vinieron a pasar una mañana de despedida, la casa no estaba lejos de verse como un manicomio.

Pero, de verdad me gustaba la joven. No entendía muy bien por qué había elegido meterse a monja y por más tiempo que pasaba con ella comprendía que había elegido mal. Aunque no era mi vida y mantuve la boca cerrada.

Las horas pasaron y aquí estaba. El vestido de novia que la tía Evie había diseñado para mí a pesar de no habérselo pedido, el cabello recogido en la nuca y el anillo del abuelo en mi dedo.

¡Infiernos! Iba a casarme.

Estaba pensando seriamente en escaparme cuando se abrió la puerta. Mi padre me echó un vistazo y enseguida abrió los brazos. Tardé dos segundos en ir a abrazarlo.

—Puedo tener el helicóptero aquí en tres minutos —ofreció.

—No, creo que no hace falta —dije.

Mi padre me miró y por primera vez en mi vida vi el miedo en sus ojos.

—Papá, es mi decisión y sé todo lo que hay que saber sobre el hombre con el que me voy a casar. Todo saldrá bien.

—¿Sabes, hija? Nunca pensé que podía amar y conocí a tu madre, luego pensé que no podía amar más que a ella y naciste tú. Amo a tus hermanos, pero tú —papá se tomó un momento para respirar profundamente— te vi tan pequeña y juré que nadie y nada iba a hacerte daño, que iba a protegerte.

—Y lo hiciste, papá —dije sonriendo.

—Lilith, no te protegí de la persona que más daño te ha hecho. Yo. Yo con mi sobreprotección, si pudiera salirme con la mía creo que estarías viviendo entre cuatro paredes con un ejército de hombres rodeando el edificio. No te permití respirar, disfrutar de la vida como el resto del mundo, como Liam.

—No, Dios, no, gracias, prefiero la cárcel a vivir la vida de Liam.

Mi hermano hizo de todo, desde trabajar con papá a entrenarse con el equipo en el

desierto en el Polo Norte, desde pasar una temporada en Europa disfrutando de una vida loca de fiestas y mujeres. Claramente, todo con la bendición y protección de papá.

—Tengo miedo todo el tiempo —murmuró papá.

—¿Tú? —exclamé sorprendida.

Papá asintió.

—Sé que estoy haciendo lo correcto, que sin mi trabajo la vida de mucha gente sería un infierno, pero eso no cambia el hecho de que estoy ejerciendo de juez y verdugo. Tengo las manos manchadas de sangre, incluso el alma y temo que algún día me tocará pagar por lo que hice, que algún día alguien me quitará lo que más amo en esta vida. Mi esposa, mis hijos.

—Y por eso buscaste a Adam, para protegerme, ¿verdad?

—Esa era la idea, aunque el plan no salió como lo había planeado y eso ya debía saberlo. Si estás involucrada, nada saldrá como debe.

—He decidido darle una oportunidad, papá, pero si no sale bien voy a necesitar tu ayuda —dije.

—Lo que sea, hija, lo que sea.

Un beso en la mejilla, un abrazo y cinco minutos más tarde mi padre me acompañó al jardín.

Nuestra familia tenía una obsesión por celebrar las bodas en el jardín. Todo el mundo estaba aquí, no faltaba nadie, ni siquiera la abuela Taty y eso que su médico le había prohibido salir de la cama.

No podía repetir todo lo que le había contestado la abuela, pero más o menos fue que a su edad prefería morir bailando en una boda que postrada en una cama.

Tenía tantas niñas de flores que tardaron un cuarto de hora hacer el camino hacia el altar y cuando fue mi turno bajo mis pies había una buena alfombra de pétalos.

Error o no, iba a casarme con Adam.

Y no era una mala elección, por lo menos el hombre era guapo. Vale, era superficial de mi parte, pero si pudiera elegir pues era normal querer un hombre atractivo.

Y mientras caminaba hacia mi futuro esposo, lo sentí en lo más profundo de mi alma. Esto era. Él era el indicado.

Si el camino iba a ser accidentado o liso era un misterio, pero sabía que disfrutaría cada momento.

La ceremonia fue bonita y nadie adivinaría que lo nuestro era un negocio. Incluso a mí me costaba no creer en las miradas de Adam, en la manera en la que me sonreía o, mi parte favorita, cuando llegué al altar y mi padre le entregó mi mano, Adam la cogió, besó mis nudillos y el anillo.

También me gustó el beso y el primer baile, que mi esposo se mantuviera en todo momento a mi lado, conversando y sonriendo a mis familiares. Sí, todos míos porque de su parte solo había invitado a Alana.

Eso era una bomba con el cronometro en marcha. A Nicholas le gustaba Alana, a Liam le gustaba molestar a Nicholas y por eso flirteaba con ella, y a Adam no le gustaba ni uno ni otro.

Nos casamos a la una de la tarde y la boda continuó hasta medianoche. Nos lo estábamos pasando tan bien que nadie querría marcharse a casa, pero finalmente alrededor de las tres la fiesta terminó.

Solo quedaban mis padres porque era su casa y justo cuando me preguntaba dónde estaba mi marido lo encontré hablando con Nicholas. Estaban tan enfrascados en la conversación que no me escucharon llegar.

—Deberías decírselo —dijo Nicholas.

—Esto no es tu problema —gruñó Adam.

—Lilith es mi familia y no te permitiré hacerle daño.

—Me debes una así que vas a mantener la boca cerrada, ¿entendido? Además, ella sabe muy bien que esta no es una boda por amor, que yo quiero conseguir algo más que una esposa de este matrimonio.

—Adam, en serio, hermano, escúchame, la conozco y sé que lo entenderá si le cuentas la verdad, pero si no lo haces y lo va a averiguar, créeme que lo hará; verá esto como una traición. En ese momento estarás jodido.

Me di la vuelta y gracias a que hace horas me había quitado los zapatos lo pude hacer sin interrumpir la conversación. Total, no era algo que no supiera ya.

Me había preguntado qué fue lo que le hizo cambiar de opinión y aunque no sabía la verdad tampoco me importaba. Adam no se había casado conmigo por amor, ni siquiera porque me encontrara hermosa o que estuviera hechizado por mi carácter.

¿A quién le importaba que yo sentía algo por él? Definitivamente a Adam no.

Por lo menos había tenido una boda maravillosa, como iba a ser mi matrimonio era una incógnita que en este momento no me interesaba descubrir.

Mis padres estaban en el salón con Alana y me uní a ellos. Adam y Nicholas aparecieron poco después. Mi esposo se sentó en el reposabrazos de mi sillón y puso la mano sobre mi nuca, enredando los dedos en los mechones de cabello que se habían escapado de mi moño.

La reacción de mi cuerpo fue instantánea.

—¿Lista para marcharnos? —me susurró.

Asentí y me puse de pie. Me despedí de mis padres y me sorprendí al escuchar que Alana iba a quedarse con ellos. Le pregunté a Adam mientras una limusina nos llevaba a casa.

—Mi casa está en obras, en la tuya solo hay una cama, no me gustaría saberla sola en un hotel y Nicholas no es de fiar —explicó él.

—Y de repente crees que mi padre, el mismo hombre que amenazó a tu hermana, es una buena opción.

—Sí.

Miré el perfil de mi marido y lo hice con el ceño fruncido. No me gustaba no saber lo que ocurría y aquí ocurría algo. Había pensado que no importaba, pero no me gustaban los secretos, no si eso me convertía en la tonta del cuento.

Llegamos a mi apartamento y alguien, iba a averiguar quién, había conseguido entrar y decorarlo con velas, flores y pétalos.

—Estoy demasiado cansada para esto —me quejé.

—Demasiado cansada dices —murmuró Adam pegando su pecho a mi espalda y rodeándome con sus brazos.

∞∞∞∞

Con un brazo envuelto alrededor de mi espalda, una mano en mi trasero, Adam surgió y luego volvió a entrar en mí. Reprimí mi gemido contra su cuello mientras mis dedos se aferraban a su cabello y las uñas de mi otra mano se arrastraban por su espalda.

Me gruñó al oído y entendí que le gustaban mis uñas en la espalda. Luego salió y empujó de nuevo.

Y otra vez. Y otra vez.

Levanté la cabeza y acerqué su boca a la mía tirando de su cabello. Lo besé fuerte mientras él empujaba profundamente.

Luego mis uñas se clavaron en su espalda y mis piernas tuvieron espasmos alrededor de sus caderas mientras mi cabeza se echaba hacia atrás y gemía su nombre.

Mis ojos se cerraron, mi cabeza cayó hacia atrás, él empujó más rápido y más fuerte, y yo jadeé y lo abracé fuerte mientras me corría.

—Lilith —gruñó y mis ojos se abrieron y se enfocaron vagamente en él—. Quiero ver tus ojos.

—Vale —susurré y le sostuve la mirada, lo mantuve abrazado con tres extremidades mientras una mano vagaba por su cuerpo. Deslizándola por su piel, subiendo por su espalda, alrededor de su costado, mi pulgar frotaba su pezón con fuerza, luego bajaba por su pecho, sus abdominales hasta que llegué a donde nuestros cuerpos se unían.

—Lilith —gimió.

Adam inclinó la cabeza, tomó mi boca y plantó su polla, su gruñido de liberación recorriendo mi garganta.

Wow.

Como su boca estaba sobre la mía, cuando se recuperó, comenzó a deslizarse hacia adentro y hacia afuera mientras me besaba, profundo pero suave y dulce, y lo envolví fuerte y le devolví el beso.

Entonces su boca soltó la mía y sus labios se deslizaron por mi mejilla hasta mi oreja.

Sus brazos se curvaron alrededor de mí, me apretaron y me susurraron al oído mientras sus caderas empujaban por última vez: —La mujer más caliente que he tenido.

Me estremecí en sus brazos.

Adam se deslizó fuera y me llevó en brazos hasta la ducha que era lo que debería haber hecho antes.

Al llegar le había pedido un momento para quitarme el vestido y me marché al dormitorio donde seguía veinte minutos después luchando con la prenda más bonita que había llevado en mi vida y la más difícil de quitar.

Estaba en el cuarto de baño buscando las tijeras para cortarlo cuando Adam entró. Lo vi ahí, en el quicio de la puerta, vestido con los pantalones del esmoquin y la camisa remangada y envié al diablo el vestido y todo lo demás que llevaba dando vueltas por mi cabeza desde esta misma mañana.

Me tomó ahí mismo después de ayudarme a quitarme el vestido. Y ahora que habíamos consumido el matrimonio estaba agotada. Por eso le permití a Adam meterme en la ducha y ayudarme a lavarme, aunque ayudarme era poco decir.

Lo hizo él todo porque mis manos eran de gelatina y las piernas aún peor. Me quitó las horquillas y me lavó el cabello, luego pasó sus manos enjabonados sobre todo mi cuerpo. Todo, ¿eh?

Pero, aunque despertó nuevos deseos en mí seguía muy cansada y al salir de la ducha me metí en la cama. Debía esperarlo porque dijo que iba a por champán, pero me quedé dormida en cuanto escuché sus pasos salir de la habitación.

∞∞∞∞

—Despierta, señora Grayson.

Mi primer pensamiento fue que había dormido dos minutos y la persona que me estaba

hablando iba a morir en los próximos treinta segundos si no se marchaba de mi habitación. El segundo fue para la palabra señora que trajo a mi mente los eventos del día anterior.

¡Diablos! Me había casado. Era Lilith Grayson.

No, eso no iba a funcionar para mí.

Al abrir los ojos encontré a Adam, mi marido, sentado en la cama, una mano apoyada en mi almohada, su cuerpo inclinado sobre mí y una sonrisa en su rostro.

—El domingo duermo hasta mediodía. Si no es mediodía vete —dije.

—Eres divertida por la mañana. Y hermosa —murmuró Adam, sus dedos acariciando la línea de mi mandíbula y deteniéndose sobre mis labios.

No era ni una ni otra, lo sabía muy bien, pero le di un punto por decirlo como si fuera verdad.

—No te has ido.

—El coche nos espera, bella durmiente —dijo y antes de preguntar qué coche Adam explicó—. Luna de miel, ¿recuerdas? Aunque para nosotros será un fin de semana porque no puedo dejar a Alana sola en Nueva York por más tiempo.

Como si su hermana tuviera cinco años. No dije nada porque era demasiado pronto para discutir y tampoco le veía el sentido. Éramos marido y mujer, pero solo en el papel. Y en la cama. No más, eso era todo.

—Vale.

Me sonrió mientras se inclinaba para besarme.

—Voy a preparar el desayuno —dijo.

Pude levantarme cuando se marchó de la habitación y con el cansancio aun en el cuerpo caminé despacio hasta el cuarto de baño. Tomé una ducha pensando en que este matrimonio será lo más difícil que haya hecho en mi vida.

∞∞∞∞

—No te gusta —declaró Adam mirándome con las manos en los bolsillos de sus vaqueros.

Obviamente, este no era el lugar que hubiera elegido para una luna de miel. Una playa, una suite con servicio de habitaciones y spa o un viaje a París, Madrid o Roma. Un crucero también sonaba bien.

Lo que no estaba bien era una cabaña de madera en el medio de un bosque con árboles tan altos que ni siquiera podías ver el cielo. Me gustaba la naturaleza, el aire fresco, el olor y el sonido del río que no podía ver era el punto perfecto si no sintiera un miedo inexplicable.

Y tampoco me gustaba para un maldito fin de semana de miel.

Miré a los ojos a Adam sin poder entender cómo diablos pensó que esto pudiera gustarme.

—Eres una chica de ciudad —dijo.

—Adam, ¿tú tienes amigos?

—Vamos a decir que sí, ¿por qué preguntas?

—¿Están casados? —pregunté y asintió después de unos segundos—. Ok, ¿y sabes dónde han pasado la luna de miel? Yo no lo sé, pero te aseguro que no fue en el bosque.

—Lo que yo sé, querida esposa, es que tienes la paciencia de un niño y que ni siquiera le has dado una oportunidad a este lugar. Está limpio, hay un jacuzzi en la parte trasera con vistas al río, hay comida preparada en el frigorífico. A veinte minutos en coche hay una ciudad con

centros comerciales, cines, restaurantes y todo lo demás que puedes necesitar. Pensaba pasar un tiempo a solas, llegar a conocernos y al mismo tiempo disfrutar de algo que tú desees. Libertad.

No, yo no era mala persona. Solo lo parecía.

Di un paso hacia él, aunque sabía que debía dar uno hacia atrás.

—Nuestro matrimonio no está basado en amor y honestidad tampoco, pero te diré algo. Acepté casarte contigo por diversas razones y sé que tú tienes las tuyas, pero ahora mismo pasar tiempo a solas contigo no es lo que quiero. No después de escuchar tu conversación con Nicholas. No te será muy difícil seducirme porque por lo visto mi cuerpo está llevando la delantera en este asunto y no le está haciendo ni maldito caso a mi cerebro. Te agradezco el esfuerzo, pero en este momento lo que yo quiero es estar sola.

—No sé qué has escuchado —empezó Adam.

—No importa. Solo necesito un poco de tiempo para aclarar mis pensamientos y acostumbrarme a la idea de que ahora estamos casados.

—Ok, aunque será difícil porque el equipo de seguridad se ha ido y no volverá hasta dentro de tres días. Intentaré pasar desaparecido mientras hago lo que se espera de mí, protegerte.

Se dio la vuelta y al verlo marchar hacia la entrada tuve remordimientos, aunque no dije nada. Seguí el mismo camino porque era valiente y con más sangre fría que otras personas, pero el bosque no era uno de mis lugares favoritos, no con todos esos animales salvajes.

El interior de la cabaña era precioso. Una zona de estar con sofá, mesita de café y chimenea. Justo al lado una pequeña cocina sin mesa, pero con una isla más que suficiente para preparaciones de comidas.

Y lo parte que menos me gustaba era el dormitorio inexistente. En la parte de atrás había una cama grande y un armario empotrado, una puerta que llevaba al cuarto de baño y otra para salir al patio trasero.

Bueno, patio, era todo el maldito bosque con un río y su embarcadero. Gracias a los grandes ventanales podía ver un barco y una caseta para guardar herramientas o equipamiento de pesca.

Odiaba pescar, pero no tanto como me sentía viendo a Adam caminar hacia el barco. No se subió y no se marchó desapareciendo en el atardecer, se sentó en el embarcadero.

Solo.

Capítulo 12

Lilith

Aguanté seis horas en la cabaña.

Estaba acostumbrada a pasar tiempo sola en el bunker, era lo que más me gustaba y necesitaba, pero ahora estaba a un paso de subirme por las paredes. Había colocado mi ropa en el armario, solo la que podía ponerme aquí porque no iba a ponerme ni los tacones ni los vestidos de noche. Menos mal que me había traído un par de vaqueros.

Me tomé un café mientras leía un libro en mi Kindle, luego comí un trozo de tarta de chocolate solo porque la vi en el frigorífico. Incluso me tomé un baño relajante en la bañera con vistas al río.

Y eso fue suficiente de soledad y silencio para mí, pero Adam había desaparecido. Ya no estaba en el embarcadero y yo no pensaba salir a buscarlo por el bosque, no cuando faltaban minutos para caer la noche.

Lo esperé sentada en el sofá, leyendo y tomando café hasta que mi cabeza empezó a doler. Tenía un límite, tres cafés solos y uno con leche, si me pasaba se desataba el infierno y era lo que iba a ocurrir ahora porque me dejé llevar por mis pensamientos.

Estaba buscando mis pastillas para el dolor cuando escuché abrirse la puerta. Adam entró y me echó un vistazo rápido antes de encerrarse en el cuarto de baño.

Maldije cuando me di cuenta de que el bote que llevaba en el bolso estaba vacío. Había una caja de primeros auxilios en la cocina, pero no había nada para el dolor, excepto si quería ponerme una inyección de morfina.

Pasé al plan B que era el hielo o en este caso una bolsa de guisantes congelados que envolví en un paño de cocina. Me fui a tumbarme en el sofá y coloqué la bolsa en la frente. Necesitaba otra más para la nuca, pero el dolor ya había llegado al momento en el que moverme era demasiado difícil.

—¿Estás bien? —preguntó Adam, su voz produciéndome más dolor.

—Dolor de cabeza —susurré.

Lo sentí a mi lado en el mismo instante en que cogió la bolsa de mi frente.

—La necesito —me quejé.

Si estuviera mejor entonces me hubiera dado cuenta de su preocupación.

—La gente normal toma medicación —dijo.

—También ayuda a los que lo necesita y no les pateas mientras están sufriendo —murmuré.

Cerré los ojos y con gran esfuerzo conseguí tumbarme de lado.

—Lilith, dime qué necesitas.

—Mis medicamentos para el dolor, pero que he olvidado reponer así que una bala si te sobra.

No le sobraba y suspiré mientras escuchaba sus pasos. Estaba cantando en mi cabeza una canción infantil sobre elefantes porque eso solía ayudarme a dormir, cuando lo sentí moverme.

—Adam —murmuré.

Adam mantuvo la boca cerrada mientras me llevaba al cuarto de baño donde la bañera

estaba medio llena.

—He dicho bala, ahogarme no es mi método favorito de morir —dije.

—¿Por qué no me sorprende que tengas una manera favorita de morir?

Me sentó en el borde de la bañera y me quitó los zapatos, luego me dio la vuelta y metió mis piernas en el agua.

—Mi padre tenía migrañas y cuando los medicamentos no funcionaban esto sí. No me preguntes por qué o cómo, no lo sé —explicó Adam.

—Gracias —murmuré.

—Estaré fuera, grita si necesitas algo —dijo antes de marcharse dejando la puerta entreabierta.

He de reconocer que no confiaba mucho en su remedio, pero el agua caliente se sentía bien así que me quedé hasta que se enfrió. Cuando extendí la mano para coger una toalla me di cuenta de que el dolor había disminuido tanto que podía moverme sin sentir que la cabeza iba a explotarme.

Después de secarme los pies volví al salón y Adam que estaba sentado en el sofá se puso de pie. Se encaminó hacia la puerta y cogió lo que sin duda alguna era un saco de dormir.

—¿En serio, Adam?

—Querías soledad y es lo que vas a tener —dijo.

—Vale, ¿podemos hablar antes de que te vayas a dormir ahí fuera con los lobos?

—Habla —ordenó.

Casi lo mandé al infierno, pero decidí perdonarle la vida porque gracias a él ya no me dolía la cabeza.

—No sé dónde estoy contigo, ¿vale? No lo sé, un matrimonio de verdad no somos y aunque hemos establecido unas reglas aun no lo tengo claro. No sé si eres enemigo o amigo y la incertidumbre me mata. No puedo ser yo misma y tengo la impresión de que este será el matrimonio de conveniencia más corto de la historia del mundo. No sé si puedo confiar en ti.

—¿Y vas a confiar si te digo que sí? —preguntó.

—No, quiero honestidad, Adam. Has decidido que te convenía casarte conmigo y necesito, quiero saber por qué has cambiado de opinión porque estoy empezando a sentir algo por ti.

Mirando a Adam me di cuenta de que nada lo habría golpeado tan fuerte como mis palabras, ni siquiera si un piano le hubiera caído en la cabeza.

¡Dios! Casarse conmigo estaba bien, follarme también, pero la idea de algo más era insoportable para él.

Ok. Por lo menos ya sabía dónde estaba.

Sexo. Una razón o varias ocultas. Matrimonio de conveniencia en toda la regla.

—Vale, pues ya que lo hemos aclarado me voy a dormir. Buenas noches —dije, no deseando y no esperando una respuesta suya.

Entré en el cuarto de baño cogiendo en mi camino el pijama que había elegido para esta noche. Me cepillé los dientes, me desmaquillé y tardé más de lo normal con mi rutina de cuidado del rostro.

Al salir vi que tenía la cabaña para mi sola y como no tenía ni idea de dónde iba a pasar Adam la noche decidí cerrarlo todo. Estábamos en el bosque y había animales y personas que eran peores que cualquier animal.

Cerré las contraventanas, eché el cerrojo a las puertas y cogí el arma de mi maleta para guardarla bajo mi almohada. Sí, no era culpa de mi padre por ser una de esas personas que

llevaban un arma a todas partes, simplemente me gustaba estar preparada.

Afortunadamente, no lo necesité esta noche. Dormí bastante bien teniendo en cuenta las circunstancias y me desperté cuando llamaron a la puerta.

No podía ser otro que Adam y sí, abrí y ahí estaba mi marido. Mojado de arriba abajo y de un humor de perros. Me imaginé que la culpable era la lluvia que estaba cayendo como si fuera el fin del mundo.

—Buenos días —dije sonriendo, porque sí, era tan mala persona.

Adam entró sin dignarse a responder y cerré la puerta rápidamente porque el aire que entraba era más que frío. No obstante, la lluvia me gustaba así que abrí las contraventanas para verla y escucharla mejor.

Luego preparé el desayuno mientras Adam estaba en el cuarto de baño. Preparé para dos. Aunque él le echó un vistazo al plato de huevo y tostadas como si hubiera espolvoreado veneno por encima en lugar de sal.

Llenó una taza de café y fue a sentarse en el sofá.

No me habló.

No le hablé.

El silencio duró todo el día. Almorcé sola. Cené sola a pesar de que no estaba sola en la cabaña. Y no, el silencio no me molestaba.

Para nada.

Podía fingir que estaba sola en mi bunker si no fuera por los momentos en los que me quedaba mirando a Adam. No eran largos porque él parecía sentir cuando lo miraba.

Y él, pues se pasó todo el santo día con un libro en la mano y el hombre leía tan despacio que más de una vez estuve a punto de quitárselo de la mano y terminarlo por él.

Después de ducharme salí del cuarto de baño y lo encontré tumbado en el sofá cubierto con una manta. El sofá no era ni grande ni cómodo, pero no pensaba romper el reto del silencio para ofrecerle dormir en mi cama.

No obstante, no pude dormir. Di tantas vueltas en la cama que ya no necesitaba salir a correr porque había quemado un montón de calorías.

—Duérmete ya, Lilith —gruñó Adam.

Levanté la cabeza de la almohada y miré al otro lado de la cabaña. No había luz, excepto la poca que llegaba desde la luz del porche que se veía a través de las ventanas cuyas contraventanas estaban abiertas porque Adam las abrió mientras yo estaba en el cuarto de baño.

—No le hice caso a mi padre con seis años y me decía lo mismo: ¿crees que te haré caso teniendo en cuenta que mi padre da más miedo que tú?

—Ok, duérmete o me veré obligado a follarte y entonces seguramente vas a dormir, pero ese algo que sientes por mí se convertirá en algo más.

La risa no fue una reacción adecuada a sus palabras, pero fue la que sentí.

Oh, podía follarme y no tenía nada en contra. Lo que él no sabía era que yo era la que decidía a quien debía entregar mi corazón. Vale, tenía sentimientos por él, sentimientos que podían llegar a ser tan fuertes como los que unía a mis padres.

No obstante, yo decidía que hacía con esos sentimientos y por ahora Adam no me había demostrado que fuera digno de mí.

—¿Has terminado? —preguntó Adam.

Seguía riéndome, pero no tan fuerte como antes y me senté en la cama.

—Tal vez deberíamos conocernos mejor, Adam, porque, en serio, no tienes ni la más mínima idea de cómo soy o lo que yo puedo o quiero hacer.

—¿Y qué es lo que quieres?

—Ahora mismo sexo, mañana también y pasado igual.

No tuve que esperar ni siquiera medio minuto antes de tener a Adam al lado de mi cama. Extendió las manos y cogió el bajo de mi camiseta, me la quitó y la tiró al suelo. Me tumbó en la cama e hizo lo mismo con mis pantalones cortos.

Luego me mostró que sí podía hacerme sentir algo más.



Seguía lloviendo a la mañana siguiente y yo tenía pocas ganas de moverme. Estaba en la cama, bajo las mantas calientes y encima del cuerpo más que caliente de Adam. También estaba cansada, tenía músculos adoloridos y otras partes igual de doloridas.

Aunque no lo cambiaría por nada en el mundo, había merecido cada minuto.

Su corazón latía bajo la palma de mi mano mientras pensaba en el futuro. La verdad es que mi cerebro me decía una cosa (correr, cortar todos lazos con Adam, anular la boda) y el corazón otra (dejarme llevar por lo que sentía, darle una oportunidad, seducirlo, conseguir su amor).

Sentí a Adam despertarse antes de tomar una decisión.

—Piensas demasiado —murmuró, su voz ronca.

—¿Por qué lo dices como si fuera algo negativo? —pregunté levantando la cabeza.

Oh, Adam recién despertado era tan guapo que estaba pensando seriamente en ignorar los dolores de mi cuerpo, pero entonces sonó el teléfono. Mío no, el de Adam.

Tuve que dejar mi lugar sobre su cuerpo, pero me dio la oportunidad de verlo caminar hasta la mesita de café para coger el teléfono. Y Adam no perdió el tiempo en vestirse.

Definitivamente, mi cuerpo adolorido pasó a un segundo plano y me imaginé todo lo que podía hacerle. Hasta ahora no he tenido el tiempo necesario para explorar todo lo que quería.

Adam contestó y quince segundos después supe que ahora tampoco iba a explorar.

—Será mejor que la encuentres hasta que regrese a Nueva York o prepárate para perder a un miembro de tu familia, Lazarov.

Colgó y empezó a vestirse y abrí la boca para preguntar qué había pasado, aunque ya tenía una vaga sospecha, pero él se me adelantó: —En tres minutos me marcharé contigo o sin ti, vístete o no.

—Teniendo en cuenta que le acabas de decir a mi padre que me vas a matar si no encuentra a Alana creo que me necesitarás contigo, ¿no, Adam?

Me puse de pie y sin preocuparme por mi cuerpo desnudo caminé hasta el cuarto de baño. Tomé una ducha rápida y de vuelta en el dormitorio me vestí bajo la atenta y furiosa mirada de mi marido que pronto iba a ser un hombre muerto.

O por lo menos divorciado porque este matrimonio era el mayor fracaso de mi vida e iba a ponerle fin en el menor tiempo posible.

No cogí mis cosas, solo el bolso y una barrita de cereales y frutos secos de la cocina. Esperé delante de la puerta hasta que Adam se acercó para abrirla. Luego caminé hasta el coche y ahí también esperé.

Adam me miró, pero evité su mirada porque para mí ya no existía, por lo menos el hombre con el que me había casado y con el que quería vivir felices y comer perdices. Había desaparecido cuando amenazó a mi padre. Mi vida como pago por la de su hermana.

Entendía el amor que uno sentía por su familia, yo misma mataría a medio mundo por la

mía, pero me sentía traicionada, decepcionada. Y mientras Adam conducía como alma que lleva el Diablo, entendí que era culpa mía.

No lo había querido, pero me había ilusionado como una tonta. Él no dijo que sentía algo, ni siquiera le gustaba y el sexo no contaba. Los hombres iban a la cama con cualquier mujer disponible sin importar si era guapa o fea, gorda o delgada, si la amaba o no.

Y ahora ya no había duda de que nunca conseguiría lo que deseaba. A Adam.

No pasaba nada. Era solo un hombre, el primero de muchos. Aunque quedaba averiguar si podía olvidar la traición.

Mi vida no valía menos que la de Alana.

Para cuando nos acercamos a Nueva York un dolor de cabeza se había apoderado de mí y me estaba costando la vida no vomitar en el coche porque ni loca iba a pedirle que parara el coche.

Me sentía sucia. Lo había dejado tomarme, hacerme cosas tan... ¿cómo pude disfrutar tanto en sus brazos? ¿Cómo pudo él acariciarme, besarme y susurrarme cosas bonitas cuando le importaba tan poco?

Me mantuve en silencio durante todo el viaje y no le hablé ni siquiera cuando detuvo el coche frente a mi edificio.

—Te acompañaré arriba —dijo Adam.

—No te molestes —espeté y en tres segundos estaba fuera de su coche y caminando hacia la entrada.

Subí en el ascensor y al llegar a mi apartamento llamé a Uno con un recado muy importante. Luego de cambiarme en algo más cómodo me preparé algo de comer y cogí el portátil para trabajar un poco.

No había nada mejor que trabajar cuando no querías pensar y me sirvió hasta que mi estómago volvió a rugir. Me había sumido en el trabajo y las horas pasaron sin que me diera cuenta.

Ya eran las diez de la noche, una hora perfecta para una hamburguesa. No me apetecía mucho cocinar así que llamé y encargué una. Me estaba tomando el primer sorbo de una copa de vino blanco cuando llamaron a la puerta.

Los empleados del restaurante de abajo eran rápidos, pero no tanto así que sabía antes de abrir que al otro lado iba a encontrar a Adam que seguramente no quiso obedecer a Uno.

Oh, ok, podía dejarle las cosas claras yo misma.

Abrí la puerta y antes de fijar la mirada en Adam me aseguré de que Uno estuviera ahí. Lo estaba. ¿Por qué diablos no me había fijado antes en Uno? Era mayor que yo, unos quince años mayor, pero era guapo y fuerte. A veces (pocas) también era gracioso.

—¿Qué no puedo pasar? —gruñó Adam.

La furia se notaba en su rostro, en su voz, estaba a punto de explotar.

—Pronto recibirás los papeles de la anulación de la boda —informé.

—¿Mi hermana ha desaparecido y tú crees que este es el momento adecuado para comportarte como una niña malcriada? —gritó.

—Querías decir perra desalmada. Y sí, es el momento perfecto. Adiós, Adam.

Le cerré la puerta en las narices, aunque lo que más me apetecía hacer era hacerle daño, mucho daño.

Me senté en mi sofá y disfruté de mi vino mientras me permitía un momento de tristeza por mi fallado matrimonio. Luego llegó la comida y vi una película.

Amaba mi apartamento, el silencio, la soledad.

Incluso amaba el espacio vacío de mi armario que había dejado Uno al recoger todas las cosas de Adam.

Amaba la suavidad de mis sábanas.

Amaba todo, menos las lágrimas que llenaron mis ojos.

No me gustaba fallar y casi nunca fallaba, excepto ahora y con algo tan importante como el amor. Normalmente lo intentaba hasta conseguirlo, pero intentarlo otra vez cuando ya le había dado una segunda oportunidad era de tontos.

Adam no me merecía.

Capítulo 13

Lilith

—¡Wow! ¿Zapatillas de deporte? —preguntó Ivy al verme entrar en su despacho.

Ignoré su pregunta y le entregué la carpeta con la información que me había pedido. Esperé mientras le echaba un vistazo.

—A veces odio este trabajo —murmuró ella.

Yo había sentido lo mismo al recibir la denuncia. Uno de nuestros equipos rescató una adolescente que vivía en la calle y cuando averiguaron la razón me llamaron a mí. El psicólogo de su colegio seducía a las chicas y luego las chantajeaba. Las vendía a sus amigos y si se negaban entonces todos, amigos, compañeros, profesores y padres recibían los vídeos que él mismo había grabado de las chicas.

Ellas eran jóvenes y muy influenciables, además de sentir que no tenían otra opción. Las chicas que cayeron en su trampa eran muchas ya que el hombre llevaba años trabajando en colegios de todo el país. Nunca se quedaba más de dos años en una ciudad.

Estábamos hablando de cientos de chicas cuyas vidas fueron arruinadas por el bastardo.

Un equipo ya había ido a su casa para traerlo a la sede, otros estaban borrando los vídeos de las redes y ahora me tocaba a mí atender a las víctimas, pero no era tarea fácil. Cinco chicas cometieron suicidio, otras siete lo intentaron y actualmente seguían en tratamiento, docenas de ellas habían renunciado a sus sueños e iban sobreviviendo día a día. Pocas, muy pocas consiguieron sobrellevar lo que habían sufrido.

Tenía una larga lista de terapeutas dispuestos a ayudar a las víctimas, una cantidad enorme de dinero para pagar las deudas de algunas. La lista de cosas que podíamos hacer por ellos era larga, pero ninguna de ellas podía borrar lo sucedido.

Podríamos hacer justicia y ofrecerles la oportunidad de cambiar sus vidas, pero nada más y eso me rompía el corazón.

Deberíamos haberlo sabido antes. Deberíamos haberlo parado antes.

—Falta un nombre —dijo Ivy.

Rissa Jenkins, una de las primeras víctimas. Encontramos pruebas en el ordenador del bastardo y teníamos el testimonio de otras chicas, pero Rissa había desaparecido de la faz de la tierra. Él las usaba y las descartaba, seguro de que ninguna de las chicas iba a denunciarlo.

Matar no era lo suyo, todas sus víctimas seguían vivas excepto las que se suicidaron. Encontrar a Rissa se había convertido en una obsesión para mí. Habían pasado diez años y podría estar en cualquier lugar, pero ni con todos nuestros recursos conseguimos dar con su paradero.

Eso significaba que estaba muerta y mi siguiente movimiento iba a ser una llamada a mi padre. Si alguien podía averiguar dónde estaba enterrada Rissa era mi padre.

—Voy a llamar a mi padre y no tardaremos mucho en averiguar qué le ha pasado —dije.

—Está ocupado buscando a Alana, ya sabes que...

—No me importa —espeté.

Ivy puso esa cara que odiaba, la de yo-sé-mejor-que-tú.

—Dijo que si algo le pasaba a su hermana iba a matarme. Ahora, mírame a los ojos y dime si seguirías casada con un hombre así.

Su expresión se suavizó: —Lilith, lo siento. Pero ¿estás segura de que de verdad quiso decir eso?

—Sí, es lo que siento y tú vendrás ahora y me dirás que el pobre estaba preocupado por su hermana. Pero ¿sabes qué? Me importa un bledo, ¿ok? Quiero un hombre que me ponga en el primer lugar, que piense en mí y no hacerme daño cuando las cosas no salen cómo le gustarían.

—Tienes razón, pero escúchame porque sé de lo que hablo. Si quiere darte una explicación deberías escucharlo porque si no lo haces te vas a arrepentir.

—Gracias por el consejo —dije antes de darme la vuelta y encaminarme hacia la puerta.

Al salir de su despacho casi choqué con Liam y me sorprendió mucho verlo aquí. Verás, Liam era médico y su propósito en la vida era curar a todo el mundo, buena o mala persona, así que no estaba muy de acuerdo con lo que una parte de la familia estaba haciendo.

Nunca venía a las oficinas y si hoy estaba aquí no auguraba nada bueno para mí.

—No quiero escucharlo —dije dándole un beso en la mejilla y enseguida dirigirme hacia mi despacho.

Liam, tan cabezota como su hermana (o sea, yo), me siguió. Llegamos, yo me senté en mi silla y él en otra. Lo ignoré durante diez minutos mientras contestaba a algunos correos.

—Dilo de una vez —le espeté.

—Más vale lo malo conocido, hermanita.

—Obviamente, porque Adam es el único hombre en el mundo.

—No, es el único que te gusta y aunque, tuve mis dudas al principio sé que a él también le gustas —declaró Liam.

—Lo que tú digas, ¿algo más?

Mi hermano me miró decepcionado y fingí no darme cuenta de ello. No lo consideraba justo, él era mi hermano y debería respetar y apoyar mis decisiones no venir aquí buscando otra oportunidad para Adam.

Ya le di una y la desperdició. No había más.

—Está preocupado por Alana —dijo.

—Y yo por las víctimas de un cabrón de mierda que se aprovechó de niñas inocentes, ¿y qué?

—Estás enfadada.

—¿No debería o qué? —le pregunté.

—No lo sé, pero creo que, por primera vez en su vida, papá ha cometido un error al elegir a Adam para ti.

Yo también lo pensaba.

Liam se puso de pie y rodeó mi escritorio para darme un beso de despedida, pero se quedó mirando la pantalla de mi ordenador.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Conozco a esta chica, bueno, es mayor, pero estoy seguro de que es ella —dijo Liam.

Tenía abierto el fichero de Rissa Jenkins, la foto de la adolescente cubriendo más de la mitad de la pantalla.

—Cuéntame —le pedí.

—Hace unos meses llegó al hospital acompañando a una paciente y dijo que era enfermera en un pueblo en el que no había ni hospital ni consultas ni nada de nada. Ella curaba heridas y trataba a los enfermos leves.

—¿Puede hacer todo eso una enfermera?

—Sí, hay que estudiar más, pero al final se puede hacer un diagnóstico, pedir pruebas y

prescribir un tratamiento.

—¿Sabes dónde está o cómo contactar con ella? —pregunté.

Liam se encogió de hombros y metió las manos en los bolsillos. Suspiré preparándome para una larga batalla porque mi querido hermano me estaba mintiendo.

Perdí una hora de mi vida intentando convencerlo de que solo quería hablar con ella y no, no le dije la razón porque su comportamiento era extraño. No conocía a Rissa, pero a Liam sí y podría jurar que había algo entre ellos.

La parte extraña era que ella pudo pasar desapercibida durante tanto tiempo y si había ido al hospital era aún más raro. Ahí había más cámaras y seguridad que en la Casa Blanca.

Al final, Liam aceptó acompañarme a ver a Rissa.

La ciudad en la que vivía estaba a una hora de Nueva York y un escalofrío me recorrió cuando nos acercamos lo suficiente. Era deplorable. Tiendas abandonadas, calles limpias, pero vacías. Había una sola tienda y una cafetería con un cartel que pronto iba a decapitar a alguien si no lo arreglaban.

El coche se detuvo frente a un edificio parecido a los demás. En mal estado, aunque la planta baja tenía una mano fresca de pintura y a través de las ventanas podía ver que había gente dentro.

—Quédate aquí —le dijo Liam a Uno, antes de entrar.

Mi guardaespaldas lo miró en silencio. Liam no se movió y le mantuvo la mirada.

—¡Dios! Quédate, Uno. Yo puedo protegerme sola y si hace falta también a Liam —espeté abriendo la puerta.

Eso era extraño. Limpio, con olor a hospital, con gente en una zona que parecía la sala de espera y un silencio espeluznante. He de confesar que temí que en cualquier momento una de esas personas iba a saltar sobre mí para mordirme y convertirme en un zombi.

Pero luego apareció Rissa y entendí por qué nos fue tan difícil encontrarla. Parecía otra persona y eso que nuestro programa era bueno y podía predecir cómo se vería alguien dentro de diez, veinte o treinta años.

Con Rissa había fallado. La adolescente había sido una chica regordeta, de cabello rubio y ojos azules, con pecas, sí, pecas en las mejillas. La mujer que me estaba mirando ahora era tan delgada como un palo, su cabello era gris y las pecas habían desaparecido, aunque el color de los ojos era el mismo y aun así eran completamente diferentes.

En algún lugar había un fallo porque yo fui capaz de reconocerla, pero nuestro programa no y eso no era bueno.

—¿Puedo ayudarla? —me preguntó.

—Riley, ella es mi hermana, Lilith. Le gustaría hablar contigo en privado si tienes un momento —dijo Liam.

¿Riley? Lo miré con el ceño fruncido, pero él me ignoró.

—Tengo pacientes que llevan una hora esperando.

Buena excusa, o sea, no.

—Liam los puede atender, ¿verdad hermanito? Es médico, uno de los mejores cirujanos del país.

—No —dijeron los dos al mismo tiempo.

Me crucé de brazos y esperé. Alguien tenía que ceder y no pensaba ser yo. Sabía que Liam iba a ceder antes que yo, pero una señora mayor se nos adelantó diciendo que iba a tomarse un café mientras Riley nos atendía.

Luego las otras personas hicieron lo mismo y me sentí mal. Esa gente estaba enferma

porque de otra manera no estuvieran aquí.

—Por aquí —dijo Riley cuando el consultorio se quedó vacío.

Nos llevó hasta una consulta y se sentó detrás de un escritorio repleto de papeles. Yo me senté, pero Liam se quedó de pie sin apartar la mirada de Rissa/Riley. No podía esperar a contárselo a mi madre.

Eso hacían las hermanas pequeñas, además de esta manera se olvidaba de todo el asunto con Adam.

—Tienes cinco minutos —dijo ella.

—Solo necesito dos. David Sutton.

Oh, era buena, pero yo era mejor en leer la gente. El miedo apareció en sus ojos, aunque lo escondió rápidamente.

—¿Quién es ese? —preguntó Liam.

No se lo había contado y tenía la impresión de que ella tampoco quería que Liam lo supiera. Tenía razón porque enseguida le dijo: —¿Por qué no espera fuera, doctor Lazarov?

Solo una sugerencia/pregunta y una mirada fue suficiente para que mi hermano se diera la vuelta y saliera de la consulta.

—Wow, necesito saber cómo lo has hecho. Yo tengo que recurrir a amenazas o chantaje cuando quiero obtener algo de él —dije impresionada.

Rissa/Riley me miró y me arrepentí enseguida de mis palabras.

—Olvida la pregunta —dije estremeciéndome.

Había cosas que una hermana nunca debía saber de su hermano. Nunca.

—No voy a testificar contra Sutton si para eso has venido —declaró Rissa/Riley.

—Ah, no hace falta. Tenemos todas las pruebas que necesitamos contra él, fue juzgado y encontrado culpable. Ahora mismo está...

—En la cárcel —me interrumpió ella enfadada—. No es justo, con todo lo que hizo ese desgraciado ahora vivirá el resto de su vida en una celda donde podrá recordar en paz todo lo que hizo. Bonito castigo.

—De hecho, no, y voy a negar que te he dicho esto si alguna vez se lo vas a repetir a otra persona; la última vez que lo comprobé, y eso fue hace dos horas, a Sutton le estaban metiendo los pies en unos cubos con agua a la espera de unos cables de electricidad. Sé que cortarle el miembro estaba en la lista, pero no sé si han llegado a eso todavía.

Mantuve una sonrisa en mi rostro mientras ella intentaba darse cuenta si yo había perdido la cabeza. Eventualmente, decidió que no importaba.

—¿No está en la cárcel? —preguntó y sacudí la cabeza—. ¿Va a morir?

—Sí, después de un largo sufrimiento porque eso es lo que merece la gente como él —dije.

—Aun así, no entiendo por qué estás aquí.

—Estamos buscando a las víctimas y ofreciéndoles toda la ayuda necesaria...

Rissa/Riley resopló.

—¿Ahora? ¿Dónde diablos estabas hace diez años? —espetó.

En París. Disfrutando de un viaje con mi madre y mis hermanos. Lo había comprobado en el calendario porque algo de este caso me revolvía las tripas. Intentaba mantenerme al margen del drama, ayudaba y nada más, aunque ahora era diferente y no entendía la razón.

¿Qué tenía de especial este caso?

—Lo siento por gritarte, tú no tienes la culpa de nada —dijo ella—. Y gracias, pero no necesito ayuda.

—¿No? Piénsalo bien, debe haber algo que deseas, algo que piensas que es imposible.

Sus ojos brillaron y me respondió: —Un hospital con médicos, enfermeras, quirófanos y sala de urgencias.

—Ok —dije poniéndome de pie, metiendo la mano en el bolsillo y sacando una tarjeta de visita—. Toma, me puedes enviar tus sugerencias a este correo. Me alegro mucho de que hayas conseguido sobrevivir, Rissa.

Salí de la consulta y encontré a Liam paseando como un león en una jaula.

—¿Y? —preguntó.

—¿Y qué?

Liam apartó la mirada curiosa de mí y se quedó mirando embobado a Rissa/Riley que me había seguido.

—Gracias por venir —dijo ella.

¿Gracias por venir?

—No tienes por qué darnos las gracias —dije sonriendo, luego miré a Liam—. Necesito comer algo antes de volver a casa.

Liam asintió, pero no se movió y tampoco dejó de mirar a lo que seguramente era el amor de su vida.

—¿Te gustaría acompañarnos, Rissa? Podríamos hablar sobre ese hospital —sugerí.

—Llámame Riley, y sí. Podemos ir a la cafetería de Yvonne, es una cocinera maravillosa —respondió ella.

Y es así como me encontré yendo a comer con mi hermano y la mujer que había venido a buscar. Cruzamos la calle, nos sentamos en una esquina en una mesa para cuatro personas y pedí una hamburguesa para mí y otra para Liam que no se enteraba de nada.

Mira, era mi hermano, era un brillante doctor, pero ahora mismo no lo parecía. Ahora era un tonto enamorado y no pude abstenerme de no darle una patada por debajo de la mesa.

He de reconocer que no hizo ningún sonido y me impresionó ya que le había dado fuerte.

—¿Hablamos del hospital? —pregunté.

—La verdad es que no sé si será una buena idea, aunque será imposible de encontrar uno que quiera abrir un hospital aquí. Lo hemos intentado, pero la ciudad es pequeña, no hay trabajo, no hay nada y no quieren abrir ni siquiera una clínica pequeña —explicó Riley.

Mientras la escuchaba había sacado mi móvil y estaba comprobando algunos datos. Y sí, era un mal negocio, pero a nosotros no nos importaba perder dinero. Teníamos de sobra.

—El hospital más cercano está a una hora y media y hay diez ciudades pequeñas que mandan ahí todos los pacientes. Podemos traerlos aquí, seguramente vendrán aquí porque no les vamos a cobrar nada...

—¿Cómo que no vas a cobrar? —preguntó asombrada Riley.

—Los hospitales Taylor nunca cobran a sus pacientes —explicó Liam.

—Hospitales Taylor —repitió Riley y no estaba asombrada, la pobre se había quedado sin palabras y estaba a punto de llorar—. No me mentirías con algo así, ¿no?

—Yo no miento. —Sonreí.

—Solo en tus votos de matrimonio. Has prometido en lo bueno y lo malo y has pedido una anulación tres días después —murmuró Liam.

—Sabes que estoy a medio minuto de enviarle un mensaje a mamá sobre lo tuyo con Riley, pero aun así sigues empeñado en defender a Adam. Explícame eso, Liam —dije.

Riley se inclinó hacia mi hermano, la inclinación de su cuerpo fue mínima y más que seguro, instintiva. En otro momento hubiera intentado averiguar qué era lo que pasaba

exactamente entre ellos, pero ahora estaba demasiado enfadada.

—Es lo que haces siempre, Lilith. Desaparecer durante días o meterte de cabeza en algún gran proyecto cuando hay una situación que no puedes controlar y, hermanita, no puedes controlar a Adam. Esa es la razón por la que has pedido la anulación tan rápido y la desaparición de Alana te vino muy bien, aunque estoy seguro de que hubieras encontrado otra excusa para deshacerte de él.

—Vete al diablo, Liam —espeté.

Salí de la cafetería y me dirigí a ningún sitio, caminé sin rumbo acompañada del ruido de los pasos de Uno a mis espaldas. Caminé hasta que sentía que me moría de calor porque, como no, justo hoy hacía un calor de mil demonios y yo iba en vaqueros.

Hace mucho que había salido de la ciudad e iba por un camino sin nombre y con más agujeros que un trozo de queso.

—¿Descansamos un momento? —preguntó Uno.

Miré a mi alrededor y no había nada, solo el camino, árboles, una valla que mantenía alejadas del peligro a un par de vacas. Mi mejor opción era el suelo y es donde me senté, aunque un segundo después me tumbé sobre la hierba.

Uno se quedó de pie y aproveché para mirarlo sin que se diera cuenta. Iba en traje azul marino como siempre (a veces era negro y le sentaba mejor) y no había ninguna gota de sudor en su rostro u otros signos de cansancio.

Tenía treinta y nueve años, su fecha de nacimiento era el diez de febrero. Vivía en un apartamento de dos dormitorios a cinco minutos andando de mi apartamento. Le gustaba el café negro, el té verde por la noche, tenía alergia a los crustáceos y no tomaba alcohol.

Conocía sus gustos. Música, películas, libros.

Conocía mejor a mi guardaespaldas que al hombre con el que me había casado y ahora me preguntaba por qué diablos no me había fijado antes en Uno. En John. Era fuerte, listo, capaz de protegerme y sabía que el sexo no sería un problema.

El año pasado íbamos en coche de vuelta a la ciudad y al quedarme dormida Uno y Dos empezaron a hablar. Lo que ellos no sabían era que solo estuve dormida unos pocos minutos y escuché su conversación.

En ese momento me hizo gracia escuchar sobre sus proezas sexuales, ahora me parecía interesante. Aunque empezaba a dudar de mi salud mental porque seguía llevando el anillo de un hombre en la mano y pensaba en casarme con otro.

Eso muy normal no era, por lo menos no para mí.

¿Qué diablos me pasaba?

Capítulo 14

Lilith

—No.

Abrí los ojos y encontré a Uno justo encima, tapando mi sol.

—¿No? —repetí.

—Lo que sea que estás pensando, no. Eres una mujer guapa, pero llevo años protegiéndote y para mi eres como mi hermana pequeña. Además, la única razón por la que lo estás pensando es por tu ego herido —explicó Uno.

—Otro que cree que sabe mejor que yo lo que siento —murmuré.

Me puse de pie y sacudí el polvo de mi ropa antes de coger el camino de vuelta al pueblo, pero vi que Dos llegaba con el coche y me detuve.

—Lilith —dijo Uno, su voz justo detrás de mí y es que este hombre se movía rápido y en silencio—. Las cosas buenas nunca son fáciles de conseguir.

—Ok, Uno, gracias por compartir conmigo un poco de tu sabiduría.

Y ahora era una niña malcriada, pero Uno me conocía tan bien que metió la mano en el bolsillo de la americana y sacó una barrita de cereales. Nada más y nada menos que mi favorita, de pasas y chocolate negro.

—Grayson es un hombre testarudo y es una de las razones por las que lo eligió tu padre para ti y no te estoy diciendo que vayas detrás de él.

—¿Todo el mundo sabe sobre papá jugando al casamentero? —exclamé.

—Sí —respondieron Uno y Dos al mismo tiempo.

—Pero lo que quiero decir es que Grayson volverá a ti, se arrastrará de rodillas, pedirá perdón y tú, señorita cabezota, tienes que darle una oportunidad —dijo Uno.

—¿Por qué? Lo único que tiene a su favor es la opinión de mi padre y después de todo, créeme eso no es suficiente ni siquiera para decirle hola.

—Porque es el tipo de hombre que iría al infierno y volvería por la mujer que ama —declaró Uno.

—Lo que sea, ¿podemos terminar la sesión de terapia ahora? Creo que me está dando un golpe de calor.

Bueno, casi. Era más una debilidad tonta por no haber comido y hacer una caminata con este calor. Una vez que estuve en el coche me tomé media botella de agua y me comí la barrita de cereales. En pocos minutos volvía a sentirme bien físicamente porque mentalmente seguía de la misma manera. Jodida.

De vuelta al pueblo encontramos a Liam y Riley frente a la cafetería rodeados de un montón de personas. Parecía una reunión de vecinos, algunos tranquilos y otros levantando la voz.

Los escuché desde el interior del coche:

—Es mentira, lo que quieren es comprarlo todo y construir centros comerciales y edificios de apartamentos —decía un señor con gorra azul.

—¿Y qué tiene eso de malo? Tal vez así mi hijo vendrá a verme más a menudo —le respondía una mujer de cabello blanco.

—Nadie vendrá aquí a trabajar, nos quedaremos con un hospital vacío, sin médicos y sin enfermeras igual que ahora —decía otro.

—Diablos, si no fuera por mi madre yo tampoco viviría aquí.

Las quejas continuaron y las escuché todas. No había nada de trabajo, nada de futuro para los jóvenes. Ninguna fábrica o empresa, la agricultura se había ido al piqué desde que las grandes empresas habían comprado la mayoría de los terrenos para cultivos y vendían a precios con los que los pequeños agricultores no podían competir. Pasaba lo mismo con la ganadería.

—Uno —empecé, pero él me cortó enseguida.

—Vas a bajar, ya lo sé —gruñó.

¿Ves? Él sí me conocía bien.

Lo esperé a rodear el coche y abrir mi puerta no porque tuviera miedo de esa gente, porque era su trabajo y se ponía de mal humor si no le permitía hacerlo.

—¡Hola a todos! Mi nombre es Lilith Lazarov y tengo un plan, ¿por qué no vamos dentro y lo hablamos?

Eran las nueve de la noche cuando terminamos la reunión imprevista. Algunos de los habitantes del pueblo se fueron y otros llegaron incluso desde otros pueblos cercanos. Sus quejas e ideas me ayudaron a poner a punto el plan y era tan genial que no iba a esperar ni un segundo para empezar.

Liam y Riley eran los únicos que quedaban. Las calles ya se habían vaciado y mi mente iba a mil por hora mirando la calle, los edificios, viéndolo todo renovado.

—Hora de ir a casa —dijo Liam.

—Prefiero quedarme porque mañana vendrá el equipo para comprobar el edificio —murmuré.

—Lilith, ¿quedarte dónde? No hay un hotel en el pueblo y si quieres quedarte en uno tendrás que ir hasta la siguiente ciudad y para eso mejor vas a casa, ¿no?

—Puede quedarse conmigo, tengo una habitación libre —ofreció Riley.

—Gracias, Riley —dije sonriendo.

—¿Y tus guardaespaldas? —preguntó ella.

—No se preocupe por nosotros, señorita —dijo Uno.

¿Ves? Uno era un amor.

Nos despedimos de Liam que decidió esperar al helicóptero porque no le apetecía pasar una hora encerrado en el coche.

Riley vivía en una casa pequeña, blanca y bonita. Dos dormitorios, un cuarto de estar, una cocina y dos cuartos de baño de los que uno se le ofreció a Uno. Incluso les ofreció su cocina y su sala de estar.

Me encantaba esta chica, siempre estaba pendiente de los demás.

Pasé una buena noche hasta las cuatro cuando me despertó el canto de un gallo y hacia tanto tiempo que no lo escuchaba que me levanté para verlo. Riley tenía gallinas y un gallo que cantaba bajo la ventana.

No obstante, ella no se despertó y yo fui a prepararme un café mientras organizaba el día. A las seis Uno entró en la cocina, cabello mojado y traje sin una sola arruga. Le ofrecí un café, pero se lo cogió solo además de otro para Dos.

—Uno, ¿han encontrado a Alana? —pregunté antes de que saliera de la cocina.

—No, pero yo no me preocuparía por ella. Está bien.

—¿Qué quieres decir?

Uno se dio la vuelta y volvió a mi lado.

—Nicholas también ha desaparecido —murmuró.

—¡Oh! —exclamé.

Uno me guiñó el ojo y se marchó con sus cafés dejándome con la sorpresa de mi vida. Nicholas y Alana. Estaba segura de que Adam se estaba volviendo loco planeando diferentes maneras de matar a Nicholas.

Bueno, todos eran adultos y podían resolver sus problemas. Yo tenía que salvar un pueblo.

∞∞∞∞

—¿Café? —preguntó Riley entrando en mi despacho improvisado.

Sacudí la cabeza y volví a la pantalla de mi portátil. Las cosas se me habían ido un poco de las manos y estaba enterrada bajo montones de problemas y proyectos.

—Casi me arrepiento de haber mencionado el hospital —dijo bebiendo del café que me había ofrecido poco antes.

—Casi. —Me eché a reír.

—Casi porque veo que te estás matando con tanto trabajo.

—No soy la única, ¿has visto que ya está lista la planta baja del hospital? Podemos abrirla la semana que viene para pasar consulta y urgencias leves —dije.

Había mucho trabajo, sí. Pero los habitantes del pueblo eran geniales, nunca había conocido a gente tan increíble, tan buena y trabajadora.

El equipo de arquitectos y constructores llegaron el primer día y declararon que el edificio que el ayuntamiento quería donar para el hospital tenía daños estructurales y que la reforma iba a ser grande, pero no imposible.

Les ofrecí el trabajo a los del pueblo y solo tuve que traer de fuera unos pocos trabajadores para el turno de noche porque la paciencia no era mi punto fuerte. Con un poco de suerte el hospital estaría funcionando a pleno rendimiento en un mes.

Esta tarde tenía entrevistas para el personal y eran solo cien personas que tenía que entrevistar por eso le había pedido ayuda a Liam. Que también era la razón por la que Riley estaba en mi despacho ahora.

El hotel del pueblo era el último proyecto en mi lista y hasta ahora los vecinos habían acogido en sus casas a los trabajadores que venían de fuera. Eso quería decir que seguía viviendo en casa de Riley a pesar de que tenía otras opciones.

Ivy había enviado una caravana para Uno y los otros hombres y me ofreció una, pero le había cogido cariño a Riley y todavía no había averiguado lo que quería.

La mujer sabía guardar un secreto y lo único que sabía era que se quedaba callada cuando mencionaba a mi hermano. La curiosidad me estaba matando y estaba a punto de irme con el chisme a mi madre.

Hasta ahora no lo había hecho, pero si no averiguaba nada ella era mi próxima opción ya que Liam no podía mentir a mamá.

—Y tú serás la primera paciente —declaró Riley.

—Estoy bien, ¿qué te hace pensar qué no lo estoy?

Las cejas de Riley subieron con asombro al mismo tiempo que sus labios formaban esa expresión de sabes muy bien de lo que estoy hablando.

—Llevas tres semanas trabajando de seis de la mañana a doce de la noche, comes solo cuando Uno o yo te llevamos la comida, duermes dos horas cada noche. De lunes a viernes tienes

el mismo horario y los fines de semana te los pasas visitando las granjas y conociendo a los vecinos. No paras, Lilith. Agradecemos lo que haces por nosotros, el pueblo vuelve a estar vivo gracias a ti, pero no lo queremos a costa de tu salud. Para, por favor.

—No puedo, si lo hago tendré que pensar y no quiero, Riley. No quiero pensar —confesé en voz baja.

—Entiendo, yo tampoco quiero pensar.

—En Sutton —dije.

—En tu hermano.

Casi me salté de la silla al escucharla, pero ella sacudió la cabeza.

—Esta noche, cena, una botella de vino y compartiremos nuestras desafortunadas historias —propuso Riley.

Ella se marchó en el instante en el que Liam entró en mi pequeño despacho, no dijo adiós, no dijo hola.

—¿Qué pasa? —preguntó Liam.

—Que nos tenemos que dar prisa, tengo una cita esta noche —respondí.

No obstante, la cena tuvo que esperar ya que las entrevistas duraron más de lo que esperaba. Normalmente todo el personal de los hospitales Taylor pasaban por un proceso previo de investigación, aunque la mayoría tenían una historia con nosotros. Sus padres trabajan en la empresa, a algunos les habían rescatado de alguna situación, otros pudieron estudiar gracias a una de nuestras becas.

Eran gente en la que podíamos confiar, pero ahora quise dar una oportunidad a los que tenían una conexión con el pueblo, con este o con los del alrededor. Y algunos no daban el perfil.

Había un cirujano con una adicción al juego y con más denuncias de mal praxis que había visto en mi vida. Una enfermera que fue despedida por robar la medicación de los pacientes. Había una larga lista de incidentes que una vez más me hizo preguntarme qué estaba pasando con el mundo.

No éramos tan inflexibles, las reglas no existían para nosotros y a cambio pedíamos honestidad, correctitud y ganas de trabajar. Por ejemplo, la dueña de la cafetería tenía una hija que había estudiado enfermería, pero lo había dejado para cuidar a sus hijos. Ahora estaba en proceso de divorcio y le eché una mano, obviamente. La envié a un curso rápido para refrescar sus conocimientos y la contraté.

Quería trabajar, lo necesitaba y estaba dispuesta a hacerlo todo por sus hijos. No podía decir lo mismo de los demás y es que trabajar en un hospital Taylor era mejor que un billete de lotería ganador y todos querían un puesto.

Cuando llegué a casa de Riley la encontré dormida en el sofá y no puedo decir que estaba decepcionada por no averiguar qué pasaba con ella y mi hermano, pero estaba tan cansada que me fui a mi cama.

Me tumbé por un momento pensando descansar antes de ducharme y me quedé dormida.

Me despertó el gallo a las cuatro y por primera vez maldije. Tenía todos los músculos agarrotados y un frío en los huesos que pensarías que había dormido en un iglú. Ya sabía lo que eso significaba.

Gripe.

Yo tenía una salud de hierro, excepto cada dos o tres años cuando pillaba una gripe que me mantenía en la cama durante una semana entera. A veces más de una semana.

Tenía que volver a casa.

Tenía que dejarlo todo muy bien organizado.

¡Diablos! Era el peor momento para enfermarme, pero tenía veinticuatro horas antes de ponerme mala de verdad y era el tiempo que necesitaba para dejarlo todo organizado.

Fui un robot el resto del día, tomando infusión con miel constantemente bajo la mirada desaprobadora de Uno. Por lo menos Riley estaba ocupada y no me conocía tan bien para darse cuenta de que no me sentía bien.

Y lo tenía todo listo, eran las cuatro de la tarde cuando me estaba preparando para volver a Nueva York para sufrir durante una semana. Pero entonces Nina llegó corriendo y gritando por la calle.

Nina era la directora del hospital, futuro hospital, y a pesar de la poca experiencia que tenía en manejar uno se está apañando bastante bien.

—¡Lilith, espera! —gritó.

Esperé. Uno maldijo en voz baja y eso me preparó para algo malo. Lo que sea que Nina quería decirme Uno ya lo sabía. Ya me encargaría luego de él.

—¿Qué ha pasado, Nina? —pregunté cuando la mujer de cuarenta y cinco años se paró frente a mí.

Levantó una mano para pedirme paciencia para recuperar su respiración y esperé porque a pesar de que no fuera mi madre había criado a cinco niños que ya estaban en la universidad. Cinco niños de golpe. Los había crecido, cuidado y educado sin perder la cabeza y fue lo que me convenció de que ser directora de un hospital iba a ser pan comido para ella.

—Nos han robado las maquinas —dijo.

—¿Qué maquinas? —pregunté, mi mente dando señales de cansancio. De hecho, pensaba que se refería a las de la obra.

—Las del UCI infantil. Llegaban hoy, pero cinco coches forzaron al conductor del camión a parar y se lo llevaron todo. Me llamó, ya sabes, nuestros hijos fueron compañeros desde el infantil, y me lo dijo. También me dijo que reconoció a uno de los ladrones, pero que la policía no le hizo caso.

—¿No? —susurré.

—No, es un grupo de hombres que se creen mafiosos. Llevan años creando problemas en la zona y la policía no hace nada porque su jefe es un tío super importante en Nueva York, un tal Fabio Conti.

—Ok, gracias, Nina. Ya me encargo yo de todo —dije.

Subí al coche y antes de cerrar los ojos y descansar un rato le dije a Uno: —Averigua dónde está Conti porque le vamos a hacer una visita, pero si avisas a alguien de esto, Uno, te juro que será tu último día conmigo, ¿entendido?

—Sí, señorita.

Capítulo 15

Lilith

Descansé durante dos minutos o eso me pareció antes de que Uno me despertara.

—Tres minutos, señorita, ¿necesita algo antes de la visita? —preguntó.

—No —respondí, abriendo el cajón secreto de debajo del asiento.

Cogí un arma y munición. Ya tenía un arma conmigo y Uno tenía por lo menos tres, pero los Conti eran imprevisibles y era mejor ir preparada.

El coche paró frente a un local de striptease. Las seis de la tarde, por Dios. Odiaba a este tipo de personas, no a las que iban a este tipo de locales, a personas como Fabio Conti que no había trabajado duro un día en su vida, que se pasaba la vida engañando y buscando manera de quitarle todo a la desafortunada persona que se ponía en su camino.

El hombre de la entrada nos miró por un solo segundo antes de coger su teléfono para hacer una llamada, aunque no lo consiguió ya que Uno le dio un puñetazo que lo tumbó.

—Tienen cámaras de vigilancia, Lilith, si quieres sorprenderlos te sugiero que te muevas rápido —me aconsejó Uno.

Si alguien quería terminar rápido con esto era yo. Me sentía tan mal que solo quería tumbarme y esperar la muerte, pero saqué las fuerzas necesarias para entrar en el local y seguir las instrucciones de Uno que nos llevaron justamente frente al hombre que buscaba.

Fabio Conti era joven, solo llevaba un par de años al frente del negocio y eso gracias a la muerte de su padre en circunstancias extrañas, o sea, él mismo lo había matado. También era guapo, aunque este tipo de belleza tan cruel no me atraía para nada.

Un punto a su favor era el traje hecho a medida, aunque perdió muchos más al ver la mesa repleta de vasos y botellas vacías, la raya blanca frente a algunos de los hombres que lo acompañaban.

Me sonrió al verme, incluso se tomó la libertad de desnudarme con la mirada, pero se le fueron las ganas de follarme cuando saqué el arma y lo apunté. Enseguida se hizo silencio y me impresionó la rapidez del hombre que se encargaba de la música. Deberían darle un aumento por estar tan pendiente en el trabajo.

Escuché el ruido inconfundible de las armas al ser cargadas.

—Si querías atención, la tienes, nena —dijo Conti.

—Señorita Lazarov, para ti —espeté.

He de reconocer que no mostró ni miedo ni preocupación. O era tonto o quería morir.

—Me has robado un cargamento de equipo para mi hospital y lo quiero de vuelta en una hora —dije.

—¿Y si me niego?

Bajé el arma apuntando hacia sus rodillas y mientras intentaba decidir si disparar en la derecha o la izquierda escuché pasos a mi espalda. Pasos que se acercaron a pesar de tener a Uno detrás y eso quería decir que era uno de los nuestros.

Lo odiaba antes de saber quién había llegado al rescate, porque, maldita sea, no necesitaba ser rescatada. Si alguien lo necesitaba era Conti.

—Grayson, justo el hombre que necesitaba ver —dijo Conti sonriendo.

¿Grayson? ¿Cómo Adam Grayson?

Giré la cabeza y sí, era mi futuro exmarido. Su rostro sereno y tan guapo como siempre, con un traje que le sentaba mucho mejor que a Conti. Y sí, me estaba mirando fijamente.

—Conti —dijo él.

—Verás, Grayson, la señorita Lazarov está algo enfadada porque ha desaparecido un cargamento suyo. ¿Por qué no le aclaras las cosas? Por lo que veo no está al tanto de que ese es mi territorio y puedo coger lo que me apetezca.

Adam se paró a mi lado, metió las manos en los bolsillos y luego miró a Conti.

—Lo siento, Fabio, en este asunto tendrás que apañártelo solo —dijo Adam.

—¿Cómo? No, joder, tu trabajo es de mediar así que hazlo —explotó Conti.

—¿Has escuchado el dicho, mujer feliz, vida feliz? Pues me gustaría dormir sabiendo que mi esposa no me va a disparar en la cabeza por inmiscuirme en sus asuntos —explicó Adam.

Y ahora mi cabeza estaba a punto de explotar por el dolor y la audacia de Adam de contarle a este mafioso que estábamos casados.

—¿Tu qué? —preguntó Conti.

—¡Nada! —grité—. Quiero mi cargamento de vuelta en una hora o tendrás que pagar el precio.

Conti, siendo el hombre que era, creyendo que él no debía ceder ante una mujer, me miró desafiante. Suspirando miré al hombre que tenía más cerca.

—¿Tu madre no te enseñó a ofrecerle una silla a una mujer? —le pregunté.

El hombre saltó de la silla en un abrir y cerrar de ojos y yo me senté igual de rápido porque, joder, estaba a punto de desmayarme. No obstante, la cabezonería mía era uno de mis puntos fuertes, o, mejor dicho, débiles.

—¿Consideras que eres un hombre feliz, señor Conti? —pregunté.

—Sí, ¿no se nota? —respondió burlón.

Sacudí la cabeza.

—Sí, sí, se nota que para ser feliz necesita mujeres desnudas, alcohol y drogas. ¿Sabe lo que necesita la gente a la que le has robado para ser felices? Poco, menos que nada. Ese pueblo es un pueblo fantasma, sin médico, sin centros comerciales, los jóvenes se van y no vuelven porque no hay trabajo. Aun así, sus habitantes trabajan en sus granjas y son felices. Los ves sonriendo por la calle, saludando a sus vecinos, ayudándose unos a los otros. La señora Olive fue abuela por primera vez hace dos meses y los vecinos se turnaron para cuidar a los animales de la granja para que ella pudiera visitar a su hija. Puedo contarle la vida de cada una de esas personas y a pesar de todas las dificultades le puedo decir que son felices, que no necesitan drogas para olvidar. Ellos viven de verdad, señor Conti, y no piden nada, pero yo quiero hacer su vida más fácil y lo haré a pesar de su oposición.

—Entiendo —dijo él.

—No he terminado —lo interrumpí bruscamente—. Si necesita el cargamento, por favor, se lo puede quedar. Puedo conseguir más, pero ten en cuenta que el próximo tendrá la seguridad adecuada y sus órdenes serán claras: disparar. Y ahora me dirá que no le importa perder un par de hombres y yo le diré que si vuelve a tocar lo que es mío la que va a disparar seré yo y yo, señor Conti, yo nunca fallo.

Y como tenía que demostrar que podía hacerlo lo apunté con el arma y disparé. Gritó, sí, y me encantó escucharlo cuando la bala hizo volar pedazos del sofá en el que estaba sentado. Justo entre sus piernas.

Luego se desató el infierno.

—¡Hija de puta! —gritó Conti.

Su reacción me parecía excesiva porque, obviamente, el hombre estaba sano y salvo, pero entendía que la bala estuvo cerca de lo que más le importaba en el mundo. No obstante, Adam no fue tan comprensivo.

De repente estaba empujando a Conti de vuelta al sofá, se inclinaba sobre él y le apuntaba a la cabeza con un arma.

—Mi esposa, Fabio. Una cosa es dar un paso atrás y dejar que ella resuelva sus problemas, y otra es permitirte insultarla —gruñó.

—Hombre, me disparó —intentó justificarse Conti.

—No, esa bala fue un aviso, una muestra de lo que te podría pasar si pensabas volver a robarle, pero mi bala no va a fallar. Tienes una hora de ventaja antes de que vaya a buscarte.

Adam soltó a Conti y guardó el arma en la cintura de sus pantalones.

—Grayson, fue un error —intentó de nuevo Conti.

—No, yo cometí un error cuando fingí no ver que estabas organizando a todo el mundo para ir contra mí. Ahora pagarás y yo en tu lugar no pediría ayuda porque sabes muy bien que nadie lo hará, no después de recibir el mensaje que les enviaré en los próximos dos minutos. Buena suerte, la vas a necesitar —dijo Adam.

Y juro que en ese mismo momento a Conti se le fue el alma. Entendió que no había escapatoria así que me miró suplicante.

—Le pido disculpas, señora Grayson —dijo.

—Una hora —dijo Adam sin que yo tuviera la oportunidad de contestarle a Conti.

Alargó la mano hacia mí para ayudarme a levantarme y la cogí. Necesitaba la ayuda, incluso la necesité mientras caminaba hacia la salida del local y Adam lo sabía ya que me rodeó la cintura con el brazo.

Subimos los dos a mi coche y es cuando empecé a temblar de frío.

—¿Estás bien? —me preguntó.

—Sí, estoy bien —susurré.

—El agua en ese pueblo hizo que tu capacidad de mentir desapareciera, Lilith —dijo.

Sonaba divertido, pero como el mismo tiempo me cubría con su americana fingí que no lo había escuchado.

—¿Deberíamos parar en el hospital?

Solté un quejido porque todo lo que quería era dormir y él no paraba. ¡Jesús! Pero si tenía los ojos cerrados, ¿cómo podía pensar que tenía ganas de conversar?

—Estará bien, necesita descansar, un montón de vitaminas y algo de sopa. En una semana estará como nueva —escuché decir a Uno.

Medio abrí los ojos y, aunque me sentía como si fuera a morir, sonreí al ver la expresión de Adam. Oh, los celos que sentía estaban a punto de llevarlo a cometer un asesinato.

Pero no dijo nada y tampoco sacó su arma así que cerré los ojos. Me quedé dormida y me quejé cuando me cogieron en brazos, pero no me desperté del todo. Sentí una cama blandita debajo de mí, unas manos que me quitaban los zapatos y una manta que me cubría hasta el cuello y suspiré antes de volver a dormir.

Los próximos días es todo lo que hice. Dormir.

De vez en cuando alguien, seguramente mamá, me despertaba para obligarme a beber algo horrible. Solía darme infusiones con miel que eran lo único bueno de la maldita gripe, pero al parecer decidió que ya era mayorcita y debía tomarme esa cosa asquerosa que mi nariz asociaba con algo que llevaba enterrado mucho tiempo.

No tenía la fuerza suficiente ni para abrir los ojos, o sea, discutir no era posible así que me bebía lo que podía porque de otra manera no me dejaban en paz.

Soñé mucho, algo que no solía hacer antes. Soñé con el pueblo, con Adam, con mi familia. Soñé que estaba feliz.

Soñaba y dormía, excepto cuando tenía que ir al cuarto de baño.

Era de noche la primera vez que me desperté, más o menos porque todavía me dolía la cabeza e iba con los ojos medio cerrados. Pero este era mi apartamento y podía ir a cualquier habitación con los ojos cerrados.

Bueno, mi radar estaba equivocado y me di con la cabeza contra la pared tan fuerte que me caí.

—¡Lilith!

Estaba viendo estrellas de dolor y pensé que me había golpeado muy fuerte si estaba escuchando voces. Sí, voces, porque Adam no podía estar en mi apartamento.

—¿Estás bien?

Mi vista se aclaró lo suficiente para pensar que también tenía alucinaciones porque ahí estaba Adam, arrodillado en el suelo.

—Lilith, di algo —ordenó.

—Hay una pared donde antes estaba la puerta del cuarto de baño —dije.

—Hay paredes en todas las malditas partes —gruñó Adam ayudándome a ponerme de pie y me tuve que agarrar a él porque mi cabeza empezó a dar vueltas—. Ven, te ayudaré a llegar a la cama.

—Baño —murmuré.

—Estás tan débil como un gatito y probablemente tienes una conmoción cerebral así que te darás un baño otro día.

De mi garganta salió un sonido que pudo haber sido un suspiro, una exclamación de enfado o de impotencia, no sé qué fue exactamente, pero Adam cambió de rumbo. Me llevó hasta un cuarto de baño que no era mío, aunque parecía familiar.

—¿Cómo te ayudo? —preguntó.

Tenía un dolor de cabeza peor que nunca, estaba débil, con náuseas, pero aun así conseguí mirarlo como si hubiera perdido la cabeza. Luego, poniendo una mano en el lavabo para apoyarme usé la otra para empujarlo.

—Puedes irte —dije.

—Ya lo he visto todo —dijo en voz baja.

Cerré los ojos por un momento que se alargó hasta que sentí la mano de Adam en mi cuello y sus labios en mi mejilla.

—Estaré justo al otro lado, llámame si me necesitas.

Pues no. Abrí los ojos cuando lo escuché cerrar la puerta y mira tú, pude usar el inodoro solita. Incluso me lavé las manos, la cara y me cepillé los dientes. Me despejé suficiente para mirarme en el espejo y ver que parecía una bruja (el cabello) y un zombi (el rostro).

Regresé al dormitorio bajo la atenta mirada de Adam y con su ayuda. Mientras me metía en la cama me di cuenta (tarde) de que este no era mi dormitorio.

—¿Dónde estoy? —pregunté.

—En casa.

La respuesta de Adam no me aclaró mucho.

—Ya sé que es una casa, ¿de quién?

—Nuestra —respondió y cuando nuestras miradas se encontraron entendí que estaba

soñando.

Nosotros no teníamos una casa, no éramos pareja y Adam no me amaba, el amor no se reflejaba en su rostro que mostraba signos de no haber dormido en mucho tiempo.

—Lo que sea —murmuré y cerré los ojos.

Me quedé dormida.



La próxima vez que desperté no me dolía nada. Ni la cabeza, ni los músculos. Incluso las náuseas habían desaparecido. Me alegré, pero me di cuenta de que habían pasado siete días o casi y yo me había perdido los avances del hospital.

Nunca me implicaba tanto en un proyecto, pero ahora sí y ese pueblo y sus habitantes se habían ganado un lugar en mi corazón. Los quería ver triunfar, vivir la vida como debía y no como se podía.

No obstante, el hospital estaba terminado, pero había otros proyectos que podía llevar a cabo porque la gripe ya no aparecería en mi vida por lo menos durante un par de años.

Me levanté de la cama y noté que no estaba tan recuperada cómo pensaba. Seguía débil, pero apoyándome en los muebles y en las paredes conseguí llegar al cuarto de baño. Mientras me duchaba recordé a Adam y me di cuenta a lo que se había referido cuando dijo nuestra casa.

Su casa, la que yo había encargado reformar y donde debía haber vivido después de la boda.

¡Jesús! Parecía que habían pasado años desde la boda. El tiempo pasaba volando y era una pena que no se había llevado también mis sentimientos por Adam.

Después de la ducha en lugar de sentirme mejor me sentía peor, limpia, pero estaba pensando seriamente en quedarme sentada en el suelo. No obstante, tenía hambre y la comida iba a ayudarme a recuperar fuerzas así que me esforcé y conseguí ponerme de pie.

No había ningún albornoz en el cuarto de baño, nada de ropa mía en el vestidor y cogí una camisa blanca. Si Adam era un maniático cómo mi hermano Liam iba a tener un infarto al verme con su ropa, pero ser viuda no sonaba tan mal así que me aventuré fuera del dormitorio.

Y, diablos, su casa se veía mucho mejor de lo que pensaba cuando decidí los cambios que quería. No había perdido encanto, ni luz, simplemente había mejorado con los pocos elementos que delimitaban los varios espacios de la zona.

A mi espalda estaba el dormitorio principal con su cuarto de baño, recordaba que justo al lado había un pequeño despacho y un aseo. Delante estaba la zona de estar, el centro de la casa con su salón, comedor y cocina.

Toda mi vida he pasado el tiempo en el salón con mi familia, jugando con mis hermanos, en la cocina con mi madre o con mi padre. El dormitorio era para dormir y nada más, ni siquiera hacía mis deberes ahí. Solía escabullirme en la biblioteca cuando papá o mamá estaban trabajando ahí y me metía debajo del escritorio para hacer los deberes.

Tuve una vida extraordinaria y una parte de mí quería lo mismo para mis hijos. No me había dado cuenta de que eso era lo que quería. Hijos. Familia.

Vi a Adam en la cocina, apoyado contra la encimera, bebiendo de una taza de café colorida. Era azul con líneas doradas y flores moradas, una combinación extraña, pero que me hizo sonreír.

Me miró de arriba abajo y frunció el ceño más o menos cuando llegó a la altura de mis rodillas.

—He tropezado —expliqué sabiendo que era lo que le había llamado la atención, un moretón feo en el muslo—. Caminaba mientras escribía un correo electrónico y tropecé con una caja de azulejos. No hay huesos rotos, Riley lo ha comprobado.

—¿Cómo te sientes? —preguntó.

—Bien y estaré aún mejor después de desayunar —dije abriendo el frigorífico.

—Yo te prepararé algo, siéntate —ordenó.

—Soy capaz de prepararme el desayuno, ¿sabes?

—Te has quedado inconsciente en el coche, te he subido en brazos y ni siquiera te has movido y llevas más de treinta y seis horas durmiendo.

Cerré el frigorífico y fui a sentarme en un taburete en la isla. Un teléfono, probablemente el de Adam, estaba sobre la mesa y lo cogí para mirar la fecha.

Dos días, solo han pasado dos días.

—Esto no tiene sentido, nunca me recupero tan rápido de la gripe —murmuré.

Adam murmuró algo para sí mismo ya que lo miré y sacudió la cabeza.

—¿Qué has dicho? —pregunté mosqueada.

—Mi padre decía que la gripe y cualquier resfriado es una manera de nuestro cuerpo de deshacerse de las toxinas y solía prepararme una infusión de plantas en el momento en el que empezaba a sentirme mal. En medio día estaba como nuevo.

—Déjame adivinar, ¿esa cosa que olía a podrido era la infusión milagrosa? —pregunté.

—Esa misma y no me digas que no ha funcionado.

Bueno, no podía decir eso, de hecho, estaba agradecida porque eso significaba que no me iba a perder la finalización de las obras del hospital. Aunque no quería hacerlo, murmuré un agradecimiento en voz baja que Adam ignoró.

Continuó con lo que sea que estaba preparando y lo observé durante dos minutos antes de empezar a sentirme extraña.

—¿Sabes dónde está mi teléfono? —le pregunté.

—En el despacho cargándose. Usa el mío.

Un hombre que no tenía nada que esconder. Wow, eso era muy sorprendente y pensaba aprovecharme. Cogí el teléfono al mismo tiempo que Adam decía: —Seis, seis, seis, seis.

—¿Sabes que es la contraseña más usada en el mundo? Un ladrón tendrá acceso a todos los datos de tu teléfono en menos de un minuto, tu cuenta bancaria vaciada en dos y tus fotos privadas expuestas en redes sociales —dije desbloqueando el teléfono.

—Y por eso uso el teléfono para lo que se inventó, para hacer llamadas.

Ya lo estaba viendo.

No había nada en la pantalla, ninguna aplicación bancaria, ni de redes sociales, el de las fotos estaba vacío y ni siquiera había añadido un correo electrónico.

¿Quién diablos era este hombre?

—Esto es...

—Lo que todos deberían hacer. La gente no se da cuenta de que el teléfono es un arma muy peligrosa, cualquier página que abren, cualquier aplicación que instalan recibe acceso a información privada. Qué haces, dónde, cuánto tiempo pasas conectado o trabajando.

Oh, Adam era uno de esos.

—He visto eso, Lilith, pero sabes muy bien que tengo razón —dijo, por eso refiriéndose a mi expresión que no indicaba nada halagador sobre su salud mental.

—No lo tienes, las redes son seguras si se usan como se debe.

—Ok, respóndeme a una pregunta teniendo en cuenta que tú trabajas con víctimas de

tráfico de personas, ¿cuántas de ellas conocieron a sus agresores en redes sociales?

Bueno, tenía razón. Las víctimas, la mayoría, eran personas que pasaban por un mal rato y en cuanto alguien les acordaba la atención que necesitaban caían en la trampa. Pensaban que después de unas semanas hablando con una persona en un chat ya podían confiar, que esa persona era un amigo cuando era exactamente el contrario.

—Lo que sea —murmuré soltando el móvil.

Quería comprobar mis correos electrónicos, pero teniendo en cuenta la poca seguridad de su teléfono y la información importante que contenían mis correos decidí que era mejor esperar.

En ese momento Adam puso un plato sobre la isla. Miré los huevos, el beicon y las salchichas con cara de asco.

—Es lo que necesitas para recuperar tus fuerzas —dijo.

—Adam, yo soy una chica de avena y fruta por la mañana, ¿sabes?

—Ok.

Cogió el plato y echó la comida a la basura. Luego fue al frigorífico de dónde sacó un montón de fruta.

—¿Mejor? —preguntó colocando el nuevo desayuno frente a mí.

—Sí, gracias, pero no deberías tirar la comida —empecé.

—Ahora me contarás cuántas toneladas de comida se tira a la basura al año o cuantos niños se mueren del hambre, ¿no? Ahórratelo, no quiero saberlo.

Cogió su teléfono y se marchó. Escuché una puerta cerrarse y abrirse, pero no sabía si era de alguna habitación o la principal.

—Cincuenta y cinco millones de toneladas y dos millones seiscientos niños —murmuré para mí misma.

Me comí la avena y las frutas en silencio, luego enjuagué el cuenco y lo metí en el lavaplatos. Me puse un café y fui a sentarme en el salón, pero no llegué a sentarme porque llamaron a la puerta.

¿Abrir o no abrir?

No era mi apartamento donde cualquier persona que llamaba había sido antes verificada por mi equipo de seguridad. Uno debería estar cerca, pero no estaba segura.

¿Abrir o no abrir?

Entonces me di cuenta de que en mi plan inicial no incluía una puerta en esta planta, ahí debía estar el ascensor que llevaba abajo. ¿Qué diablos habían hecho los obreros aquí?

La curiosidad, más por ver más de la casa que por ver quién estaba llamando, me llevó hacia la puerta. Aunque no pude ver más porque el gran cuerpo de Uno lo tapaba todo.

Me entregó una pequeña maleta y dijo: —Estaré abajo si me necesita.

—Gracias, creo que iré a ver cómo avanza la obra del hospital.

Me miró como lo hacía mi hermano cuando pensaba que estaba diciendo tonterías.

Adam apareció de repente a mi lado y cogió la maleta.

—Gracias, John, yo me encargo —dijo, luego me rodeó la cintura con el brazo, me acercó a su cuerpo y cerró la puerta.

Su abrazo me apretó cuando quise alejarme y al mirarlo tuve miedo, pero solo por un momento.

—Deberías ir al médico y comprobar estos cambios de humor, Adam, no son normales. Excepto si eres adicto a las drogas —dije.

Luego me encontré contra la pared, el cuerpo de Adam presionándome. Estaba atrapada hasta que decidiera darle una patada en la entrepierna.

—Adicto, no. Lo que me saca de quicio es tener una esposa que decide anular la boda cuando mi hermana desaparece, que se muda a un pueblo perdido, que flirtea con los empleados. Si no te gustan mis cambios de humor, querida, ¿por qué no cambias tu comportamiento?

—Añade pérdida de memoria a tus síntomas, querido, porque has olvidado que amenazaste con matarme si mi padre no encontraba a Alana —espeté.

—¿Qué? —gruñó.

Maldita sea, su sorpresa parecía genuina.

—Lilith, lo siento, no quise decir eso.

—Pero lo has hecho y entendí cuál era mi lugar en tu vida. Solo era un peón que podías usar en contra de mi familia. Y esa fue tu venganza porque mi padre amenazó a Alana, ¿verdad? Pero ya no importa, esto, lo que sea que fuera esto, se acabó. Mi abogado dijo que ya tienes los papeles, fírmalos o no, lo podemos hacer sin tu consentimiento. Ahora, si me permites, me gustaría ir a trabajar.

No me lo permitió.

—Mi madre murió al darme a luz —dijo.

—Lo siento —murmuré.

Crecer sin madre debía ser horrible.

—Mi padre era barman en uno de los bares de la mafia y ella era la hija del capo. No tuvieron ninguna oportunidad, pero el amor los hizo creer que sí. Se escaparon de la ciudad y se fueron a vivir a Colorado, a un pueblo de cien habitantes. Se puso de parto antes de tiempo justo en medio de una nevada. Yo sobreviví, ella no. Estuvimos los dos, solos, los primeros siete años, hasta que un día mi padre recibió la visita de la hermana de mi madre. Era un niño en ese momento, había mucho que no entendía y preferí jugar a prestar atención a lo que ocurría. Luego averigüé que mi tía vino a pedirle ayuda a mi padre para escaparse ya que la estaban obligando a casarse con un hombre que ella no amaba. Hablaron, bebieron demasiado, mi tía se parecía a mi madre y una cosa llevó a otra. Nueve meses después ella volvió con un bebé en brazos y le dijo a mi padre que las querían matar. Consiguieron matar a mi tía, pero mi padre nos puso a salvo, a Alana y a mí.

Mantuve la boca cerrada mientras Adam continuaba contándome como su padre pasó años enteros buscando un lugar seguro para los tres. Siempre los encontraban porque al parecer, el marido de la tía no estaba satisfecho con haberla matado, necesitaba matar también a la niña y al hombre que se había atrevido a tocar a su mujer.

Se pasaron años yendo de una ciudad a otra hasta que los encontraron y el padre de Adam murió protegiendo a la niña. Adam tenía quince años en ese momento y juró proteger a su hermana. Se marcharon a España (no dijo cómo consiguieron hacerlo porque para dos menores debió de ser bastante difícil) y Adam metió a Alana en un convento donde estuvo hasta que mi padre le amenazó.

—Juré protegerla, Lilith, y fallé. No pensé, traté a tu padre como lo haría con cualquier otro porque estaba asustado —dijo.

—Gracias por contármelo, ahora te entiendo mejor, pero eso no cambia nada. Nuestra boda fue un error que arreglaremos lo más pronto posible para que tú puedas encontrar a una mujer que esté de acuerdo con tener el segundo lugar en tu vida y yo buscaré uno que me dé el primer lugar. ¿Quién sabe? Incluso podremos ser amigos ya que si lo de Alana y Nicholas es serio...

—¿Alana y Nicholas? —me interrumpió Adam.

—Me dijeron que los dos están desaparecidos y teniendo en cuenta que él no le quitaba

los ojos de encima en la boda, no sé, suponía que estaban juntos —dije.

Adam se alejó maldiciendo y cuando empezó a gritarle a alguien por teléfono me escabullí al dormitorio con mi maleta. La abrí y fruncí la nariz al ver el contenido. Vestidos, tacones y faldas. Necesitaba ropa cómoda y ligera y después de un rato encontré en el fondo un par de vaqueros, pero ninguna camiseta o blusa.

Me puse los vaqueros y un sujetador verde porque la persona que hizo mi maleta me puso ropa interior a juego con los vestidos, rojo, azul, negro y verde. Luego abroché la camisa de Adam y la remangué.

También me puse los zapatos de tacón, pero me los quité un minuto después cuando tropecé. Mi atuendo no era perfecto, pero servía para un rato. Además, tenía que parar en alguna tienda y comprar unos zapatos cómodos.

O podía enviar a Uno.

Estaba metiendo la ropa en la maleta cuando Adam entró en el dormitorio.

—Están juntos —dijo.

Supuse que se refería a su hermana y a mi primo.

—Y no te gusta —declaré lo obvio.

—¡Infiernos, no! Nicholas no es el hombre que quiero para mi hermana, joder, no lo quiero cerca de ninguna mujer. Las cosas que hizo...

—Me imagino que son las mismas que hiciste tú, ¿no, Adam? Y aun así estás casado conmigo —espeté.

De nuevo, sus palabras dándome razón. Para él yo no importaba, era solo una manera de conseguir lo que deseaba, algo desechable una vez conseguido el propósito.

Cerré la maleta y la puse en el suelo. Adam quiso decir algo, pero no le permití hablar.

—No sé qué es que es lo que pretendías al traerme aquí y agradezco que me hayas cuidado, pero estamos dando vueltas a lo tonto. Se acabó.

Cogí la maleta y me encaminé hacia la puerta, aunque no pude salir porque Adam estaba en el medio y no se movió.

—¿Y sí lo intentamos de nuevo? —preguntó.

—¿Intentar qué?

—Tú. Yo. De verdad, sin padres, sin hermanas, sin chantaje, sin amenazas. Piensa en la noche que nos conocimos.

—Oh, ¿te refieres cuando le rompiste la nariz a un tío que quería ligar conmigo? —pregunté sonriendo.

—Te estuve mirando antes, ¿sabes? Lo hice durante semanas.

Ok, esto estaba tomando un camino no tan bueno y no porque podía ver perfectamente a Adam en postura de acosador, porque sus palabras despertaron las traicioneras mariposas de mi estómago y mi corazón dio un vuelco.

Si Adam quería una relación conmigo, una de verdad, yo iba a aceptar en un abrir y cerrar de ojos. Sí, era así de tonta. No obstante, aún tenía dos neuronas funcionando a pleno rendimiento en la cabeza.

—No. Quiero creerte, quiero darte una oportunidad, pero no puedo confiar en ti, Adam. Nunca podré hacerlo.

No sé por qué pensaba que iba a insistir más. No lo hizo. Simplemente dio un paso hacia un lado y con el camino despejado no me quedaba otra opción que marcharme.

Lo quería, ¿sabes? Pero siempre iba a preguntarme si de verdad quería estar conmigo o si ese era el día en el que llevaría a cabo la última amenaza.

No, no podía confiar en Adam Grayson.

Me marché con el corazón encogido porque bajando eché un vistazo a la casa. La segunda planta que antes era un gimnasio había sido cambiada totalmente, era una zona de estar con sofás, sillones, bar y mesa de billar. Era perfecta para fiestas y noches de juegos y películas.

En la de abajo habían puesto un par de despachos, alguien había dejado todas las puertas abiertas y pude ver el interior sin desviarme mucho de mi camino hacia la puerta principal.

La casa de Adam era bonita, era como yo la había soñado. Era una pena que nunca iba a ser mía.

Uno me esperaba en la calle, apoyado contra el coche como si supiera que iba a bajar pronto. Cogió la maleta, pero primero me abrió la puerta y me ayudó a subir.

—¿A dónde? —preguntó.

—A casa.

Inicialmente quería ir al pueblo, pero la infusión de Adam había hecho su trabajo y me sentía mejor, pero no tanto como para pasar otros días en casa de Riley. La suya era cómoda y Riley era un amor, pero yo quería estar en mi casa, rodeada de mis cosas.

Pasé veinticuatro horas en casa. Sola.

No pensaba salir, un día no fue suficiente para descansar y olvidar que una hora después de llegar a casa había recibido una llamada de mi abogado informándome de que Adam había firmado los papeles.

No obstante, era sábado y no podía faltar a otro almuerzo familiar.

Liam llamó para preguntar si quería ir con él porque hoy le tocaba a la prima Avy organizar el almuerzo y ella vivía en Lake Spring. No lo dudé porque tenía curiosidad sobre lo que estaba pasando con Nicholas y Alana.

Mi hermano siempre estaba al tanto de lo que ocurría y no me defraudó.

—Están en Costa Rica y según la conversación de Alana con mamá, se están conociendo y Nicholas se está comportando como un verdadero caballero.

—¿Nicholas caballero? —pregunté sorprendida.

Liam asintió.

—Está perdidamente enamorado, hermanita. Si Alana le pide la luna es capaz de bajársela, ¿entiendes?

Oh, sí, lo entendía y la envidiaba.

—Además, no es tonto y sabe que tiene que hacer las cosas bien o nunca obtendrá la bendición de Adam —continuó Liam.

—¿Qué dices? Nunca la obtendrá, ha secuestrado a Alana y Adam nunca lo va a aceptar.

—Lo hará porque a tu marido lo que le importa es la felicidad de Alana y Nicholas está haciendo lo imposible para hacerla feliz. Créeme, volverán cuando Alana esté tan enamorada y feliz que Adam no tendrá otra opción.

Bueno, viéndolo así, Nicholas no parecía tan tonto.

—¿Y qué me cuentas de lo tuyo? —me preguntó.

—¿El hospital? Todo está saliendo como...

—Lilith, entiendo que es un proyecto importante que cambiara la vida de muchas personas, pero lo que me importa es la tuya. Lo tuyo con Adam. Es la primera vez que mamá se quedó en casa sabiendo que estabas enferma, no preparó sopa, no perdió la cabeza cuidándote. Estaba feliz, aunque, eso sí, le pidió a Adam noticias tuyas y el pobre le enviaba mensajes cada hora. No, no le ha bajado la fiebre. Sí, ha bebido un poco de agua. No, no hace falta subir la temperatura. Menos mal que te has recuperado pronto porque había apostado que el tío iba a

meterse una bala entre ceja y ceja.

—Yo no se lo pedí. Me quedé dormida en el coche y desperté en su casa. Y hablando de eso debo preguntarle a Uno por qué le permitió llevarme allí —dije pensativa.

—¿No lo sabes? Adam quería llevarte a su casa, Uno dijo que no y tu marido le amenazó. Al final Dos llamó a papá que dejó claro a tu equipo de seguridad que tu marido mandaba. Se comenta que antes de la llamada las cosas fueron muy intensas.

Lógico, papá aun pensaba que este matrimonio tenía una oportunidad.

—También deberías saber que le contaron a papá sobre tu pequeña visita al club de striptease. Ah, y Fabio Conti está muerto. Oficialmente, tuvo un accidente de coche —continuó mi hermano.

—¿Y cuál es la verdad?

—Pues que tu marido le dio una paliza de la que no se recuperó —dijo Liam.

Capítulo 16

Lilith

El almuerzo prometía ser lo de siempre, aunque faltaba el drama. Conversaciones, risas, pero nada de susurros y ninguna mirada extraña. Justo hoy cuando necesitaba distraerme no pasaba nada en la familia.

Tardé media hora en darme cuenta de que sí pasaba, pero yo no lo sabía porque el drama era mío. Luego apareció Adam y la familia lo recibió con los brazos abiertos. Mi madre le dio un abrazo y mi padre le ofreció una cerveza. Blake, el marido de mi prima Avy lo llevó a mostrarle su nuevo coche y después se pasó mucho tiempo conversando con la mayoría de los miembros de mi familia.

Conmigo no.

Chocamos cuando iba corriendo detrás de uno de mis sobrinos y sentí una corriente allá donde sus manos me sujetaron. Eso fue todo y no estaba para nada contenta.

—Lilith, Adam y Blake están en el mirador. ¿Por qué no vas a llamarlos? Ya nos vamos a sentar a comer —dijo mi madre.

¿Por qué no llamas por teléfono a alguno? Sería más rápido y me ahorraría el paseo. Obviamente, eso se quedó en mi cabeza.

—Así te da un poco el sol, necesitas la vitamina D —añadió la tía Isabella.

Estuve enferma un par de días, pero mi cerebro todavía funcionaba y esto olía a encerrona. Podría haberme negado. No lo hice.

Me jodía admitir que el paseo me hizo bien, había algo especial en el jardín de la prima Avy, en el verde vivo de las plantas, en el calor del sol. Llegué al mirador algo cansada, pero con muchas ganas de vivir.

Y ser feliz.

Adam estaba solo, con la mirada perdida en la montaña. Me acerqué y me apoyé contra la barandilla, dándole la espalda a la vista porque quería ver el rostro de Adam. ¿Por qué? Porque, al final, el sol había frito mis dos neuronas.

—¿Por qué has matado a Conti? —pregunté.

—Era algo que tenía pendiente desde hace mucho.

Su respuesta me hizo suspirar lo que hizo que él me mirara con el ceño fruncido.

—A ver, Adam, si intentas conquistar a una mujer y matas a un hombre por ella, lo lógico es contárselo. Es como regalarle flores, ¿sabes?

—La mayoría de las mujeres corren si les dices que has matado por ellas.

Puse los ojos en blanco mientras me deslizaba sobre la barandilla hasta quedarme justo frente a él.

—Ya, pero olvidas que yo no soy la mayoría —murmuré.

Pareció entenderlo, solo pareció porque luego dio un paso atrás como si necesitara distanciarse de mí.

—Dijiste que no, Lilith, ayer mismo en mi dormitorio, después de haber dormido en mi cama, descalza y vestida con mi camisa a través de la que podía ver tu sujetador. Dijiste que no y te firmé los papeles —gruñó.

Yo sonreía porque, claro que sí, me gustaba que recordara todo, incluso lo que llevaba puesto.

—Y ahora estás actuando como si quisieras. —Adam se calló y miró por encima de mi cabeza.

Necesitaba pensar así que me quedé callada, pero no quieta. Me senté en la barandilla a esperar, aunque mi paciencia acabó pronto y su silencio también.

—Si te caes te vas a romper el cuello —dijo e irritada con él por cambiar de tema me incliné hacia atrás.

En un instante tenía sus manos sobre mí y estaba a salvo en sus brazos.

—Bueno, gracias por salvar mi cuello, pero no te estás haciendo un favor. Te iría mejor ser viudo, se liga mejor —dije.

—No, gracias, no necesito ayuda para ligar —gruñó.

Me miró. Lo miré.

—No te gusto, ¿recuerdas? —dijo finalmente.

Me encogí de hombros.

—No confías en mí —continuó.

Otro encogimiento de hombros a lo que los brazos de Adam se tensaron a mi alrededor y me presionaron contra su cuerpo.

—Lo sé, pero me gustaría ser feliz antes de que me rompan el corazón, solo un poco de sol antes de la tormenta —declaré.

—Es al revés, nena —gruñó—. Primero la tormenta y luego el sol.

—¿A quién le importa? Además, te mataré.

Sus cejas se arquearon y no necesitaba que me recordara que era muy guapo o cómo me calentaba por dentro cuando me miraba de esa manera.

—¿Me vas a matar? —preguntó.

Asentí.

—Porque, verás, mi padre te chantajeó, pero esta vez soy yo la que está poniendo las reglas y solo hay una y es irrompible. Jódeme otra vez, Adam, y yo misma te mataré. Esto no es sobre lo que quiere mi padre o sobre lo que tú tienes que hacer por tu hermana. Esta soy yo dando una oportunidad de verdad a lo nuestro, sin amenazas...

—Acabas de decir que me vas a matar, nena, eso es una amenaza —me interrumpió.

—Cállate y escucha —espeté mosqueada—. Sin engaños, sin mentiras. La verdad y solo la verdad.

Sus ojos se oscurecieron y me estaba preparando para lo peor, pero en cambio, Adam dijo: —Quiero deslizar mi mano bajo tu vestido, romperte las bragas y follarte. Quiero escucharte gritar mi nombre.

Luego deslizó la mano sobre mi muslo cubierto por la delgada tela de mi vestido mientras inclinaba la cabeza y me susurraba al oído las demás cosas que quería hacerme.

Cuando levantó la cabeza mi cuerpo temblaba en lugares que él podía sentir y en otros que no.

—Mírame —ordenó en voz baja.

Mis ojos se deslizaron hacia los suyos.

—Sabía que eras un problema en el momento en que te vi. ¿Dejé de ir al club? No. ¿Dije que no cuando descubrí que eras la mujer a quien Nicholas quería darle una lección o cuando entendí que era una trampa? No. ¿Dije que no cuando tu padre me chantajeó para casarme contigo? Sí, pero nena, sólo porque tenía miedo de lo que pasaría si te convirtieras en mi mujer.

—¿Qué pasaría? —susurré.

—Nunca podría dejarte ir —declaró.

Lo miré fijamente, incapaz de hablar.

—Pero lo hiciste.

—Lo hice porque ahora lo sé mejor. Si te pierdo será un infierno, si quieres irte no podré dejarte ir. En este momento todavía tengo algo de control, pero no mucho. Tienes un momento para pensar en ello, piénsalo de verdad. No confías en mí, tengo que proteger a mi hermana a toda costa, piensa en todo lo que podría salir mal entre nosotros, cosas que te harán huir. Piensa y decide porque si dices que sí ahora, no habrá vuelta atrás —dijo y su cabeza se acercó más y lo observé, conteniendo la respiración y sintiendo sus ojos arder en los míos—. Piénsalo bien, Lilith.

Estaba pensando, pero no era fácil con su pulgar recorriendo mi pómulo o con sus dedos que luego se deslizaron en mi cabello.

¿Podía enfrentarme a todo lo que el destino y nosotros mismos pondríamos en el camino?

Estaba pensando y era inútil porque sabía lo que quería hacer desde el momento en el que Adam aceptó anular nuestro matrimonio. Averiguar lo que él sentía era justo lo que necesitaba para tomar la decisión definitiva.

Bien o mal, mi respuesta era: —Sí, quiero.

Sin perder el tiempo Adam bajó la cabeza y me besó. Húmedo, profundo y largo. Oh, como me gustaban sus besos.

—Sí, quiero —repitió.

Lo miré fijamente y mi vientre se sentía blando, mi corazón sentía como si hubiera crecido un par de tamaños y amenazaba con salirse de mi pecho y algo extraño estaba sucediendo en mi garganta.

Y entonces escuché a Liam aclararse la garganta. Miré por encima del hombro de Adam a mi hermano que estaba sonriendo.

—Mamá pensó que sería buena idea venir a ver qué te estaba tomando tanto tiempo —explicó Liam.

—Ahora lo sabes. Vete —espeté.

—Me debes diez mil dólares, hermanita. Aposté que estabas alimentado a los peces del río con pedacitos de Adam —dijo.

—Ahora que lo mencionas creo que tienes razón, esos peces llevan mucho tiempo sin probar carne humana —murmuré pensativa mirando a Adam—. ¿Me echas una mano con mi pesado hermano? Lo único que hace desde que nacimos es torturarme.

—Soy su aliado, hermanita, no va a pasar —gritó Liam que, por casualidad, estaba retrocediendo—. Se va a enfriar la comida, chicos.

Luego apresuré sus pasos y pronto iba corriendo hacia la casa.

—Este hermano mío es tonto —murmuré.

—Más divertido que tonto —dijo, tomando mi mano y tirando de mí hacia las escaleras. Mantuvo su mano firme en la mía mientras me guiaba por los escalones del mirador y hacia la casa y lo hizo mientras se reía entre dientes.

Luego entramos y todos estaban en el comedor. Por primera vez mi familia mantuvo las miradas al mínimo y las bocas cerradas. El almuerzo no tuvo nada extraordinario excepto la presencia de Adam a mi lado. En todo momento.

¡Todo!

Me ofreció comida de su plato cuando me pilló mirar de reojo, me explicó un chiste que

contó uno de mis primos, me susurró al oído cuando se dio cuenta de un cambio de miradas de mi prima Avy y su marido Blake que añadido al hecho de que ella no estaba tomando alcohol era la prueba definitiva de que ella estaba embarazada.

La vida de los Diaz-Kincaid-Kader era bonita. Nosotros éramos parte de la familia, pero el apellido Lazarov no era mencionado porque pertenecía a otra parte de la empresa familiar, una que era mejor mantener en secreto.

Después de la comida, como siempre, nos quedamos un poco más como si no hubiéramos tenido tiempo de ponernos al día, como si algo de gran importancia hubiera ocurrido en la última semana.

Me hacía gracia ver cómo de unida era mi familia y por lo visto a Adam no le parecía nada fuera de lo normal. Encajó a la perfección, como si fuera uno de los nuestros.

El sol se estaba poniendo cuando nos despedimos de todos y Adam me abrió la puerta de su coche. Subí fingiendo no ver la mirada que Adam le echó a Uno. Me pregunté a qué se debía esa hostilidad que sentía mi marido hacia mi guardaespaldas.

—¿Dónde quieres ir? —me preguntó.

—A casa.

Adam me miró y luego volvió a mirar la carretera.

—¿La tuya o la mía? —aclaró.

—Creo que a partir de ahora la tuya es nuestra, ¿no?

Sonriendo alargó la mano y la envolvió alrededor de mi muslo antes de decir con voz suave: —Nuestra casa suena bien.

Teniendo en cuenta que teníamos un camino bastante largo hasta casa decidí satisfacer mi curiosidad y preguntar: —¿Cuál es exactamente tu trabajo?

Su mano en mi muslo me apretó cuando dijo: —¿Cómo es que no lo sabes?

Me encogí de hombros.

—No pregunté porque quería conocerte yo no leer sobre tu vida en un documento —confesé.

—Ok, nena. Soy mediador.

Me volví para mirarlo con ojos grandes y él miró por un segundo.

—Sabes qué es eso, ¿no? —preguntó y sí, en teoría lo sabía—. En Nueva York está la mafia italiana, la rusa y por lo menos otros seis más organizaciones criminales. Cada vez que intentaban llegar a un acuerdo para vivir en paz se terminaba con un baño de sangre y hace unos años acabé por casualidad en medio de una situación complicada. Negociando pude salvar mi vida y la de los demás y es cómo empezó todo. Pasé de tener una empresa de seguridad a mediar entre mafiosos.

No sabía qué pensar sobre su trabajo, si era bueno o malo. Bueno sí era porque sabía que últimamente las cosas han estado muy tranquilas en Nueva York, aunque no del todo. El tráfico de drogas, la prostitución, los robos a mano armada, las luchas ilegales, todo eso seguía como siempre.

—Estás callada —dijo en voz baja.

—Me estaba preguntando cómo sería el mundo sin delincuentes, sin mafia —murmuré.

—Imposible, nena, el ser humano no puede vivir sin violencia. ¿Qué pasó con Adam y Eva? La felicidad eterna es algo que los humanos no soportan.

La conversación no continuó y antes de darme cuenta me quedé dormida. Adam me despertó al llegar a casa y esta vez no me llevó en brazos.

—Necesitas un garaje —le dije cruzando la calle.

—Hay un abajo, pero entrar y salir es una pesadilla —explicó él.

—Lo que no es una pesadilla es la casa. Ha quedado genial —murmuré.

—Todavía no te he dado las gracias por ello. —Adam sonrió y estaba feliz como nunca lo había visto hasta ahora, tal vez el día de nuestra boda cuando me vio en el vestido de novia.

Subimos a la última planta y aproveché la llamada que recibió Adam para escabullirme al cuarto de baño para una ducha rápida. Fue rápida, pero la llamada de Adam no. Me metí en la cama, me apoyé contra la cabecera y cogí mi teléfono para averiguar qué estaba pasando con mi hospital.

Riley contestó cuando estaba a punto de colgar.

Hablamos por un rato. Sí, todo estaba bien. No, no había sucedido nada fuera de lo normal. Aunque notaba algo en su voz que no me gustaba y estaba preparada para preguntar que pasaba cuando Adam entró en el dormitorio.

—¿Tú estás bien, Riley? —pregunté.

Adam se acercó a la cama mientras Riley me aseguraba de que estaba mejor que nunca.

—¿Y tú cómo estás? Liam dijo que estarás fuera un par de semanas —dijo Riley mientras Adam llegaba a la cama y entonces, ¡zas!, bajó la ropa de cama.

—Estoy bien —respondí mientras veía a Adam doblarse y luego curvar sus dedos alrededor de mis tobillos. Me tiró hacia abajo de la cama hasta que mi cabeza estuvo en la almohada y luego abrió mis piernas.

Antes de que pudiera mover un músculo, él apoyó una rodilla en la cama y luego movió su gran cuerpo entre mis piernas.

Riley dijo algo que no llegué a entender.

—Yo —murmuré y me detuve cuando las manos de Adam fueron a mis caderas, levantando mi (su) camiseta. Luego su cabeza se inclinó y besó la piel justo encima de mis bragas.

Riley seguía hablando, pero yo ya no la escuchaba porque las manos de Adam seguían levantando la camiseta y su cuerpo iba con él, lloviendo besos sobre la piel de mi vientre y mi abdomen mientras lo hacía.

—Mañana hablamos, Riley. Adiós —la interrumpí con voz entrecortada.

Colgué.

Mi camiseta estaba debajo de mis senos, las manos de Adam habían abarcado la parte inferior y mis pezones se habían endurecido y hormigueaban.

Dos segundos después me estaba besando entre mis pechos. Luego sus manos se deslizaron hacia arriba y ambos pulgares pasaron sobre mis pezones duros y hormigueantes.

El teléfono cayó de mi mano mientras gemía el nombre de Adam.

Entonces él me subió la camiseta hasta arriba, forzando mis brazos a hacer lo mismo y luego me liberé. La arrojó a un lado, su mano deslizándose por mi brazo. Agarró mi teléfono de la cama y lo arrojó a la mesita de noche antes de deslizarse sus dedos en mi mejilla, su pulgar curvándose alrededor de mi mandíbula.

Entonces me besó.

Estaba esperando el beso, así que lo permití y se lo devolví. Ya sabía que besaba tan bien que me derretía solo con sus besos. No necesitaba más, aunque él sí me dio más.

Sus manos bajaron hasta mis caderas, sobre mi trasero, bajaron por la parte posterior de mis muslos tirando y deslizándose hacia arriba al mismo tiempo hasta que estuvieron detrás de mis rodillas y luego tiró de ellas hacia arriba.

Me aferré, con un brazo alrededor de su espalda y una mano sobre su hombro.

Su boca se separó de la mía y sus labios se deslizaron hasta mi oreja mientras levantaba la cabeza y besaba la suave piel de mi hombro.

—Me pasaría la vida entera besándote —murmuró en mi oído.

Fue algo increíblemente maravilloso de escuchar.

—Me pasaría toda la vida tocándote —dijo, mi cuerpo se contrajo porque sentí su mano deslizarse por mi vientre. Luego entró.

¡Oh, Dios!

Mi espalda se arqueó y un gemido se deslizó de mi garganta. Sus dedos se deslizaron fácilmente a través de la humedad entre mis piernas.

—Justo así —gruñó Adam.

Entonces sus dedos se movieron. Se movieron de manera exigente y deliciosa y Adam demostró que podía tocarme, que podía hacer que me corriera muy rápido y también muy, muy fuerte.

Estaba en medio de un orgasmo muy dulce cuando su mano desapareció, su cuerpo desapareció. Sus manos aparecieron para bajar mis bragas por mis piernas y desaparecieron. Luego puso su boca allí.

¡Oh, Dios!

—Adam —jadeé, mis dedos deslizándose sobre su cabello.

Entonces añadió dedos a su boca y lengua. Mis caderas se elevaron. Gemí y muy pronto estaba de nuevo a punto de perderme.

Y Adam, pues él era tan bueno que estaba disfrutando de mi segundo orgasmo y él no se detuvo. Continuó el asalto con su boca, lengua y dedos lo que significó que enseguida experimenté el tercer orgasmo.

Mientras intentaba recuperarme Adam desapareció. Sus dedos, su lengua, incluso su cuerpo desapareció. Aunque luego regresó, levantando mis rodillas y de repente estaba dentro de mí.

¡Oh, Dios!

Adam era fuerte y me tomó. Profundo. Rápido. Duro. Entonces me di cuenta de que me gustaba profundo, rápido y duro.

Su rostro estaba enterrado en mi cuello y lo envolví con fuerza con mis brazos y piernas.

—Adam —suspiré.

Su mano se interpuso entre nosotros, su dedo encontró mi clítoris y mi cuerpo se sacudió.

—No más —gemí cuando lo que su dedo y su polla le estaban haciendo a mi cuerpo se balanceó directamente a través de mí cuerpo.

—¿Vas a renunciar a nosotros otra vez? —me preguntó al oído, introduciendo su polla, presionando y haciendo girar su dedo.

¡Infiernos, no! No iba a renunciar nunca más, no si seguía tomándome de esta manera.

—No —jadeé.

—Tienes que prometer, Lilith —exigió.

Si pudiera pensar me daría cuenta de que no era el mejor momento o la mejor manera de pedirme una promesa.

—Lo prometo —gemí.

Adam levantó la cabeza y me miró y cuando lo hizo, me quedé mirándolo. Nunca lo había visto mirarme de esa manera. Nunca había visto ese brillo en sus ojos.

¿Era lo que yo deseaba?

Adam era guapo, lo vi y pensé en él, en nosotros justo como ahora. Adam llenándose,

golpeando dentro de mí, tocándome, su peso pesaba sobre mí, su rostro oscuro por el hambre, sus ojos calientes e intensos.

¡Dios! Sí, Adam era todo lo que alguna vez había soñado y mirándolo mi corazón explotó de felicidad porque ahí en sus ojos estaba floreciendo el amor. Estaba segura de ello.

Mientras la felicidad me inundaba lo que Adam me estaba haciendo me llevaba hacia el siguiente orgasmo.

—Uno más —gruñó.

Oh, bueno. No podía negarme, ¿verdad?

—Uno más —repetí.

Siguió golpeando, presionando y rodando, implacable, sorprendente. Gemí porque podía sentirlo, estaba a punto de correrme. De nuevo.

Su boca tocó la mía, susurrando: —Joder, Lilith, hermosa. Siempre tan jodidamente hermosa.

Era la primera vez que me lo decía y yo solo pude respirar contra sus labios. Elevé mis caderas, arqueé mi espalda y me corrí por cuarta vez. Fue igual de brillante e impresionante que las otras veces.

Adam me besó, absorbiendo mis gemidos.

Me aferré mientras el orgasmo me recorría, luego bajé y él siguió entrando en mí, sus labios se deslizaron hasta mi oreja donde lo escuché gruñir mientras iba más rápido, más fuerte.

Sus manos abarcaron mis caderas y se levantó y empujó profundamente mientras sus gruñidos se convertían en gemidos y finalmente se plantó dentro de mí y se detuvo.

Me encantó sostenerlo, sentir su peso sobre mí, sentir su respiración. Sabía que no íbamos a durar mucho. ¿Qué? El próximo problema no iba a tardar en aparecer, problema que le hará amenazar a todos y a mí me llevará lejos de él. Tal vez, pronto lo que sentía por él iba a convertirse en odio.

Ahora era de noche. Ahora el teléfono no sonaba. Ahora ninguno de nosotros tenía nada que hacer.

Entonces, ¿qué pasaba? ¿Nos quedábamos dormidos así? ¿Empezaba una conversación sobre el tiempo? ¿Le confesaba que sentía por él y que si esta vez también se jodía iba a ser la última?

Poco a poco mis extremidades se aflojaron y Adam se retiró.

Luego abrí los ojos mientras su calor permanecía pegado a mi costado.

Su torso estaba parcialmente levantado, su cabeza inclinada, sus ojos observaban su mano deslizarse desde mi cadera hasta mi cintura, sobre mi vientre, entre mis senos y luego hasta mi cuello donde se alejó.

Luego sentí su dedo deslizarse por la línea del cabello, apartando mi cabello de mi cuello, su mano se movió hacia mi mandíbula, torció suavemente mi cuello y luego su mano se alejó, pero se inclinó y sentí su lengua tocar la piel detrás de mi oreja mientras su mano se deslizó hacia abajo por mi cuerpo. Finalmente, su brazo se posó sobre mi vientre y se curvó alrededor de mi cadera.

Nunca me habían tocado de esta manera. Tan suave. Tan perfecto.

¿Sentía lo mismo por mí? ¿Era posible? ¿Y desde cuando era una cobarde y me quedaba con las dudas en lugar de preguntar?

—Tan hermosa —murmuró en mi oído.

Ok, ahora entendía muchas cosas. Entendía por qué algunas mujeres iban hasta el fin del mundo por un hombre, por qué abandonaban familia, amigos y trabajo por marcharse con un tío.

Yo haría lo mismo por la oportunidad de pasar el resto de mi vida con Adam abrazándome, susurrando cosas bonitas en mi oído.

Sonriendo como si pudiera leer mis pensamientos.

Sonrió, luego se inclinó y tocó con su boca la base de mi garganta. Su cabeza se alejó, pero fijó sus ojos en los míos.

Eran acalorados e intensos.

Luego su brazo volvió a bajar sobre mi cadera y me giró de lado frente a él, sus piernas se enredaron con las mías, su brazo me acercó.

Por mi parte, apoyé mis manos en su pecho porque me gustaba tocarlo y porque estaba perdida. Enamorada, pero perdida que era más o menos lo mismo, ¿verdad?

Y estaba asustada como nunca en mi vida. Hasta ahora fui capaz de alejarme de él a pesar de todo, pero mis sentimientos eran más fuertes ahora.

—Duerme —susurró Adam—. Mañana tendrás tiempo para buscar mil maneras de joder lo nuestro.

Levanté la cabeza y lo miré boquiabierto.

—¿Yo? ¿Yo voy a joder lo nuestro? —espeté furiosa.

Tardé un poco en notar su sonrisa.

—Idiota —murmuré, volviendo a acomodarme.

Su risa fue lo último que escuché antes de quedarme dormida.

Abrazada.

A salvo.

¿Amada?

Capítulo 17

Lilith

Nunca me ha gustado dormir acompañada. Cuando mis primas me invitaban a fiestas en pijama yo era la única que se iba a dormir en una cama, en una habitación sola. Me gustaba tener mi espacio, mi lugar en el medio donde estaba calentita, en la derecha donde hacía fresco y en la izquierda donde doblaba mis piernas, metía la mano bajo la cabeza y pensaba en mis cosas cuando no podía dormir.

Mi espacio.

Me desperté y todo estaba como a mí me gustaba. La cama solo para mí. Y por primera vez en mi vida no se sentía bien. Echaba de menos el cuerpo de Adam, sus brazos que me habían rodeado toda la noche, sus dedos que jugaban con mi cabello. Sí, me desperté una vez y sentí sus dedos enrollando un mechón de mi cabello.

No se escuchaba nada y tampoco había pasado mucho tiempo aquí para saber si el aislamiento fónico era tan bueno o si estaba sola. Suponía que la segunda opción era verdadera y fui al cuarto de baño.

Aún no había un albornoz y tuve que ir hasta el vestidor envuelta en una toalla. Cogí otra camisa de Adam, aunque esta vez cogí una a juego con mis ojos. El vestidor estaba medio vacío y pensaba ir de comprar porque no me gustaba no tener ropa, aunque con lo suave que era la camisa de Adam no podía prometer que no volvería a ponerme su ropa.

Iba haciendo una lista con todas las cosas que necesitaba mientras caminaba hacia la cocina. La gripe había desaparecido, pero había dejado de recuerdo un cansancio molesto. Necesitaba un buen desayuno, pero primero un café.

Me lo preparé y luego eché un vistazo al frigorífico. Nada. Una botella de agua y un limón. Había cerrado la puerta del frigorífico y estaba bebiendo mi café, tranquila y pensando en pedir algo para desayunar cuando se escucharon pasos.

Y no eran de Adam, no si de repente hubiera encontrado un gusto para los tacones. Pensé en Alana porque si alguien pudiera venir un domingo por la mañana a su casa era su hermana.

Pensé mal.

Una mujer entró como si estuviera en su casa, iba cargada de bolsas que colocó sobre la encimera antes de darse la vuelta. Me miró de arriba abajo con una expresión de disgusto en su cara y por un momento sus ojos adquieren un brillo psicótico.

Juro que miró hacia el otro lado de la encimera donde estaba el soporte de los cuchillos.

Wow, asesinada por la amante celosa de mi marido no era como pensaba que iba a perder mi vida.

—Puedes marcharte —me dijo.

Oh, la mujer era joven y guapa y me gustó la manera en la que alzó la barbilla y me ordenó marcharme.

—No, creo que no —murmuré sonriendo y cambiando la taza de café de mi mano derecha a la izquierda. Luego tomé un sorbo largo, el suficiente como para que ella tuviera la oportunidad de ver mis anillos.

—Wow, eso sí que es un anillo de compromiso —exclamó ella—. Te has casado con un

viejo para arreglarte la vida, viajar y vivir una vida de lujos, ¿no? Pero luego te das cuenta de que eres demasiado joven y que tu marido es demasiado viejo para darte lo que de verdad necesitas. Y no podrías haber elegido mejor, Adam es guapo y sabe cómo satisfacer a una mujer, pero créeme, tienes que marcharte.

—¿Tú crees? —pregunté.

—Sí, es un hombre de follar y no de prepararte el desayuno a la mañana siguiente. De hecho, hay una rubia en Los Ángeles que tiene un trauma después de que él le echara un cubo de agua porque no quería salir de su cama.

Ok, quería conocer mejor a Adam, averiguar cosas de su vida, pero no este tipo de cosas y definitivamente no quería conocer a su antigua novia, amante o lo que sea que fuera esta mujer.

—¿Te pido un taxi, guapa? —ofreció ella.

No tuve tiempo para responder porque Adam apareció de la nada, bueno, por la puerta, pero yo estaba pensando en qué hacer y no presté atención.

—Thea, ¿qué diablos? —gruñó enfadado.

—Tu asistente está indispuesta esta mañana y me ofrecí a hacerte la compra —explicó ella.

—Thea, infiernos, hemos hablado de tu manía de ligarte a mis empleadas.

—Lia es muy guapa, no pude resistirme igual que tú con ella, ¿no habías jurado no follar a mujeres casadas o comprometidas? —dijo Thea.

Estaba perdida. Había pensado que Thea estaba aquí por Adam y estaba más que preparada para mandarlo al diablo.

De nuevo.

—Cállate, Thea —gruñó Adam.

Adam caminó hacia mí, uno de sus brazos se deslizó alrededor de mí, me acercó a su cuerpo y me dijo en la parte superior de mi cabello: —Buenos días, hermosa. ¿Has dormido bien?

Asentí mientras veía a Thea poner los ojos en blanco.

—Troya cayó por culpa de una mujer y en serio, Adam, tenía más fe en ti —murmuró ella.

—Si me haces el favor de callarte un momento me gustaría presentarte a mi esposa Lilith —le dijo a Thea.

Después de un momento de asombro total ella me sonrió: —Pensaba que eras su último ligue.

—Y yo que eras su amante —dije.

La mano de Adam me apretó contra su cuerpo y suspiré.

—Sí, estaba a punto de mandarte al diablo otra vez —confesé.

—¿Otra vez? —preguntó Thea—. Por favor, necesito saber, pero espera un momento que primero necesito un café. No tuve tiempo de desayunar antes de ir a hacer la compra —dijo ella mientras empezaba a prepararse el dicho café.

Miré a Adam: —Has olvidado decirme quién es ella.

—Thea, ex militar, mejor empleada del año, mejor amiga y ocasionalmente asistente personal —dijo ella.

Adam besó mi frente mientras susurraba: —Constantemente, un dolor en el trasero.

—Cuidado, jefe, sé todos tus secretos —replicó Thea.

—¿Por qué no compartas alguno de ellos mientras preparamos el desayuno? —sugerí.

El gruñido de Adam me dijo lo que él pensaba de mi idea y sí, intentamos echarlo de la

cocina, pero no lo conseguimos. Entre los tres colocamos la compra que la asistente de Adam debería haber hecho a primera hora de la mañana.

Luego yo preparé tostadas, Adam se encargó del beicon y de los huevos y Thea del zumo de naranja. Para cuando nos sentamos a la mesa no había averiguado ningún secreto y después tampoco.

Aunque Thea me prometió que será pronto.

—No vas a salir con ella —declaró Adam en el instante en el que cerró la puerta detrás de Thea.

—¿Por qué no? Me gusta.

—Es una amenaza, joder, si cada vez que salimos se lía a puñetazos con alguien, hombre o mujer, le da igual —dijo Adam.

Durante diez minutos me contó sobre todos los líos en los que se metía Thea, en los problemas que creaba, sobre todos sus defectos. Durante esos diez minutos lo escuché hablar sabiendo que iba a ignorar todos y cada uno de sus argumentos.

Y Adam también lo sabía porque al final dijo: —Thea va a ser tu nueva mejor amiga.

—Sí, y si tienes algún secreto oscuro que prefieres contarme tú...

—Hay uno —dijo Adam inclinando la cabeza para susurrarme al oído.

Y el dichoso secreto nos llevó a pasar el día en la cama. Me hizo cosas que me dejaron exhausta y feliz.

También hablamos, bueno, él habló y yo escuché. Había empezado con una empresa de seguridad con Wess (que aún no conocía) y Thea siendo sus únicos empleados. Eran buenos y pronto tenían más clientes de los que podían atender. Ahora tenía más empleados porque su trabajo de mediador no era exactamente legal y tampoco llenaba la cuenta bancaria, pero sí que le traía otros beneficios.

Tenía dos coches, un todoterreno y un Porsche y una motocicleta. No tenía tiempo libre para pasatiempos y odiaba cocinar.

Había tenido líos de una noche con muchas mujeres (aunque no dijo el número exacto y tampoco pregunté) y nunca se había enamorado, aunque recordaba con una sonrisa en los labios a su maestra de infantil.

Más tarde, después de horas de sexo acalorado, de compartir secretos y de una cena que Adam había pedido y que Uno fue a recoger, estábamos en la cama listos para ir a dormir.

—Estoy preocupado por Alana. Sé que Nicholas la protegerá, pero no tendrá cuidado con su corazón —dijo Adam.

—¿Y por qué no hablas con ella? O podrías ir a verla a Costa Rica —sugerí.

—No están en Costa Rica, ya no. Incluso dudo de que estuvieran ahí, no podemos localizarlos y eso es extraño. Hasta tu padre lo dijo, parece que hayan desaparecido de la faz de la tierra y si no fuera por las llamadas de Alana estaríamos buscando sus cadáveres.

La preocupación por Alana se quedó conmigo durante un largo rato. Me impidió dormir y cuando estuve segura de que Adam estaba dormido me levanté. Cogí el teléfono y a puntillas salí del dormitorio.

Luego bajé a la segunda planta y llamé a Ivy que me regañó por despertarla a esta hora, aunque después me puso al tanto de lo que estaba pasando con Alana y Nicholas.

No estaban.

Era justo como había dicho Adam, no podían localizarlos ni siquiera con todos nuestros recursos. Teníamos acceso a cada cámara de vigilancia del mundo, a satélites, a cada teléfono. Y aun así no había ni rastro de ellos.

—Parece que han encontrado un agujero en la tierra y se han escondido —dijo Ivy.

Y entonces lo supe, pero no podía hacer nada, excepto esperar a la mañana siguiente.

La noche pasó despacio y cuando Adam se levantó a las cinco fingí que estaba dormida. Lo escuché bajar al gimnasio y entonces fui a ducharme. Cuando volvió yo ya tenía el desayuno preparado.

He de reconocer que Adam me miraba como si sospechara algo, incluso me preguntó si pasaba algo. Me encogí de hombros.

—Hay algo que me preocupa, eso es todo —dije.

—Dime si puedo ayudarte con algo.

Sus palabras junto al beso suave que me dio me hicieron sentir como una traidora. No obstante, no podía hablarle de mis dudas porque él pediría acompañarme y eso era algo por lo que todavía no estaba preparada.

Joder, no sabía si algún día estaría preparada.

Desayunamos y no sé cómo conseguí tragar algo porque tenía un nudo en la garganta que me estaba ahogando. Pero nos despedimos, Adam fue a una reunión y suponía que yo iba a la oficina porque me había pedido esperar un día más antes de ir al pueblo porque según él todavía no estaba recuperada de la gripe.

Me besó antes de que se marchara. Húmedo, largo y duro. Me sabía a un último beso o era la culpa por no decirle la verdad que me estaba molestando.

Uno echó un vistazo a mis zapatillas de deporte y sacudió la cabeza mientras maldecía en voz baja. Sabía que iba a escaparme, pero hizo como si no lo supiera. Cogió el mismo camino hacia la oficina y detuvo el coche a dos pasos de la estación de metro.

Incluso se giró en el asiento, me miró y me dijo: —Ten cuidado.

Le sonreí de vuelta antes de salir volando del coche. No obstante, no eché a correr porque sabía que Uno no iba a perseguirme como siempre. Ya había aceptado que no iba a atraparme, que no iba a averiguar dónde desaparecía durante días.

Lo que él no sabía era que solo tenía que comprobar algo. Iba a volver a casa a tiempo para cenar con Adam y hasta planeaba pasar por la oficina y resolver un par de asuntos.

Iba silbando en el camino hacia mi bunker algo que solía hacer siempre, era una manía mía. Llegué y desde el momento en el que abrí la puerta mis dudas fueron confirmadas.

La luz estaba encendida, había una botella de vino y una copa sobre la mesa, mi manta medio tirada en el suelo, libros por todas partes. No estaba sucio, simplemente desordenado.

Lo odiaba.

Este era mi oasis. Mío.

Di un portazo tan fuerte que podía haber despertado a los muertos o incluso avisar a mi familia de la existencia del bunker, pero lo que no hizo fue llevar hacia mí a los ocupantes de mi bunker.

—¡Nicholas! —grité y luego conté hasta treinta y tres, bueno, conté hasta diez y ni Nicholas apareció ni mis ganas de cometer un asesinato no desaparecieron así que seguí contando.

—¿Lilith? —dijo Alana saliendo de mi dormitorio, atando el cinturón de mi albornoz blanco.

—Alana, hola, ¿y Nicholas? —pregunté.

No terminé bien de hablar y mi primo apareció detrás de Alana. Iba medio desnudo, con el cabello despeinado y una barba de días. Le eché otro vistazo a Alana y ella se veía bien, arreglada y con ojos soñolientos.

Lo que no se veían eran bronceados lo que me llevó a pensar que nunca estuvieron en Costa Rica.

—Lilith, puedo explicar —empezó Nicholas.

—Vamos a ver, has desaparecido con la hermana pequeña de tu amigo hecho que se podría entender y perdonar porque el amor es así. Has mentido a tu familia y a la de ella. Has invadido mi propiedad, hecho que nunca podré perdonar. Pero, maldita sea, Nicholas, no encierras a una mujer en un bunker, especialmente una mujer que ha estado viviendo en un convento —espeté.

—Lilith —gruñó Nicholas.

—No, escúchame bien, no. La llevas a conocer el mundo, a pasear, a comprar, a lo que sea, pero no a un maldito bunker. Joder, primo, ¿a ti quién te enseñó a tratar a una mujer?

Nicholas no contestó. Se dio la vuelta furioso, aunque no sabía si estaba enfadado conmigo o consigo mismo. Y Alana, bueno, ella nos miraba en silencio con una expresión de asombro en su rostro.

—Me llevó a París —dijo en voz baja Alana.

—Cariño, no —gruñó Nicholas, pero ella sacudió la cabeza y luego me miró.

—Sor Angelina fue como una madre para mí, me arropaba por la noche e incluso me contaba cuentos en voz baja. Me preparaba tartas en mi cumpleaños y me permitía saltar, gritar y reír. Solía contarme sobre su viaje a París, sobre una terraza donde tomó el mejor pastel de chocolate del mundo y le prometí que algún día iría. Nicholas me llevó a París porque se lo pedí y luego acepté quedarme encerrada aquí cuando unos hombres intentaron matarme. Fue mi decisión —declaró Alana.

Bueno, me había equivocado un poco y suspirando me senté en el sofá. Alana hizo lo mismo, excepto lo de suspirar.

—Adam está preocupado por ti y los míos te están buscando como locos —expliqué.

—Estoy bien, ¿ves? Puedes ir y decirles que estoy bien.

Obviamente, eso iría muy bien. Podría convencer a Ivy que Alana estaba a salvo y reasignar a sus hombres otras tareas más importantes que buscar a una persona que nunca van a encontrar, pero Adam, no, no iría nada bien con él.

En primer lugar, porque tenía que mentir o por lo menos, omitir algunos detalles y eso era justo lo que no necesitábamos ahora. Tampoco necesitaba a Alana con nosotros 24/7 porque estaba segura de que Adam la querrá en su casa, pero eso era otro problema.

—Alana, necesitas volver con tu hermano —dije.

Nicholas me sorprendió al decir: —Lilith tiene razón.

Alana bajó la cabeza y estaba mirando como se retorció las manos. De repente, me sentí como el villano del cuento que iba a llevarse lejos a la princesa y no había ningún príncipe que viniera a rescatarla.

Ella asintió, se puso de pie y luego caminó hasta el dormitorio. Cuando cerró la puerta, Nicholas maldijo, pero luego estuvo en silencio y sin mirarme hasta que ella regresó.

—Estoy lista —dijo Alana.

Nicholas giró la cabeza, la miró y dijo: —Adiós.

Luego volvió a mirar los libros de mi estantería mientras la pobre Alana lo estaba mirando a él con lágrimas en los ojos.

Quería gritarle, darle un par de patadas o más por lo que le estaba haciendo. ¿No podía ver que ella estaba esperando una palabra suya? Era todo lo que necesitaba Alana para quedarse con él y el muy tonto la ignoraba.

Tal vez, no, seguramente no la amaba. Alana fue solo un pasatiempo para él.

Maldito idiota.

Ni él ni Alana dijeron otra palabra más así que cogí su mano y la guie hacia la puerta, luego a través del largo túnel. Era como una muñeca que se dejaba manejar y odié verla así. Este primo mío iba a morir, si no lo mataba Adam lo haré yo misma.

Había tantas mujeres en el mundo, pero no, él tenía que jugar con los sentimientos de Alana, una mujer tan inocente que una niña de cinco años.

Maldito cabrón.

Nicholas estaba oficialmente fuera de mi familia.

Íbamos esquivando la gente en la estación de metro cuando Alana dijo: —Pensaba que lo que sentía por él era amor.

—Nicholas es un idiota, pero eso no quiere decir que no lo puedes amar.

—Pero él no me ama —continuó como si no hubiera escuchado mis palabras.

Salimos de la estación de metro y vi una cafetería al otro lado de la calle. Pensé que era buena idea sentarnos a tomar un café y hablar, buscar una manera de tranquilizar a Alana antes de llamar a Adam.

Caminábamos hasta la esquina donde estaba el paso de peatones cuando un hombre se detuvo justo delante.

—Una sola palabra y estás muerta —dijo el hombre con voz grave y acento ruso.

Wow, justo lo que necesitaba.

Más problemas.

Capítulo 18

Lilith

Alana estaba asustada, pero por lo menos ya no estaba llorando porque cuando nos secuestraron en la calle lloró y mucho. Yo estaba entrenada para este tipo de situaciones, infiernos, mi padre iba a gritarme por dejarme secuestrar, pero el hombre que sostenía el cuchillo preparado para rajarle el cuello a Alana tenía una mirada de psicópata que no quise arriesgarme.

Además, Alana tenía toda la pinta de hacer un movimiento equivocado y morir a lo tonto. Así que activé la alarma y seguí las instrucciones sabiendo que no iban a tardar mucho en rescatarme.

Uno estaría cerca, Ivy estaría enviando a todos los hombres disponibles para ayudar, papá estaría afilando sus cuchillos y Adam, bueno, si tenía un poco de suerte, estaría ocupado con su reunión, ajeno al lío en el que me había metido.

Intenté averiguar a qué organización pertenecían los hombres, pero fue imposible. Se mantuvieron callados, los dos que estaban delante en la furgoneta y los otros tres que estaban detrás con nosotros.

Infiernos, estaba sentada en el suelo sucio de una furgoneta que además olía fatal. Era una vergüenza para mi familia, no merecía llevar el apellido Lazarov.

Uno de los hombres le susurró algo al otro mirando a Alana, mirándola y lamiendo sus labios. Los dos se echaron a reír.

Si estuviera sola, los tres no serían un problema. Tardaría dos minutos en dejarlos inconscientes que es lo que los de delante necesitarían para detener la furgoneta. Luego me encargaría de ellos y estaría libre para seguir con mi día.

Pero no podía porque era imposible encargarme de los tres al mismo tiempo y uno de ellos podía herir a Alana. Ella era mi debilidad.

No obstante, cuando uno de ellos alargó la mano para tocar a Alana no tuve otra opción que hablar.

—Lazarov —dije.

—Cállate, puta —gritó.

—Ah, pues mira que coincidencia, es lo mismo que le dirá mi padre a tu madre, a tu esposa, a tu hermana, a tu hija y a cada mujer de tu familia cuando suplicará clemencia —dije sonriendo—. Lazarov, Vladimir Lazarov es su nombre por si no lo habías pillado hasta ahora.

—Nos importa una mierda tu padre —dijo otro—. Pronto no va a quedar nada de vosotros.

Los miré a los tres, todos tan seguros de sí mismos y me pregunté qué tipo de drogas estaban usando estos días porque solo una persona con el cerebro nublado (o atrofiado) podía pensar que tenía una posibilidad de destruirnos.

¿Herirnos? Vale, podían.

¿Destruir? Nunca.

Tenía mucha confianza en mi familia y no, no era superioridad ni soberbia. Nosotros éramos los buenos en esta historia, los villanos nos querían ver muertos, pero no iban a conseguirlo porque el bien siempre gana.

Siempre.

Afortunadamente, la furgoneta paró y uno de los hombres abrió la puerta. A Alana la agarraron del brazo y la bajaron, pero a mí me dieron un empujón y caí de rodillas. Aguanté el dolor y ningún sonido salió de mi boca ni siquiera cuando me agarraron del cabello para levantarme, aunque juré que ese hombre iba a morir, yo misma iba a matarlo.

Eché un vistazo alrededor y vi que nos habían llevado a una casa, una mansión. Había guardias armadas, perros ladrando y enseñando los dientes, y muros altos. Salir de aquí iba a ser muy difícil sola, con Alana iba a ser imposible.

El interior de la casa era interesante. Elegante y con buen gusto, definitivamente un decorador había hecho muy bien su trabajo.

Nos llevaron a un comedor donde alrededor de una mesa estaban sentados unos veinte hombres. Algunos de ellos los reconocí porque había ayudado a alguna de sus víctimas. Eran los jefes de las organizaciones criminales de Nueva York y su nacionalidad no importaba. Por lo menos ahora se llevaban bien, ah, los milagros de tener un propósito común.

Lo malo era que deshacerse de mi familia era el dichoso propósito.

—Ah, por fin ha llegado mi regalo —dijo el hombre sentado en la cabecera de la mesa, un hombre de unos cuarenta años, calvo y con una sonrisa siniestra.

A este no lo conocía, pero me hice una idea de quién era cuando otro hombre mayor se levantó, se acercó a nosotros y dijo: —Muy bien hecho, hijo. Por fin podré vengarme de esa perra traicionera.

El viejo debía ser el hombre con el que se había casado la madre de Alana (aunque debería tener noventa años o más) y el otro su hijo.

Miró a Alana con tanta repulsa que me fue imposible mantener la boca cerrada.

—Wow, casi treinta años y sigue pensando en que la joven a la que obligó a casarse con usted no lo amaba —dije.

El bofetón no me tomó por sorpresa, lo vi venir y no me defendí, aunque la verdad es que dolía más de lo que pensaba. El viejo todavía mantenía algo de la fuerza.

—No te he dado permiso para hablar —dijo.

Le sonreí al cabrón.

—Nosotros, los Lazarov, tenemos una regla. No hacer daño si no nos hacen daño a nosotros. La vamos a romper hoy porque vais a morir todos y también vuestras familias porque sois tan hijos de puta que estoy segura de que la maldad que corre por vuestras venas se la habéis heredado a vuestros hijos y nietos —anuncié.

Me llevé el segundo bofetón justo cuando alguien anunciaba: —Grayson está aquí.

Levanté la cabeza y miré a los ojos de mi marido, aunque los suyos tardaron un poco en mirarme porque estaba mirando a su hermana. Lógico, ¿no?

Luego llegó mi turno y, vale, mi ego herido fue curado al ver aparecer una furia increíble en sus ojos.

—Grayson, no te necesitamos —dijo el viejo—. Hemos terminado con las negociaciones. Ha llegado la hora de tomar de vuelta lo que nos pertenece.

Resoplé, obviamente, no podía aguantarme.

El viejo me miró y estaba listo para abofetearme otra vez, pero es que se encontró cara a cara con el cañón de la pistola de Adam.

—Tócala de nuevo —dijo Adam con una voz que hasta a mí se me puso la piel de gallina y estaba a punto de rezar antes de conocer a mi creador.

—Deberíamos haberte quitado del medio hace mucho —dijo el viejo.

—Lo mismo digo, viejo.

—¿Por qué no nos tranquilizamos? —intervino un hombre—. Tenemos cosas más importantes de las que encargarnos que estas dos putas.

Ni había terminado de pronunciar la letra s y sus sesos estaban volando por el comedor. Lo que sea que hizo Adam hasta ahora, todo lo malo, se lo perdoné en ese mismo instante.

Estaba enferma, ya.

—Alana es mi hermana y Lilith es mi esposa —declaró Adam mirando uno a uno a los comensales—. ¿Alguien más se atreve a insultarlas?

Todos se quedaron en silencio y eso era extraño, estos eran los jefes de algunas de las organizaciones más crueles del país y aquí estaban tan tranquilos viendo como uno de ellos perdía la vida. Nadie estaba sacando sus armas, ni siquiera abrieron la boca para protestar.

¿Adam era tan poderoso?

Finalmente, el hijo del viejo se puso de pie con las manos en el aire y dijo: —Estamos hartos de obedecer órdenes, Grayson, y este es el momento de decidir si estás con nosotros o contra.

—Tu padre mató al mío y quiere matar a mi hermana, no creo que haga falta que diga más —dijo Adam.

El viejo empezó a hablar rápidamente en ruso, pidiéndole a su hijo que matara a Adam y a nosotras, las putas. Fueron sus últimas palabras, aunque esta vez la bala no vino de la pistola de mi marido.

Mi padre había llegado.

—Genial, ahora puedo ir a encargarme de un asunto —dije.

Le guiñé un ojo a Alana y caminé hasta mi padre.

—¿Puedes prestarme una navaja? —Le sonreí dulcemente.

Mi padre se inclinó para darme un beso en la frente y luego me entregó su navaja favorita.

—Gracias, papá. Ah, y estos se han reunido aquí porque están hartos de nuestro reinado del terror —informé a mi padre.

—¿Reinado de terror?

Me encogí de hombros y me marché de ahí. Uno estaba a un paso detrás de mí y no estaba muy feliz, aunque no pregunté qué le había puesto de tan mal humor. Le describí al hombre que buscaba, pero no hacía falta ya que me indicó el camino y llegamos a una habitación donde estaban los cinco hombres que nos habían secuestrado.

Estaban sentados en sillas, manos y piernas atadas.

Sonriendo, cogí una silla y la llevé hacia ellos. La coloqué al revés y me senté apoyando los brazos en el respaldo.

Jugué con la navaja mientras los miraba. Luego, cuando decidí que ya habían tenido suficientemente tiempo para preocuparse le pedí el teléfono a Uno. Tomé una foto al grupo y en un minuto tenía toda la información que necesitaba.

—Sacha Ivanov. —Sonreí mirando al hombre que me había empujado de la furgoneta. Infiernos, la rodilla dolía como mil demonios y aun me daba escalofríos cuando recordaba sus manos en mi cabello—. He cambiado de opinión, Sacha, mi padre no es el hombre que irá a casa de tu madre para matarla. Será uno de tus amigos, Iván, Oleg.

—Ellos no lo harán —declaró Sacha y como era más tonto de lo que pensaba me insultó de nuevo, aunque esta vez lo hizo en ruso.

—Oh, sí, harán todo lo que yo les pida si quieren vivir, si quieren proteger a sus familias.

Verás, Sacha, no tengo un problema con la violencia o con lo que estáis haciendo vosotros para ganáros la vida. En serio, no, pero sí me molesta cuando piensas que puedes lastimar al más débil, que puedes tocar a una mujer sin su permiso, que puedes tomar lo que quieras cuando te apetezca. El secuestro podía haber ido de otra manera y no estaríamos aquí ahora mismo.

—Hablas demasiado —gruñó él.

Asentí porque de repente no me apetecía matarlo. No era nada más que un hombre insignificante, uno que no valía la pena manchar mis manos con su sangre. Miré a sus amigos, Iván era el padrino de la hija pequeña de Sacha y Oleg estaba casada con una prima de su mujer.

—Iván —dije poniéndome de pie, el hombre me miró con una confianza que no sabía de donde le llegaba, tal vez, estaba harto de la vida y quería terminar de una vez con todo esto—. Estarás libre, tú y tu familia, si vas a casa de Sacha a asesinar a su familia.

Sacha miró desesperado a su amigo y mientras ellos dos se comunicaban con miradas, Oleg dijo: —Iré yo.

Wow.

No era la única sorprendida por la oferta de Oleg, Sacha e Iván lo miraron boquiabiertos.

—Bueno, esto lo soluciona todo —dije haciéndole una señal a Uno.

Enseguida, se acercó a Oleg y le soltó mientras que los otros dos gritaban y maldecían. Siguieron gritando mientras yo salía de la habitación.

Oleg no iba a ninguna parte, pero Sacha no lo sabía, iba a morir pensando en el sufrimiento de su familia.

¿Era una perra sin corazón? Probablemente, pero algunas personas no entendían de buenas palabras, solo de violencia.

Sus familias estaban a salvo, por lo menos si se comprobaba que eran buena gente y no se iban a volver locos buscando venganza.

Salí de la casa porque al pasar por el comedor escuché gritos y preferí no entrar. Encontré a Alana sentada en el césped perfectamente cortado del patio delantero de la mansión. A su lado estaban tres de nuestros hombres y Thea, los hombres de pie y ella comprobando lo afilado que estaba un cuchillo sobre la palma de su mano.

Entendía la fascinación que tenía con los cuchillos, tan bonitos y mortales.

Levantó la mirada solo por un segundo para encontrar mis ojos y decirme sin palabras que estaba muy decepcionada conmigo.

—¿Qué? —espeté.

—¿Secuestro? Tenía más fe en ti —respondió Thea.

Decidí que era mejor no explicarle lo que había pasado y esperamos en silencio. Los de dentro tardaron un montón en salir y cuando lo hicieron, discutían.

Mi padre y Adam estaban teniendo una conversación acalorada en voz baja, pero yo conocía a mi padre y sabía que estaba a punto de perder la cabeza. Me puse de pie y me acerqué a ellos.

—¿Todo bien? —pregunté.

Adam no respondió, pero su expresión fue más que suficiente para saber que no, no estaba bien. En cambio, mi padre se acercó para darme un beso en la mejilla.

—Ven a cenar esta noche, tú y yo tenemos que hablar —dijo.

Luego se marchó.

Y Adam, bueno, él caminó hasta donde estaba Alana y la ayudó a levantarse del suelo. La llevó hasta su coche y después se giró para mirarme.

—Lilith —gruñó.

O sea, ven o vendré yo a por ti.

Escuché a Thea resoplar e incluso pude ver a Uno hacer ese gesto con la cabeza, ese que solía hacer antes de empezar a dar hostias.

¿Y qué si me gustaba que Uno sentía la necesidad de protegerme del mal humor de Adam? No es que no pudiera hacerlo yo misma, podía e iba a decirle un par de cositas después, no ahora delante de todas estas personas.

Caminé hasta el coche y Adam me abrió la puerta del lado del pasajero. Me senté y él rodeó el capó del coche. Se sentó a mi lado, puso en marcha el coche, dio marcha atrás como un demonio de la velocidad y tuve que ponerme el cinturón rápidamente.

Luego salimos de ahí como si tuviéramos a un ejército del infierno detrás de nosotros. Miré atrás a Alana y la pobre estaba blanca como el papel.

—Adam —murmuré.

—No hables —gruñó y sentí que me quedaba sin aliento.

Pues sí, estaba tan enojado como se veía. Miré de nuevo a Alana y no, no era el momento adecuado para enviar a Adam a la mierda. Iba a darle unos minutos para calmarse.

Condujo durante un rato y como nos quedaba bastante hasta llegar de vuelta a la ciudad lo intenté de nuevo: —Adam.

—Lo juro por Dios, Lilith —respondió con otro gruñido y no terminó, pero fue suficiente.

Cerré la boca con fuerza. Claramente necesitaba más tiempo.

Condujo a su casa. O nuestra. O no, porque en serio, tenía muchas dudas, más que antes. No, lo que tenía era furia, pero de la de verdad.

¿Quién se creía para estar enfadado y mandarme a callar? No tenía cinco años.

Me quedé en silencio todo el camino y Alana hizo lo mismo. También me quedé en silencio cuando metió el coche en el garaje subterráneo y entendí por qué le gustaba más dejar el coche aparcado frente a la casa.

Ese lugar era espeluznante, aun con el blanco de las paredes y las luces brillantes daba mal rollo.

Estacionó y salió. Hice lo mismo.

Fue hacia una puerta que en ese momento averigüé que escondía un ascensor. Entró y nos esperó. Alana caminó sin levantar la mirada del suelo, pero yo sí miré a Adam, lo miré desafiándolo.

Vamos, a ver de lo que eres capaz.

Subimos hasta la tercera planta y Adam caminó hasta el centro del salón. Luego cogió una lámpara azul y muy bonita y la estampó contra la pared.

Wow, muy maduro de su parte.

—Han secuestrado a Alana por tu culpa —me reprochó.

Oh, Dios, eso otra vez.

—No, Adam, no fue su culpa —intentó explicar Alana.

—Contigo hablaré más tarde, ve abajo y descansa —le ordenó.

—No tiene cinco años, Adam, no puedes mandarla a dormir solo porque te apetece —espeté.

Alana puso la mano sobre mi brazo.

—Está bien, Lilith, voy a descansar un rato. Gracias —dijo.

Luego se dio la vuelta y se marchó.

—Eres tan idiota como Nicholas —le dije a Adam.

—¿Sí? Discúlpame por preocuparme por mi hermana.

Suspiré porque era en vano, aunque él no pensaba lo mismo y continuó.

—Me has mentido. Esta mañana cuando evitabas mirarme a los ojos fue porque ya sabías donde estaba Alana.

—No fue una mentira —me defendí.

Porque, en serio, no le mentí en ningún momento.

—¿Y qué fue, Lilith?

—Tenía una sospecha y preferí comprobar por mí misma, ¿ok? Y tenía razón, pero eso lo supe después.

—Después cuando os secuestraron a las dos porque tú, querida esposa, con todo el entrenamiento del que tu padre está tan orgulloso, les has permitido secuestrar a mi hermana.

—¿Sabes qué? Te puedo contar la verdad, que no lo intenté porque le tenía más miedo a tu reacción si le tocaban un cabello a Alana que por nuestras vidas, o que sabía que iban a rescatarnos en poco tiempo y no me pareció buena idea poner la vida de Alana en peligro. Puedo justificar mis acciones durante mil horas, pero a ti te dará igual. Estás furioso y necesitas echarle la culpa a alguien. Ok, échamela a mí, pero yo no me quedaré aquí para escucharte —declaré.

—Lilith —gruñó Adam.

Me encogí de hombros mientras caminaba de espaldas hacia la puerta.

—He prometido darnos una oportunidad de verdad y lo estoy cumpliendo porque tus acciones dicen más que tus palabras. Volveré.

No sé si quería algo que decir porque me di la vuelta y bajé las escaleras corriendo casi rompiéndome el cuello cuando frené bruscamente porque Alana estaba sentada en el último peldaño.

No fue toda su culpa, el dolor de mi rodilla había pasado de inaguantable a no poder mantenerme de pie. Me senté a su lado y respiré profundamente.

—Menudo día, ¿eh? —dije.

—Sí, averigüé que el hombre que amo con toda mi alma no me ama y que solo hace falta una bala y dos segundos para quitarle la vida a una persona. Creo que quiero volver al convento, es aburrido, pero por lo menos estoy a salvo.

—Yo quiero irme a la playa —murmuré—. Mi familia tiene una isla con las playas blancas y el agua tan azul que no sabes dónde termina el océano y dónde empieza el cielo. ¿Quieres ir? Podemos tumbarnos al sol y emborracharnos con mojitos.

—Nunca me he emborrachado —confesó Alana.

Agarrándome de la barandilla me puse de pie y alargué la mano hacia ella. La cogió y después de dos pasos tuvo que rodearme la cintura porque mi pierna falló.

Salimos a la calle y Dos bajó del coche para ayudarme. Nos llevó al hospital mientras que yo aprovechaba para organizar el viaje, o sea, pedirle a mi padre el avión privado porque por alguna razón yo no tenía el mío propio.

—Necesito comprarme uno —murmuré en voz baja mientras esperaba a que Dos volviera con una silla de ruedas.

Un médico joven y muy guapo le prestó más atención a Alana que a mi pierna, pero eso le duró hasta la llegada de Avy. Una mirada fue suficiente para enviarlo fuera de la sala de consulta.

Luego mi prima pudo echar un vistazo a mi rodilla y a regañarme en privado. Sí, estaba muy hinchada y dolía como mil demonios. Sí, me había librado por milagro de una cirugía, pero no de una escayola. Por lo menos no era de esas feas y blancas, solo una que podía quitar para

ducharme, pero solo si no apoyaba el pie.

Salí del hospital con un dolor de cabeza, una férula en el pie derecho, dos muletas y una receta para antiinflamatorios. Estaba a punto de subirme al coche cuando llegó Uno y no estaba solo.

—Hola, Thea —dije sonriendo.

—¿Qué diablos te pasó? —preguntó Uno.

Y, para mi eterna vergüenza, en ese momento me eché a llorar.

Capítulo 19

Lilith

No había nada mejor que despertarse escuchando las olas. Sabía que al abrir los ojos iba a ver la brisa moviendo las cortinas blancas, el sol brillando alegre.

El único problema era que no estaba de humor para disfrutar ninguna de estas cosas.

Me dolía la cabeza de tanto llorar. Lloré desde que salí cojeando del hospital hasta subir en el avión privado. No pude parar, Alana me abrazó, Thea me regañó y fue en vano. Pero luego Uno me preguntó: —¿Por qué lloras?

Ah, luego averigüé que a Thea le había dado por ligarse a Uno y que él no estaba cooperando. Al escuchar que nos íbamos a una isla decidió que no era mala idea y por eso estaba con nosotros.

—No le importo —le respondí a Uno.

—Explícame cómo has llegado a esta conclusión, explícame como si fuera tonto.

—¿Cómo si fueras? —murmuró Thea.

—En ningún momento preguntó si estaba bien —dije.

—Eso podía verlo, no hacía falta preguntarlo —replicó Uno.

Thea puso los ojos en blanco y alargó la mano hacia la botella de champan: —Vamos a necesitar más botellas.

—Lilith, no sabes lo que pasó dentro así que puedo entenderte, pero recuerda que pasó con Conti. ¿Haría eso un hombre al que no le importas? —continuó Uno.

—Hey, quiero más que un par de noches de sexo y asesinatos de hombres que me insultan —espeté.

—Quieres declaraciones de amor, miradas tontas, flores y bombones de chocolate —dijo Thea.

—¡Sí! —exclamé.

—Pues estás jodida porque eso nunca lo vas a obtener de Adam —declaró ella.

Alana apretó mi mano al ver que las lágrimas empezaban de nuevo a deslizarse por mis mejillas.

—Nicholas dijo que me amaba, me regaló flores y lo pillé mirándome como un bobo un par de veces, pero me dejó ir sin una sola palabra. ¿Qué prefieres, Lilith, un hombre que te lo dice o uno que te demuestra su amor? —preguntó Alana.

—¿Por qué no puedo tener a los dos?

—Puedes, se llama relación poliamorosa, aunque estoy segura de que no te funcionaría con Adam. Mataría a cualquier hombre que se atrevería a tocarte en un minuto —dijo Thea.

—Es que —empecé, pero Uno cogió la copa de champan que acababa de rellenar Thea y me la entregó.

—Toma esto y deja de pensar —ordenó.

—No puedo mezclar alcohol con medicamentos —dije.

—¿Qué te duele más, la rodilla o el corazón? —preguntó.

Cogí la copa y me la bebí, luego se la devolví y la rellenó. Iba por la tercera cuando Uno me miró de una manera extraña.

—¿Qué? —espeté.

—Llevas meses casada con Adam, pero no habéis pasado ni una semana juntos. ¿Sabes cómo toma el café, cómo se despierta por la mañana? ¿Lo conoces, Lilith, lo conoces de verdad? —preguntó Uno—. Para ti fue fácil, fue amor a primera vista y tu padre te lo entregó en una bandeja, ¿te has preguntado cómo fue para él? Ten paciencia y lucha por lo que quieras, demuéstrole que sí te importa.

—Pero él lo sabe, le di más de una oportunidad —me quejé.

—Lo que tú hiciste fue correr cuando las cosas se pusieron difíciles.

—Además, Adam no sabía pronunciar las palabras te amo ni siquiera si tuviera un arma apuntándolo —dijo Thea y al mirarla me sonrió triste—. El hombre nunca tuvo una familia de verdad, joder, lo conozco desde hace diez años y nunca he visto una muestra de cariño, ni un abrazo ni un beso en mi cumpleaños. Pero sus regalos son generosos y si le pido que venga en medio de la noche a ayudarme vendrá en un abrir y cerrar de ojos. Le estás pidiendo algo que él no sabe darte.

—Tendrás que ser su profesora —dijo Alana.

Lo que me faltaba.

Perdí la cuenta de las copas de champán y por eso ahora tenía un dolor terrible de cabeza. Llorar no ayudó tampoco porque al llegar a la isla me encerré en mi habitación y seguí llorando.

Ya ni sabía por qué lo hacía, fue como se abriera el grifo y no había manera de cerrarlo.

Me dolía la rodilla porque, obviamente, eso pasaba cuando decidía curar mi corazón roto y no la pierna.

Despertarme no me apetecía para nada, aunque abrí los ojos.

—¿Qué diablos? —murmuré viendo que la habitación había sido invadida por flores.

Sí, flores. Jarrones y botellas de todas las medidas y formas posibles, en cada una había una flor diferente. Había algunas que ni siquiera conocía y un par que parecían que esperaban a que me acercara para pegarme un mordisco.

En ese momento mi teléfono vibró con un mensaje. Lo cogí de la mesita de noche donde no recordaba haberlo puesto, ni siquiera recordaba haberme traído el bolso.

Adam: No sé cuál es tu flor favorita.

Me quedé boquiabierta y seguía sin cerrar la boca cuando llamaron a la puerta. No, no entró Adam, entró Alana.

—Buenos días —dijo.

Ella se veía feliz, tan feliz como una margarita con su vestido blanco y amarillo.

—¿Sabes algo de esto? —pregunté.

Alana sacudió la cabeza, aunque luego suspiró.

—Escuché a John y Thea discutir anoche, ella quería llamar a Adam y creo que al final lo consiguió.

—Obvio, porque él no podía hacer algo por mí, tenía que decírselo alguien —dije decepcionada.

—Lo siento, Lilith. —Alana se veía tan triste como yo y no habíamos venido para esto así que eché a un lado las sábanas.

—Dame media hora y luego iremos a pasear por la playa —dije.

La mirada de Alana se fue directamente hacia mi férula.

—Vale, yo me tumbaré al sol y tú podrás pasear.

—Ok, te espero abajo para desayunar —dijo.

Manejar las muletas me costó bastante, pero llegué al cuarto de baño y al quitarme la

férula (Avy dijo que podía hacerlo para ducharme) vi que tenía la rodilla más hinchada que el día anterior.

Eso me pasaba por hacerle caso a Uno.

Menos mal que la ducha tenía un asiento donde pude sentarme mientras me duchaba, aunque tardé más de lo que pensaba. Me puse un bikini rojo y luego un vestido ligero porque a pesar de todo el dolor que sentía quería ir a la playa con Alana.

Y ya que estaba no me iría mal despejarme por un rato, olvidarme de todo.

Salí de la habitación dejando mi teléfono sobre la cama, el mensaje de Adam sin responder. Casi choqué con una de las empleadas de la casa y después de disculparme le pedí que tirara las flores.

¿Qué? No las quería ver, no quería ver nada que me recordara a Adam.

Bueno, Alana no contaba, era una persona. Además, me sentía en deuda con ella ya que el idiota de mi primo le había roto el corazón.

La encontré en la terraza donde desayunamos conversando sobre el mundo, viajes y libros que habíamos leído. Alana era una lectora empedernida, de esas que leían un libro al día.

Íbamos terminado cuando llegó Thea. La miré mientras se sentaba y luego se llenaba una taza de café.

—Este es el club de los corazones rotos —le dije.

—¿Y? —preguntó Thea.

—Pues disimula un poco, ¿quieres? No queremos ver tu cara de felicidad —espeté.

Y sí, sabía que me estaba comportando como una bruja, pero verla tan feliz me recordaba de los momentos (los pocos) que había pasado con Adam.

—Tú también estarías tan feliz si —empezó ella, pero se detuvo y suspiró antes de continuar—. Soy bisexual, empecé con los chicos y como no acababan de convencerme probé con las chicas. Y en los quince años que llevo experimentado nadie me ha hecho sentir como John. Este hombre tiene unas manos mágicas y sus besos son...

—Mágicos, ya lo pillamos —le interrumpí.

Thea se inclinó sobre la mesa y dijo: —Nunca he sentido algo así, Lilith, nadie me hizo tan feliz y voy a disfrutarlo todo lo que pueda, aunque, te juro que si pudiera elegir nunca renunciaría a esta felicidad. Si sientes lo mismo por Adam, no renuncies. Es idiota, cabezota y todo lo demás, pero si tienes una oportunidad a ser feliz, aprovéchala.

—Me envió flores —dije.

—Muchas flores —añadió Alana.

—¿A qué lo siguiente serán los bombones? —dijo Thea.

Y tuvo razón.

Dos horas más tarde nos estábamos friendo al sol en la playa cuando llegó Uno con una caja roja. En la tarjeta ponía: *Ninguna será tan dulce como tú.*

Thea se echó a reír y no paró durante un cuarto de hora. Yo no me reí a pesar de que me hizo gracia, pero si el hombre se esforzaba había que darle un poco de crédito.

Nos comimos más de la mitad de los bombones de chocolate mientras Thea juraba que Adam no se iba a rendir, que algo vendrá después de esto y Alana especulaba sobre lo que podría ser.

Diamantes.

A la hora de la cena me envió un collar de diamantes y la nota me mató: *Nuestra bisnieta podrá llevarlo el día de su boda.*

Quería palabras y gestos pues ahora tenía lo que había pedido.

Me fui a dormir sin responder a sus mensajes porque había recibido uno después de cada entrega, pero no sabía qué decirle. Estaba enfadada con Adam y no podía deshacerme de la furia y la tristeza que sentía.

Y era tonto, lo que sentía quiero decir, porque él lo estaba intentando.

∞∞∞∞

El dolor de la rodilla me despertó en medio de la noche.

—Maldita sea —maldije intentando recordar dónde había dejado los medicamentos para el dolor.

Encendí la lámpara de mi mesita de noche y pegué un grito cuando vi a alguien sentado en el sillón.

—¡Jesús, Adam! —exclamé—. ¿Quieres matarme o qué?

—Lo siento —dijo.

—¿Qué haces aquí?

—Dijiste que volverías.

Pues sí que lo dije antes de tener una crisis nerviosa. Me senté en la cama, pero antes de bajar busqué las muletas que no se veían por ninguna parte.

Claro, después de ducharme no me molestaba así que me quité la férula, dejé las muletas en el cuarto de baño y vine andando hasta la cama. Y ahora estaba pagando el precio por tonta.

Suspirando me apoyé en la mesita de noche e intenté ponerme de pie.

—¿Qué te pasa en la pierna? —preguntó Adam que de repente estaba de pie justo en frente.

—Me he caído —murmuré.

—¡Infiernos, Lilith! Esto te pasa por bajar las escaleras corriendo —me regañó.

—Hey, que me empujaron, ¿ok? Pero, tranquilo, ya me encargué del idiota.

Su silencio no auguraba nada bueno y no estaba de humor para conversaciones así que puse la mano sobre su pecho y dije: —Ayúdame a llegar al cuarto de baño, ¿quieres?

Esperaba un poco de apoyo, pero recibí más. Adam me cogió en brazos y me llevó al cuarto de baño que es donde me di cuenta de que mi cerebro no funcionaba bien. Necesitaba la férula que no podía ponerme de pie o sentada en el inodoro. Y las medicinas tampoco estaban aquí.

Me puso de pie, pero sin quitarme el apoyo. Cogió la férula y me la entregó, luego me cogió a mí y regresó a la habitación donde me sentó en la cama.

—Tumbate —dijo suavemente.

Me tumbé y luego vi como cogía la férula y me la ponía. También puso un cojín bajo mi pie.

—Voy a por hielo.

—Echa un vistazo por si encuentras mis medicamentos. Es un bote blanco con letras azules —le dije.

La mirada de Adam se fue hacia la mesita de noche y luego regresó. Miré y, sorpresa, ahí estaba el bote.

—Es culpa de Thea, nos ha tenido en la playa todo el día y se me ha sobrecalentado el cerebro —expliqué.

Adam se sentó en la cama y me acercó el bote de pastillas y la botella de agua.

—Está enamorada —dije mientras intentaba abrir el bote sin conseguirlo.

Al final lo tuvo que coger él y abrirlo. En silencio.

—De Uno, bueno, su nombre es John y tendré que usarlo desde ahora en adelante porque Thea me mira raro cuando lo llamo Uno —continué y no, Adam no tuvo nada que decir sobre su amiga/empleada teniendo un amorío con mi guardaespaldas.

Me tomé la pastilla con un largo trago de agua y Adam cogió la botella para ponerla de vuelta en la mesita de noche.

—Estoy enfadada contigo y sé que no es justo —empecé, pero Adam me interrumpió.

—¿No es justo?

—Es que, Adam, no me has prometido nada y yo tengo algunas expectativas que no debería tener. Uno dice...

—¿Por qué no dejamos a tu guardaespaldas fuera de esta conversación? —dijo con una voz aterradora y tranquila.

—¡Dios! ¿En serio me vienes con celos ahora mismo? —espeté—. Intento arreglar este lío y decirte que te amo y que esperaré hasta que me ames de vuelta. Y si no pasa pues no pasa, diremos adiós y cada uno a lo suyo.

De repente, sus manos estaban a mis mandíbulas: —Lilith, tranquila.

—¡Cálmate tú! Tú eres el que se vuelve loco cada vez que tu hermana está en peligro y siempre, maldita sea, siempre está bien. Pero no, tú empiezas con amenazas y gritos, y, de hecho, esa lámpara era un regalo de una amiga mía artista y... —me callé porque noté que sus labios empezaban a esbozar una sonrisa.

Sus pulgares recorrieron mi mandíbula y dijo en voz baja: —Te compraré mil lámparas si tu amiga no puede hacerte otra, ¿vale?

Sacudí la cabeza.

—No vale.

Su sonrisa se hizo más grande lo que hizo que mi enfado fuera a más.

—¿Qué es tan gracioso, joder? —pregunté.

—Tú, tú mi hermosa, fuerte y cabezota guerrera. ¿Sabes por qué pierdo la cabeza cuando Alana está en problemas? Porque ella no puede cuidarse sola, no como tú. No importa lo que te pase, ladrones, mafias, asesinos con hachas, todos pueden venir a por ti y tú acabarás con todos ellos. No tengo ninguna duda de que volverás a casa a tiempo para cenar sin un rasguño en el cuerpo y con una sonrisa en el rostro. Porque eres fuerte, mi Lilith, muy fuerte y a veces me pregunto para qué me necesitas.

—Puedo pensar en una cosa o dos —murmuré y él me miró fijamente, sus dedos flexionándose en mi cuello.

—Cualquier hombre puede darte sexo —replicó Adam.

—Pero no cualquiera me hace sentir como lo haces tú y eso era lo que quería decirte. Te amo y seguiré amándote incluso si decides marcharte de mi vida ahora mismo o dentro de dos meses.

Si fuera por el silencio que siguió a mi declaración diría que iba a hacer justo eso, marcharse.

Si fuera por la intensidad de su mirada diría que acababa de recibir el mejor regalo del mundo.

Si fuera por la rapidez de mis latidos diría que si no decía algo pronto iba a darme un infarto.

— Mi padre siempre decía que mi madre fue el amor de su vida, que la amaba a ella y sólo a ella. Solía sentarse en el sofá pensando en ella. La amaba tanto que ya no quedaba más

amor para mí. Me cuidó, me protegió, pero nunca dijo te amo. ¿Alguna vez dije las palabras yo mismo? No, nunca. ¿Lo sentí? No, no hasta que puse mis ojos en ti. Me aterroriza saber que si te amo un día te perderé.

Sus palabras me dieron algo de alivio e hicieron que mi barriga se pusiera toda rara. Aunque no lo admití verbalmente, solo me quedé mirando.

Adam sostuvo mi mirada y luego suspiró, sus manos se relajaron en mi cuello y pude inclinar mi cabeza, pero eso fue todo lo que hice porque tampoco quería alejarme.

—No soy el hombre adecuado para ti, nena. Mi cabeza está jodida y no sabría lo que es una verdadera y sana relación de pareja ni siquiera con un manual de instrucciones delante. La he jodido contigo desde el primer momento, seguiré haciéndolo...

—O no, no es tan difícil, Adam. Hay reglas y límites, compromisos y conversaciones. De hecho, es más fácil de lo que parece.

—¿Por eso no has querido decirme sobre Nicholas y Alana? Porque estaban en ese lugar en el que te escapabas, ese que no quieres compartir con nadie. Porque tú si sabes lo que es una relación verdadera —dijo.

—Espera, pensaba que nos estábamos reconciliando. Tienes que besarme y hacer las paces, demostrarme que valgo la pena, que harías lo imposible por estar conmigo aun sabiendo que podrías perderme...

Me callé porque los labios de Adam cubrieron los míos y su lengua invadió mi boca.

Oh, por fin me hacía caso.

Me encantaban sus besos y podría vivir el resto de mi vida en sus brazos haciendo justo eso. Besándolo. Afortunadamente, Adam sentía lo mismo.

Y más.

∞∞∞∞

Adam levantó mi pierna izquierda, la mantuvo en alto con su bíceps detrás de mi rodilla, con el brazo alrededor, la mano caliente en la parte interna del muslo. La otra mano en la cama, con el brazo estirado.

Luego vi cómo bajaba la cabeza para poder mirar nuestra conexión, con los ojos acalorados y el rostro hambriento. Le gustaba lo que estaba viendo y a mí también. Con solo mirarlo, sentí una fuerte vibración previa al orgasmo.

Luego hizo ese movimiento con sus caderas, gemí porque realmente me gustó y luego comenzó a penetrarme nuevamente.

—Adam —gemí, mi mano deslizándose hacia abajo, mis dedos separándose alrededor de su polla palpitante, sintiendo nuestra conexión, la dulzura de él tomándome. Hermoso. Húmedo. Caliente.

Sus ojos se encontraron con los míos y volvió a hacer ese movimiento con sus caderas, ese que era el definitivo, mi cuello se arqueó y me corrí.

Poco después, Adam hizo lo mismo.

Soltó mi pierna y su calor y peso llegaron hasta mí. Lo tomé con gusto, dándole la bienvenida envolviendo mis tres extremidades a su alrededor.

Su rostro estaba en mi cuello y deslicé mi nariz por su hombro. Dios, olía bien.

Su boca llegó a mi oído: —Te quiero —murmuró.

No me lo esperaba, bueno, tenía esperanzas de escuchar las palabras en el futuro, pero no tan pronto. Me di cuenta de que no podía hablar, aunque sí llorar.

Adam rodó sobre su espalda, sus brazos me rodearon llevándome con él y cuando estuve arriba, su mano se levantó y tiró hacia atrás un lado de mi cabello, sosteniéndolo por detrás, bajó mi cara para tocar mi boca con la suya.

Luego me hizo retroceder un centímetro y dijo: —Eres todo lo que no me permití soñar y todo lo que alguna vez necesitaré. Prometo ser el marido que mereces, amarte todos los días de mi vida, para bien, para mal, en la enfermedad y en la salud, en las alegrías y en las tristezas. Eres un sueño hecho realidad, mi Lilith —susurró y las lágrimas que me habían cogido cariño en las últimas horas brotaron de nuevo y se deslizaron por mis mejillas.

El pulgar de Adam se movió instantáneamente para deslizarse a través de ellas: — Haré todo lo que pueda para que no vuelvas a pasar por todo lo que te hice pasar —prometió.

—Ok —le susurré en respuesta y luego mi mano fue a su mejilla—. Y yo haré todo lo que pueda, si lo vuelves a hacer, para no renunciar a ti.

Sus dedos se deslizaron nuevamente en mi cabello, bajó mi cabeza y tocó mi boca con la suya, y murmuró: —Trato hecho.

Epílogo

Lilith

El portazo que di podía y estaba segura de que había despertado a los muertos del cementerio incluso estando a miles de distancia. Ignoré el ascensor y subí las escaleras, no tenía la paciencia para esperar medio minuto encerrada en esa caja de metal.

Necesitaba llegar arriba y tener una conversación con mi marido.

Había pasado exactamente un mes desde que me dijo que me amaba y me prometió no jodernos. Obviamente, tardó menos de lo que pensaba en joderla.

Mucho menos ya que llevábamos de vuelta en Nueva York tres malditas y cortas semanas.

Después de la noche en la que apareció en mi dormitorio pasamos un par de días más en la isla. Solos no, con Alana, John y Thea. Fuimos testigos de cómo de rápido el ligue de John y Thea se convirtió en una relación verdadera, infiernos, los dos ni siquiera volvieron con nosotros a la ciudad, hicimos una parada para dejarlos en Las Vegas donde querían casarse.

Solos, pero eso ya era asunto suyo.

Con Alana las cosas fueron un poco diferente. Hablaron mucho, pasaron tiempo juntos que era algo que no hicieron hasta ese momento y Adam, mi querido marido, prometió no romperle el cuello a Nicholas.

¿A qué no adivinas qué hizo esta tarde mi marido? Le pegó una paliza a Nicholas y fue mala, tan mala que mi primo estaba ingresado en el hospital, en el recién inaugurado porque no sé muy bien qué hacían los dos en el pueblo.

Los tres porque mi hermano también estaba ahí y fue víctima colateral, tenía un ojo morado del que ya se había encargado Riley con hielo, antiinflamatorios y besos.

Ah, Riley que pronto iba a ser mi cuñada. Por fin había conseguido sonsacarle todos los detalles y su historia no podía ser más interesante. No podía esperar a contársela a mamá, aunque iba a guardar algunas cositas porque había cosas que una madre no debía saber sobre sus hijos.

Pues parece que Liam estaba trabajando cuando Riley llevó una paciente al hospital y fue lujuria a primera vista. A Liam le gustó Riley y como era un hombre, guapo, rico, listo y encima doctor no estaba acostumbrado a recibir un no porque es lo primero que le dijo ella.

A Riley también le gustó, aunque la reacción que tuvo al conocerlo le asustó y lo rechazó el primer día. La paciente tuvo que ser ingresada y durante la noche mi querido hermano estuvo muy pendiente de ella, tanto que a Riley le fue imposible resistirle.

La parte de ellos dos en una de las salas de descanso del personal es la que mi madre no va a escuchar.

A parte de lo genial que les fue, Riley se marchó asustada, sin querer volver a ver a Liam y eso era comprensible. Luego volvieron a encontrarse y, gracias a Dios, Liam usó todo su encanto para conquistarla y lo consiguió. Riley sabía que él la amaba, que estaba a salvo, que nadie iba a hacerlo daño otra vez.

Eran felices igual que Thea y John, igual que Adam y yo (actualmente, mañana iba a ser otro cuento). Quería lo mismo para Alana que llevaba días como alma en pena.

Sí, tuve la oportunidad de hablar con el tonto de mi primo, es que es tonto, y me dijo que

la dejó ir porque ella merecía a un hombre mejor.

¡Joder! Los hombres que no sirven de nada ahí están, obligando a las mujeres a seguir a su lado y los buenos piensan que pueden encontrar a otro mejor.

Es que era increíble.

Cuando tenía la esperanza de arreglar el lío mi marido iba y le pegaba una paliza. Y no solo eso, estaba sentado en el sofá, viendo un partido de fútbol y tomando cerveza.

—¿En serio? —espeté poniendo las manos en las caderas.

Adam puso la botella de cerveza sobre la mesa, se levantó y se acercó. Me cogió la cara en sus grandes manos y me besó. Largo. Húmedo. Duro. Caliente.

—Te eché de menos —susurró.

—Me echarás el resto de tu vida si no me explicas por qué has golpeado a Nicholas.

—Se lo merecía por traicionarme —declaró tranquilo Adam.

Miré el techo buscando algo de inspiración divina. No, nada. Miré al suelo a ver si se abría y me tragaba. Tampoco.

—Adam, él la ama y ella, pues, ya lo has visto —intenté.

—Lo sé —dijo sorprendiéndome—. ¿Quieres algo de beber o prefieres cenar ya?

—Cenar —respondí siguiéndole al área de la cocina donde esperé a que comprobará el contenido de una olla—. ¿Cómo qué lo sabes? Entonces ¿por qué no quieres que sean felices?

—No hay nada que quiera más para Alana y Nicholas tiene mi bendición para cortejar a mi hermana, pero antes tenía que pagar por hacerla sufrir —dijo Adam.

De nuevo, pedí ayuda al cielo para entender el cerebro masculino. Ni ayuda ni leches.

—Tú me hiciste sufrir así que cualquier día podré llegar a casa y encontrarte con la cara hinchada y las costillas rotas, ¿verdad? Mejor no respondas a esto porque ni en mil años voy a entender cómo te funciona la mente, además prefiero cenar que estoy muerta de hambre.

—Dios, amo verte furiosa —dijo Adam.

Luego caminé hacia mí, me rodeó con sus brazos y me presionó contra su cuerpo antes de besarme. Lo extrañé un poco, lo amaba y él dijo que me amaba, así que disfruté el beso. Había tiempo para pelear más tarde.

Rompí el beso: —No golpeé a Nicholas, se lo merece, pero no lo hice.

Lo miré con el ceño fruncido: —La señora Timmons dijo que hubo una pelea, que está en el hospital.

—Eso es verdad, pero te faltan algunos detalles —dijo Adam.

Al parecer, Adam llevó a Alana al pueblo porque me había escuchado hablar tanto sobre ello que quería verlo, de hecho, quería buscar algo de trabajo ya que había decidido quedarse en Nueva York, cerca de nosotros, pero no tan cerca. Mi listo hermano, Liam, se lo comentó a Nicholas que fue a hablar con Alana.

Ella lo mandó a la mierda y se fue al bar a tomar algo mientras Adam hablaba con Nicholas. Cuando los dos fueron detrás de ella la encontraron en compañía de unos moteros que se empeñaban en comprarle una bebida y se liaron a puñetazos.

En fin, que todo eso tuvo un final feliz porque Alana decidió darle otra oportunidad a Adam. Creo que verlo todo ensangrentado después de defenderla le cruzó los cables o algo así. Yo la entendía así que no podía juzgar, solo ser feliz por ella.

Y por mí.

La cena se convirtió en una celebración. Habíamos conseguido arreglar un problema y nadie se había marchado enfadado. Era un reto cumplido, el primero de muchos.

Al día siguiente cuando entramos en casa de mi primo Asher para el almuerzo pensaba

que no podía ser más feliz.

Estaba equivocada.

Liam estaba ahí con Riley, ella llevaba un anillo de compromiso precioso en su dedo.

Alana había ido acompañada por Nicholas que, claro que sí, tuvo que recordarme que le debía un favor. Obviamente, lo que yo recordé es que le debía una venganza. Que sí, que estaba feliz y que mi primo jugó un papel importante, pero no pensaba reconocerlo.

Cuando fui a buscar a mi madre la encontré hablando con mi padre y tenían uno de esos momentos suyos, ya sabes, cuando se abrazan, miran a su familia y sonríen felices. Estaban mirando a Liam, Riley y Adam. No quería escuchar su conversación, simplemente pasó.

—Me gusta, es perfecta para Liam —dijo mi padre.

—Lo sé —fue de acuerdo mi madre.

—Y Adam es perfecto para Lilith —continuó mi padre.

—No podías dejarlo estar, ¿verdad? La única razón por la que te perdono por buscarle marido a nuestra hija es que nunca la he visto más feliz. Te has librado esta vez, Vladimir, pero nuestros hijos son demasiado pequeños para casarse así que déjalos en paz, ¿vale?

—Pero —empezó mi padre.

—Que sí, que lo hiciste genial, pero has tenido suerte porque Lilith te ama con locura porque cualquier otra hija hubiera enviado a su padre al infierno. Disfruta de tu pequeño triunfo y ya —espetó mi madre.

—Lo que tú digas, amor —dijo mi padre, lo que en su lenguaje significaba que iba a hacer lo que le diera la gana y luego se preocuparía de las consecuencias.

No estaba enfadada con él, al fin y al cabo, tenía amor, tenía el hombre (casi) perfecto.

Mi vida iba a ser maravillosa.

∞∞∞∞

Un año después

—Odio mi vida —suspiré abrazando el inodoro.

—Voy a por unas galletas de jengibre —dijo Alana y levanté la cabeza para echarle la más fea mirada del mundo.

Ella brillaba más que el sol. Sus ojos, su sonrisa, su tripa de nueve meses. Alana amaba la vida, el embarazo, las piernas hinchadas y los antojos.

—Eres mala, podrías dejar un poco de tu alegría para los demás —me quejé.

—Lilith, tú también serías más feliz si dejases de ser tan cabezota. Habla con Adam —dijo suavemente.

Sacudí la cabeza.

Hace casi un año me quedé embarazada y fue una sorpresa, pero una buena. Adam estuvo encantado con la idea de ser padre y fue el que fue a comprar las primeras cosas para el bebé. Tuve un aborto espontáneo dos semanas después y Adam lo pasó peor que yo.

Poco después Alana se quedó embarazada y Nicholas le pidió matrimonio. Fue duro para Adam, pero con el tiempo se acostumbró a la idea de ser tío. Y ahora no pensaba decir nada antes de estar segura de que no iba a pasar nada.

Alana me había pillado hace cuatro semanas mientras intentaba aguantar las náuseas y, aunque no estaba de acuerdo, prometió ayudarme a mantener el secreto. Reclutó a Nicholas y cada mañana se inventaba excusas para llevar a Adam fuera de casa que era cuando peor me sentía.

—Galletas —dije.

Se fue y me puse de pie. Me cepillé los dientes y mirándome en el espejo me di cuenta de que iba a ser imposible mentir a Adam otra semana más. Durante la mañana no podía comer nada y en lugar de coger peso lo estaba perdiendo.

Avy me tenía a tope con las vitaminas y cada semana me hacía pruebas. Me aseguraba de que todo iba muy bien, que el bebé estaba creciendo, que no había problemas. No obstante, no podía prometerme que no iba a sufrir un aborto, por lo menos no en el primer trimestre.

Escuché la puerta del dormitorio y me encaminé hacia allá diciéndole a Alana: —Creo que voy a echarme otro rato.

Pero Alana no estaba en mi dormitorio. Adam sí.

Me quedé quieta mirándolo. En dos pasos él estaba frente a mí, una mano deslizándose en mi cabello y la otra a mi espalda.

—Lilith —gruñó.

Lo sabía.

—Once semanas. Es del tamaño de una fresa —murmuré, y las lágrimas brotaron de mis ojos.

La mano de Adam se deslizó hacia mi abdomen. Su toque fue tan suave y me la hubiera perdido si no fuera porque estaba pendiente de sus movimientos.

—Vladimir si es niño y Lilith si es niña —dijo Adam.

Asentí. Yo solo quería un bebé sano.

∞∞∞∞

—Lilith —gruñó Adam.

—Paciencia, cariño —dije mientras me aseguraba de que el camino estuviera despejado, todo lo que podía estar ya que eran las tres de la madrugada y no había ninguna persona en la estación de metro ya que había cerrado minutos antes por avería.

Estaba tranquila en mi cama, intentando dormir cuando me di cuenta de que tenía algo pendiente. Desperté a Adam y aquí estábamos, a punto de mostrarle mi oasis secreto.

El bebé estaba bien, faltaban cinco semanas para el parto, aunque Avy dijo que debía estar preparada para cualquier cosa, podía llegar antes o podía tomarse su tiempo. Algo me decía que este niño iba a llegar mucho antes de lo que todos pensábamos porque estaba muy impaciente.

Se movía a todas horas, me daba patadas especialmente cuando intentaba dormir. Y crecía, Dios, pesaba ya más de tres kilos y no quería pensar en lo que pasaría a mi cuerpo durante el parto. O después.

Esta podría ser mi última oportunidad de mostrarle a Adam mi bunker. Pensaba que nunca se lo diría a nadie, pero, maldita sea, no podía amar a nadie más que a mi marido y no pensaba escaparme de él nunca.

Gritarle sí, cada vez que hacía algo estúpido ahí estaba yo para recordarle cómo debía hacer las cosas. No corría, me quedaba a luchar porque nuestro matrimonio valía la pena.

Y Adam, bueno, no había cambiado. Era el mismo hombre que había conocido, pero me amaba y me lo decía todos los días. Sí, por la mañana, por la noche y cada vez que nos despedíamos para ir a hacer lo que teníamos que hacer.

Él me cuidaba, estaba más preocupado por mí que por él mismo y por eso le grité aquella vez que llegó a casa con una herida de bala en el hombro. Dijo que fue sólo un rasguño que

terminó necesitando muchos puntos.

Obviamente, primero me sentí muy especial porque se había dado prisa en volver a casa con el helado de fresa que le había pedido y luego me puse a llorar y me puse a gritarle porque (según mi cerebro de embarazada) no me amaba suficiente como para no hacerme viuda.

La vida no era aburrida al lado de Adam, mi vida nunca lo fue, pero con él era más entretenida. Y con Nicholas y Alana.

Dios, la vida era tan buena que a veces tenía miedo de perderlo todo.

Alana dio a luz a un niño precioso que llamaron Vlad por la alegría de mi padre y el enfado (fingido) de Mikael.

Luego estaba Riley que pasó por un mal momento cuando le dijeron que no podía tener hijos. Liam mandó al diablo al médico, aunque seis semanas después compró la clínica y fue a despedirlo porque, sí, Riley estaba embarazada. De mellizos.

Yo no, le había hecho jurar a Adam que este iba a ser nuestro primer y único hijo, yo no quería dos. Me costaba caminar con uno solo en mi vientre, no quería imaginar cómo sería con dos o parir... eh, no, gracias.

—Lilith —gruñó de nuevo Adam.

—Ya casi llegamos —dije justo antes de tropezar.

Adam me atrapó y ni siquiera miré hacia abajo para ver lo que me había hecho tropezar, estos días mis pies ya no eran lo que solían ser. Llegamos y en cuanto abrí la puerta fui directamente a sentarme.

—Esto es —le dije a Adam que no parecía para nada impresionado—. Mi oasis secreto.

Se agachó frente a mí, me quitó los zapatos y empezó a darme un masaje en los pies. En silencio.

—Nadie pudo encontrarlo, ¿sabes? Este lugar es indestructible y...

—Calla, Lilith —gruñó.

—Pero ¿por qué no dices nada? —espeté enfadada.

—Me amas —dijo y estuve segura de que el otro día cuando llegó a casa con un ojo hinchado le habían dado fuerte en la cabeza.

—Me he casado contigo, estoy embarazada. Es obvio, ¿no?

—Sí, nena —murmuró.

Luego se levantó y me besó.

Hombres, luego decían que las mujeres eran difíciles de entender.

∞∞∞∞∞

—¡Oh, joder! —gruñó Adam.

—¡Adam! Las primeras palabras que va a escuchar nuestro hijo tienen que ser bonitas —dije.

Adam levantó la cabeza, y podría recordar otras veces cuando la había tenido ahí abajo para otras razones, de entre mis piernas abiertas y me miró.

—Son las tres de la madrugada y nuestro bebé está naciendo. Aquí. Ahora. Sin médicos. En nuestra maldita cama —dijo Adam fallando estrepitosamente en mostrar serenidad.

—Y por eso somos las mujeres las que parimos —murmuré.

—Calla y aguanta, la ambulancia va a llegar en cualquier momento —ordenó.

Hice lo que me pidió, callar que el bebé estaba llegando ya y aguantar el dolor. Aunque no dolía tanto como me dijeron que iba a doler.

—Adam —susurré y esperé hasta que me mirara—. Ya no hay tiempo.

Adam maldijo y volvió a bajar la cabeza. Tres empujones más tarde nuestro hijo llegaba al mundo llorando y no había escuchado nunca un sonido tan bonito. Poco después Adam colocaba a nuestro hijo sobre mi pecho y es así como nos encontró Isabella que llegó antes que la ambulancia.

Estábamos bien. Yo agotada, pero feliz. El bebé, Vladimir, igual. Aunque el que necesitaba irse al hospital era Adam que se veía a punto de sufrir un ataque cerebral o un infarto.

—No más, Lilith, no más niños —dijo.

No obstante, mientras salía el sol estaba tumbada en nuestra cama, Vladimir sobre mi pecho durmiendo y Adam mirándolo como si fuera un milagro supe que iba a darle más hijos. Mi marido se merecía todo el amor del mundo.

Y yo también.

Fin

Si quieren saber cuándo publicaré mi próximo libro me pueden seguir en las redes sociales o incluso pueden unirse a mi grupo de Facebook, Los libros de Eva Alexander.

Instagram: <https://www.instagram.com/evaalexanderauthor/?hl=es>

Facebook: <https://www.facebook.com/EvaAlexanderl/?eid=ARAYON4nRcjtinXg5Fzh-nXBlnS3p4KhNIELcBcq8TWpc1GN994XyshvieL6rxBre8W3sWW3hbFrJJm>

Grupo: <https://www.facebook.com/groups/516967059017790/>

Lista libros (si es posible hay que leer en este orden)

Serie Encontrar la felicidad

1. Felices para siempre
2. Mia
3. Sueño de felicidad
4. Ayala
5. El cuento de Evie
6. Simplemente Eva

Sin serie

1. Cumplir un sueño

Serie El Pacto

1. El hombre perfecto (Olivia y Colin)
2. El hombre inesperado (Ian y Samantha)
3. El hombre soñado (Liz y Ryder)
4. El hombre ideal (Sarah y Max)
5. El hombre insuperable (Iris y Kevin)

Serie Novias

1. Perdida
2. Desesperada
3. Liberada
4. Protegida
5. Ilusionada

Serie La Isla(fantasía)

1. Espérame

2. Sígueme

3. Protégeme

Serie ¿Felicidad? No, gracias (a continuación de Encontrar la felicidad)

1. Avy

2. Aiden

3. Asher

4. Zaid

5. Una esposa para Z

6. Ivo

7. Ivy

8. Zayna

9. Vy

10. Lilith